Antonio Pérez Largacha

La vida en el Antiguo Egipto

Historia
Alianza Editorial

La vida
en el Antiguo Egipto

Humanidades

Antonio Pérez Largacha

La vida en el Antiguo Egipto

El libro de bolsillo
Historia
Alianza Editorial

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Ilustración: *Mural del templo de Isis.* Asuan. Egipto
Fotografía: Leiva, A. de / ANAYA

© Antonio Pérez Largacha, 2004
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-5772-7
Depósito legal: M. 25.337-2004
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

Agradecimientos

Al comenzar mis estudios universitarios ya tenía pensado dedicarme al mundo de la egiptología, una vocación que sigo teniendo la suerte de disfrutar. Con el paso de los años mi interés se ha ido extendiendo a otros ámbitos, en especial a las culturas próximo-orientales, cuyo conocimiento considero cada vez más importante para comprender un marco cultural y cronológico en el que no se pueden establecer compartimentos estancos. Una necesidad de conocer y valorar otros mundos, antiguos o no, que me fue inculcada por el profesor Joaquín Córdoba Zoilo, que acudió en mi auxilio cuando iniciaba mi memoria de licenciatura y que con el paso de los años sigue tratándome con cariño y paciencia demostrándome su amistad, al igual que sucede con muchos otros que también han encontrado en su persona y formación académica un guía en el desolado campo de los estudios próximo-orientales de nuestro país. Unos años de estudiante en los que también tuve la suerte de tener como profesor al catedrático Luis García Iglesias, que, aunque especializado en el mundo griego, me transmitió que la obli-

gación de todo profesor de universidad es doble: por un lado la investigación y, por otro, la docencia, mundos que por desgracia discurren en demasiadas ocasiones muy alejados. Consecuencia de estas improntas fue el deseo de transmitir lo que yo pudiera conocer a mis estudiantes en la Universidad de Alcalá de Henares, una labor que desde el comienzo contó con la ayuda del profesor Jesús Valiente Malla, que siempre me apoyó, transmitiéndome su sabiduría en los numerosos cafés que tomamos antes, y después, de su jubilación.

Hasta el año 2002 impartí clases de egiptología en dicha universidad, así como también sobre la historia del Próximo Oriente, labor que continúo ejerciendo en otros ámbitos en la actualidad, además de formar parte de lo que pretende ser un embrión, uno más y no el único, de los estudios egiptológicos y asiriológicos en nuestro país. Durante todos los años como profesor tuve la suerte de compartir con mis alumnos muchos coloquios, no sólo en las clases académicas, sino también en los seminarios que, sin ninguna ayuda institucional ni departamental, organizábamos todos los años para que siguieran en contacto con unas culturas y mundos que les interesaban, años en los que intenté llevar a la práctica la doble vertiente del profesor y, sinceramente, me enriquecí profesional y personalmente con el contacto diario con los estudiantes. En ocasiones se me decía que debía concentrarme únicamente en la investigación, que los estudiantes poco podían aportar en mi carrera profesional; quizás fue así, pero con el paso del tiempo debo confesar que es a ellos a los que más tengo que agradecer, y, por eso, este libro va dedicado a mis estudiantes de Alcalá de Henares, muchos de los cuales tengo el honor de decir que son amigos en la actualidad. Como dice una canción, sin espectadores no hay función, de modo que se puede decir que sin estudiantes no hay universidad, lo que les hace merecedores de una atención que, por desgracia, no encuentran en demasiadas ocasiones.

Una universidad en la que otras personas también me apoyaron y enriquecieron, como el profesor Javier Gómez Espelosín, con quien colaboré en diferentes proyectos de investigación que culminaron en libros y artículos, tanto de investigación como –aunque en muchas ocasiones se les trate despectivamente– de divulgación; o como el profesor Antonio Ripoll, cuyas conversaciones no hacían más que saciar la sed de curiosidad que tenía, además de transmitir sentido común. Otras muchas personas también me demostraron su cariño y comprensión, muchas de ellas personal administrativo, cuyo trabajo no es en muchas ocasiones suficientemente reconocido. A todos ellos, mis antiguos profesores, alumnos y amigos actuales, junto a mi mujer e hijo, por aguantar una vez más mis agobios editoriales, van dedicadas las próximas páginas.

La vida en el Antiguo Egipto

1. Fuentes y marco interpretativo

Desde una perspectiva externa a la egiptología puede parecer sorprendente la afirmación de que en realidad conocemos muy poco de cómo fue la vida cotidiana de una sociedad que como la egipcia maravilló a griegos y romanos, capaz de construir unos monumentos que continúan planteando preguntas y enigmas, que desarrolló unas complejas creencias funerarias y que nos ha legado unas tumbas en las que, además de ingentes tesoros y textos, encontramos útiles y escenas que, aparentemente, nos ilustran sobre cómo debió de transcurrir su vida, tanto en el trabajo como en el ámbito doméstico. Pero son precisamente sus costumbres y creencias funerarias, su concepción del más allá y los logros que obtuvieron en la preservación «eterna» de los cuerpos, las momias, lo que mejor conocemos de su cultura, sin olvidarnos de unos dioses y templos que han contribuido a que su civilización se valore y analice desde la perspectiva de su obsesión por prepararse una tumba y dotarse de un ajuar funerario, así como de su extrema religiosidad, una concepción de lo egipcio que se originó en la antigüedad clá-

sica y pervive en nuestros días, condicionando la interpretación y valoración de su sociedad.

Hasta el comienzo de la egiptología en el siglo XIX, los clásicos fueron prácticamente la única fuente de información de que se disponía para conocer el antiguo Egipto, descripciones y comentarios que no siempre se corresponden con la realidad. Sin subestimar a los clásicos, desde Heródoto hasta Plinio el Viejo, e incluso en algunos Padres de la Iglesia como Clemente de Alejandría, la cultura faraónica, sus costumbres y creencias fueron descritas a partir de lo que se consideraba «extraño», «diferente» o «exótico» en todas y cada una de sus manifestaciones. Desde la «libertad» de que disfrutaban las mujeres, que chocaba con lo que se consideraba «lógico» en el mundo griego, hasta sus creencias funerarias o el hecho de que muchos de sus dioses tuvieran forma animal, costumbres y creencias paganas que también criticó y atacó el cristianismo primitivo. Unos relatos emitidos desde lo que podríamos calificar la perspectiva del «turista», de personas ajenas a un mundo por entonces ya milenario y que les ofrecía algo diferente de «su» lógica. Unos griegos y romanos que sentaron las bases de una egiptomanía que, en ciertas manifestaciones, ya estaba presente en el Mediterráneo gracias a los fenicios, que en sus viajes coloniales comerciaron con objetos egipcios que despertaron la curiosidad de las poblaciones indígenas y desembocaron en objetos egipcianizantes, tan frecuentes por ejemplo en nuestro litoral mediterráneo y que se valoraron igual que en la actualidad: misteriosos, atractivos y exóticos.

Con la separación de Oriente y Occidente, iniciada con la caída y división del Imperio Romano, que culminó con la posterior expansión del Islam por el Mediterráneo, el conocimiento de lo egipcio fue disminuyendo

hasta reducirse prácticamente a lo que decía el relato bíblico: un mundo rico y poderoso al que los patriarcas acudieron en tiempos de necesidad, gobernado por un faraón despótico y cruel que esclavizó a las tribus de Israel e impidió reiteradamente su salida de Egipto. El redescubrimiento de los clásicos durante el Renacimiento recuperó la descripción herodotea de Egipto, y con ella la imagen de una sociedad obsesionada por la muerte que rindió culto a unos dioses «extraños». De esta forma las dos tradiciones de las que nuestra sociedad se considera heredera, la clásica y la judeo-cristiana, transmitían unos enfoques que contienen todo aquello que en nuestros días sigue dominando la perspectiva e interpretación de lo egipcio: un panteón religioso extraño y numeroso, adorado por un pueblo que erigió monumentos colosales para gloria de unos reyes que gobernaron tiránicamente a la sociedad, sin poder olvidar a unas momias cuyo polvo, la *mummia,* se consideraba medicinal en las cortes europeas. Mitos, fábulas y leyendas «modernizadas» en los últimos años por la industria del cine.

La expedición de Napoleón a Egipto en 1798 inició el redescubrimiento de Oriente, pero la apertura de Egipto, el inicio de las «expediciones arqueológicas» o el desciframiento de la escritura jeroglífica en 1822 por Champollion no eliminaron ninguna de las leyendas o fábulas que en torno a la civilización faraónica habían ido creándose. Al contrario, éstas aumentaron, al tiempo que comenzó una «carrera» por hallar los tesoros escondidos en tumbas, pirámides y bajo la arena de un desierto del que emergían colosales construcciones que auguraban nuevas maravillas y tesoros. Ello provocó que el «anticuarismo» dominara las primeras expediciones «científicas», y que en ningún momento se intentara entender, o cono-

cer, por qué los antiguos egipcios desarrollaron unas creencias y una cultura material tan «diferentes». Su obsesión por la muerte y su religiosidad eran suficientes. Todo ello a pesar de que estamos ante una cultura en la que, al igual que las que se desarrollaron en torno al Tigris y al Éufrates en Mesopotamia, encontramos las primeras manifestaciones de lo que, heredando la terminología clásica, calificamos como Estado y civilización: la aparición de la ciudad y de una disposición urbana, el derecho, la existencia de una diplomacia, de una administración, de una escritura, de un comercio internacional, de un pensamiento especulativo...; pero nada de ello interesaba, la cultura egipcia era anterior a Grecia y Roma y, por tanto, más «primitiva», y sólo importaba su «exotismo». La consecuencia fue una visión positivista del antiguo Egipto que continúa en la actualidad y que se funda en unos personajes históricos (Keops, Ramsés, Ajenatón, Tutanjamón...), y unas manifestaciones culturales concretas (tumbas, momias...), que limitan la perspectiva general de modo que simplemente se asocia a Keops con la gran pirámide y la esclavitud o a Ramsés II con el faraón del Éxodo bíblico y un gobierno tiránico.

Analizar la vida cotidiana de una cultura antigua plantea muchos y complejos problemas que en el caso del antiguo Egipto son aun mayores, tanto por el tipo de documentación conservado como por el marco conceptual en el que los investigadores, actuales y pasados, hemos sido educados y vivimos, lo que nos lleva a buscar similitudes con nuestras costumbres, instituciones o valores, y a recurrir de forma inconsciente al método que utilizó Heródoto: comparar y equiparar. Sin lugar a dudas lo más difícil es ponernos en su lugar, entender su forma de pensar, «su» lógica, ya que, si analizamos y explicamos desde

«nuestra» lógica, su mundo es «ilógico», y es ésta la sensación que se desprende y obtiene cuando se contemplan sus dioses o costumbres, como les sucedió a los clásicos. Se habla así de politeísmo, pero con unas connotaciones que implican algo primitivo, sin preocuparse en indagar las razones que llevaron a los egipcios a adorar a unos dioses cuya finalidad, en muchas ocasiones, era satisfacer unas preocupaciones básicas e inherentes a toda sociedad: protección ante una enfermedad, anhelo de descendencia o auxilio ante un peligro o amenaza. Es cierto que sus dioses adoptan formas extrañas, pero también los dioses griegos y romanos viven en un mundo «fantástico» en el que cohabitan amazonas, unicornios o centauros, integrados en nuestra iconografía. Por esa razón consideramos de gran importancia conocer y tener presente cómo fue creándose el marco conceptual del antiguo Egipto, similar al de las culturas mesopotámicas, un camino en gran parte iniciado por E. Said con su ya clásica obra *Orientalismo,* en la que expone cómo la concepción del Oriente, antiguo y moderno, es en gran parte reflejo de lo que se pensaba en una cambiante Europa del siglo XIX.

En los últimos años se ha abierto un debate en el sentido de que los viajeros y exploradores que llegaron a Egipto en el siglo XIX lo hicieron con unas ideas preconcebidas, y no transmitieron lo que vieron sino lo que querían ver como reflejo de lo que ellos ya pensaban, de lo que se habían imaginado a través de las lecturas de los clásicos. Ésta es la razón por la que comienza a hablarse de una «colonización» cultural del antiguo Egipto, de modo que su cultura se asocia a unas imágenes que son repetidas hasta la saciedad por los medios de comunicación y que se corresponden con lo que se quiere oír de Egipto (mo-

mias, tumbas, maldiciones, tesoros...). Ello provoca que no se transmita que más allá de esos «símbolos» o «iconos» existen otras manifestaciones, mucho más ricas e interesantes, a pesar de que no despiertan tanta curiosidad y fascinación, al tiempo que se olvida buscar y entender por qué los antiguos egipcios realizaban, construían y expresaban las cosas de una forma que a «nuestra» sociedad le puede parecer exótica y diferente pero que esconde un significado, una iconografía, al igual que todo el arte vinculado al cristianismo desde sus orígenes: se emiten unos símbolos que sean entendidos por el conjunto de la sociedad.

Otra herencia del siglo XIX son los planteamientos evolucionistas, que dividieron la historia humana en edades, periodos o culturas que se suceden, sin tener en consideración sus posibles paralelismos cronológicos y culturales, lo que creó unos compartimentos estancos en los que las culturas próximo-orientales y egipcia eran el primer paso evolutivo hacia el mundo clásico, por lo que sus sociedades poco podían aportar para conocer nuestro pasado. A ello colaboró una arqueología centrada en el descubrimiento de unas tumbas y templos que nos informan de lo «oficial», en ningún momento de lo cotidiano, mientras que los asentamientos apenas son conocidos y los estudios interdisciplinares son aún escasos, a pesar de los periódicos llamamientos de las autoridades egipcias, y de un sector de la investigación, a potenciar la arqueología del delta, cuyos asentamientos nos informan sobre la administración y el funcionamiento de la sociedad, aunque los hallazgos no suelen ser museísticos. Consecuencia de ello es que el antiguo Egipto no suele ser incluido en las grandes obras colectivas que analizan y describen manifestaciones que nuestra sociedad consi-

dera propias, como en la *Historia de la vida privada* dirigida por Ph. Ariès y G. Duby, la primera gran obra orientada a un público mayoritario desde una perspectiva científica en la que no se dedica una sola línea al antiguo Egipto, tampoco a las culturas mesopotámicas; pero lo mismo sucede con otras obras que analizan manifestaciones como el imperialismo, la economía antigua o el derecho, por citar sólo algunos ejemplos. Es como si Egipto y las culturas próximo-orientales, a causa de la mencionada colonización cultural, sólo pudieran aportar lo que la mentalidad occidental ha establecido que es característico de ellas mismas: tumbas, tesoros y momias, reflejo de su primitivismo en el marco evolutivo establecido en el siglo XIX.

Estas reflexiones son de gran importancia al condicionar lo que del antiguo Egipto se espera. Un ejemplo son los matrimonios entre hermanos, mencionados por Diodoro como una de las peculiaridades del mundo egipcio pero que solamente documentamos en el Egipto tolemaico, los sucesores de Alejandro Magno, es decir, del Egipto helenístico, en ningún momento en época faraónica, a pesar de lo cual existe la creencia generalizada de que eran frecuentes en la sociedad faraónica. Pero, aun cuando hubiera existido esta costumbre, ¿qué tendría de extraño? Valoramos e interpretamos desde la diferencia o similitud de lo que en nuestro ámbito se considera socialmente correcto, de nuestro marco moral. Si una costumbre o práctica se asemeja a lo que «nosotros» hacemos o pensamos, se habla de la modernidad de tal rasgo o manifestación cultural, pero si por el contrario es diferente y alejado de nuestros hábitos, lo consideramos exótico, raro y, en muchas ocasiones, prueba del primitivismo de unas civilizaciones cuyo único pecado, en muchas oca-

siones, es ser mucho más antiguas que la nuestra. Otros ejemplos son la divinidad del rey, la construcción de las pirámides por esclavos o la costumbre de realizar la circuncisión. Respecto a lo primero, es algo asumido, pero la investigación ha confirmado que el rey solamente fue considerado un dios durante el Reino Antiguo, la época de las pirámides, y posteriormente pasó a juzgarse divina la institución, no la persona. En cuanto a la esclavitud, en ningún momento fue importante en el antiguo Egipto, ni social ni económicamente, al contrario que en el mundo romano, mientras que la práctica de la circuncisión, mencionada por los clásicos, sólo encuentra apoyo en escenas aisladas que, como veremos, también pueden interpretarse como la rasuración del vello, y no existe constancia de que fuera una costumbre generalizada.

Una vida y sociedad la del antiguo Egipto que estaba íntimamente ligada a lo que llamamos «Estado», un término, o concepto, que no era conocido por los egipcios y al que se asocian calificativos como déspota o burocrático, de modo que la voluntad del conjunto de la sociedad estaba condicionada por las órdenes y deseos que emanaban de una administración dirigida por el rey. Sin embargo, olvidamos que la «privacidad» de las personas, la no «intromisión» del Estado en la vida privada, es un valor, un concepto y, sólo en algunos sitios, un derecho obtenido recientemente; ¿debemos considerar por ello a nuestras generaciones pasadas como primitivas? No, sólo tenían otro esquema de valores y concepciones, ni mejores ni peores que los nuestros, sólo diferentes. En íntima relación con la concepción del Estado antiguo y nuestra comprensión de su sociedad está la imposibilidad de diferenciar entre «religión» y «Estado», una diferenciación que siendo una conquista reciente en nuestras sociedades

inconscientemente se intenta aplicar a las culturas de la antigüedad. Una sociedad y vida cotidiana en la que pueden diferenciarse dos niveles: la relación con el Estado y la cotidianidad de la unidad familiar, al igual que en nuestra sociedad sucede entre la vida en el trabajo y fuera de él.

Lo expresado hasta el momento nos lleva, inevitablemente, al problema de las fuentes. Ya hemos mencionado que la arqueología se ha centrado en el hallazgo de unas tumbas en las que los egipcios se enterraban con un cuantioso ajuar destinado a hacer lo más agradable posible la estancia en su «morada» terrenal del Ka, la parte del cuerpo humano que, según «su» concepción, nacía y vivía con el hombre y permanecía después de la muerte en la tumba. En ellas se encuentran numerosas pinturas y grabados que hacen referencia a tareas agrícolas o ganaderas, a la elaboración de alimentos y diferentes útiles..., escenas utilizadas para explicar la vida cotidiana de la sociedad egipcia pero que pueden entenderse de tres formas según su contexto (fig. 1):

FIG. 1. Senedjem y su esposa trabajando en los campos de Osiris, Tebas, XVIII dinastía. Obsérvese el tamaño de la cosecha, reflejo de la prosperidad que se esperaba en la otra vida.

a) Una exposición de todo lo que el propietario de la tumba había realizado en vida, siendo descrito de un modo correcto y acorde con las normas que debía cumplir según los valores de «su» sociedad.

b) Todo lo necesario para que el Ka se alimentara y tuviera una existencia agradable, ya que según su concepción todo lo que se representaba tenía vida propia, su propio Ka o espíritu, y servía así de alimento y sustento.

c) Algunas escenas representan lo que se esperaba que alcanzaría la persona, y su familia: una vida en los campos de Osiris, concebidos como un reflejo de Egipto pero mucho más prósperos; por eso los miembros de la familia aparecen con sus trajes de gala y realizando unas labores que en ningún momento realizarían en vida, al ser tumbas y escenas de nobles.

Por tanto estas escenas reflejan lo que se esperaba, lo ideal y moralmente correcto, pero en muy pocas ocasiones las condiciones de una vida que era dura, difícil y repleta de peligros, totalmente opuesta a la descripción de Heródoto de unos campos egipcios que después de ser fertilizados por la crecida anual sólo había que plantar para esperar la cosecha, o de las propias escenas funerarias, en las que apenas encontramos acciones de castigo hacia los campesinos o trabajadores por haber cometido un acto delictivo o no haber satisfecho sus obligaciones fiscales (fig. 2). Al respecto, debemos recordar que Heródoto procedía de un mundo en el que el trabajo de los campos era poco gratificante, con unos suelos pedregosos y pobres que obligaban en ocasiones a los griegos a buscar otras tierras donde poder vivir, una de las razones de la colonización griega del siglo VIII a.C., por lo que la contemplación de los campos egipcios resultaría «milagrosa».

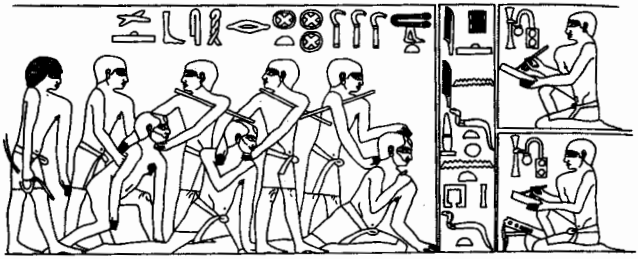

FIG. 2. Campesinos pagando los impuestos. Tumba de Ti, Saqqara, V dinastía.

Una realidad que es más perceptible en los útiles agrícolas representados, todos ellos de madera, en los graneros en los que se almacenaba el trigo, así como en el trabajo de los funcionarios, principalmente escribas, que vigilaban y anotaban todas las incidencias que acontecían durante el año agrícola, desde la preparación de los campos con posterioridad a la inundación hasta la cosecha. También se corresponde con la realidad la representación de los hombres con una piel más oscura, al trabajar fuera de las casas, que la de las mujeres, con tonos más pálidos al permanecer en su interior, pero esta realidad debe entenderse como propia de una élite, ya que la mayoría de las mujeres trabajarían o colaborarían fuera de las casas y no tendrían recursos para ser representadas, excepto cuando lo son en relación con sus señores. Tumbas en las que se depositaba un ajuar funerario que contiene todo tipo de objetos y comodidades y que eran consideradas casas; pero estas tumbas y su ajuar pertenecen a una élite social y política que apenas representa el 5 por 100 del conjunto de la población.

Objetos, pinturas, esculturas y relieves que calificamos como arte pero que en el antiguo Egipto no tenían una finalidad estética o artística se realizaban con un propósito. Cuando algo se podía contemplar, como en las entradas de los templos o en las procesiones, las escenas y objetos emitían un mensaje ideológico que pudiera ser rápidamente captado por las personas que lo veían, al igual que sucedía con el arte románico.

Por todo lo expuesto aún resulta mucho más importante tener en consideración lo que J. Baines ha calificado como el «decoro» que impregna la mayoría de las escenas, textos y manifestaciones artísticas que del antiguo Egipto conocemos: se representa y expresa aquello que está en relación con lo que se espera del lugar, sea una tumba o un templo. Si se trata de una tumba, todo lo que la persona ha realizado es lo que se esperaba que hiciera, tanto por el cargo que desempeñaba como por su comportamiento social, lo que demuestra que en verdad merece alcanzar una vida en compañía de los dioses. Si por el contrario es un templo, se ofrecen a los dioses los frutos obtenidos gracias al mantenimiento de lo que crearon, y si es un texto oficial, las medidas emprendidas por el rey son las correctas, al dirigirse a su pueblo y se presentan las decisiones y actos realizados como una propaganda, una manifestación y legitimación de una forma de gobierno, no sólo en lo que se refiere al mantenimiento de unas fronteras y unas victorias sobre las poblaciones vecinas, sino también al sostenimiento de un bienestar económico y social. Al igual que sucede en torno a una catedral, su olor, la decoración, la planta, las pinturas, las dedicaciones..., todo está encaminado a transmitir un orden, una estabilidad en la que no tienen cabida las fuerzas del mal o las enfermedades, y los peligros y amenazas

permanecen en el exterior, como en un templo egipcio. Igual sucede en la actualidad cuando se celebra un funeral o se erige una lápida funeraria: se refleja lo ideal, lo que debe ser recordado de la persona según las normas de comportamiento en que nuestra sociedad vive, como en las tumbas egipcias. Un ejemplo son las escenas de caza y pesca en los pantanos o en las riberas del Nilo, en las que se representa al marido junto a su mujer e hijos, lo que no sucedía en realidad, escenas que transmiten lo que se ha realizado para combatir y mantener alejado todo aquello que es peligroso y contribuir al mantenimiento del orden, ya que como veremos las bandadas de pájaros, los marjales y la fauna asociada se consideraban manifestaciones del caos (fig. 3). Lo mismo sucede con los vestidos con que son representados los egipcios en sus tumbas, muchos de ellos incómodos y sin ningún valor práctico, pero que contribuyen al simbolismo y función

FIG. 3. Caza de aves con la familia. Tumba de Ii-nefret.

de las escenas: el difunto junto a sus familiares es representado con sus mejores galas, no con la ropa que llevaría diariamente a trabajar o con la que permanecería en su casa. Al igual que ha sucedido en nuestra tradición cultural, cuando la persona acude a una celebración especial, privada o pública, lo hace con sus mejores galas.

En la cotidianidad las mujeres trabajarían en el interior de las casas o en sus proximidades, además de realizar labores como ir a buscar agua, preparar los alimentos y tejer las ropas, mientras que los campesinos temerían cualquier peligro sobre sus cosechas, una sociedad que tomaría todas las precauciones a su alcance ante el ataque de animales que eran cotidianos en su convivencia, como serpientes, escorpiones, cocodrilos e hipopótamos, que, además de constituir un peligro físico, también lo serían para las cosechas, o de aquellos procedentes del desierto que podían atacar al ganado y a las personas (leones, chacales...), sin olvidarnos de que las enfermedades y epidemias serían bastante frecuentes. Premisas que debemos aplicar a todas las culturas de la antigüedad para entender mejor su mentalidad y las manifestaciones que nos han legado, sin que ello haga disminuir nuestra admiración hacia ellas. De ese modo abandonaremos el positivismo, al personaje, el hecho y el objeto concreto y nos adentraremos en los cómos y porqués.

Nuestra principal fuente de información sobre los aspectos relacionados con la vida cotidiana, tanto en el trabajo como fuera de él, procede de la localidad de Deir el-Medina, Set Maat, «el lugar de la verdad», donde vivían los trabajadores encargados de construir y decorar las tumbas del Valle de los Reyes. Nuestro conocimiento abarca desde las raciones con que eran pagados los trabajadores, hasta sus pleitos, las procesiones religiosas que

realizaban, sus tumbas e incluso las etiquetas de lavandería. Una comunidad que, por término medio, estuvo formada por unos 70 trabajadores con sus respectivas familias y de la que también se conserva la información administrativa, al anotar los escribas los avances que se producían en el trabajo, los materiales que se utilizaban o hasta los motivos por los que los trabajadores se ausentaban, desde haber sufrido una picadura de escorpión hasta haber sido padres. Sin embargo, en los últimos años se ha advertido, acertadamente, del peligro de extrapolar la información procedente de una comunidad que estuvo protegida por la administración al conjunto de la población, ya que a aquélla estaban adscritos los mejores artistas, sus condiciones de vida no tenían nada que ver con las del resto de la sociedad. La escasez de documentación nos obligará a hacer frecuentes referencias a esta comunidad, pero deberán tenerse en cuenta sus peculiaridades.

Una de las fuentes de información más valiosas son las ostracas conservadas, tanto aquellas en las que los trabajadores realizaban esbozos de lo que después iban a plasmar en las tumbas como las que contienen escenas cotidianas, de humor y crítica hacia el Estado que, por su carácter no oficial, nos acercan más a lo que debieron ser las condiciones de vida que existieron en realidad, aun tratándose de una comunidad privilegiada (fig. 4). Lo mismo sucede con los graffiti, en los que encontramos referencias a todo aquello que era extraordinario y digno de ser recordado, como cuando llovía o tenía lugar una tormenta, un fenómeno atmosférico poco frecuente. También conservamos la correspondencia y papiros pertenecientes a algunos trabajadores, que nos informan tanto sobre la literatura, los textos literarios que tenían una mayor difusión, como sobre los conflictos que pue-

FIG. 4. Ostraca de Deir el-Medina. Noble representada como ratón atendida por otras gatas mientras la peinan.

den aparecer con motivo de herencias, disputas entre trabajadores, abusos de poder e incluso cartas de recomendación.

En lo que a las autobiografías funerarias se refiere, deben entenderse dentro del «decoro», de lo que la persona dice haber realizado para merecer una vida en compañía de los dioses, pero las acciones que dice no haber cometido constituyen una fuente de información sobre lo que en realidad podría acontecer, como en la conocida fórmula negativa del capítulo 125 del *Libro de los Muertos*. Otra fuente de información son los textos funerarios que describen el mundo subterráneo, donde los egipcios ubicaban todo aquello que temían, las fuerzas desconocidas y ocultas presentes y dominantes en la noche, donde toda sociedad ubica lo desconocido y temido, de manera que en muchas ocasiones son una exageración y reflejo de los peligros cotidianos, como en el caso de las serpientes y animales fantásticos.

Unas fuentes que corresponden a periodos cronológicos muy diversos, aunque son muy escasas para el Reino Antiguo y más abundantes en el Reino Nuevo, por lo que la vida cotidiana ha sido analizada desde la perspectiva de este último, como la clásica obra de P. Montet (1946) o la más reciente de L. Meskell (2003). Pero es en Época Baja cuando la documentación es mucho más abundante, un periodo histórico en el que la originalidad egipcia ya no es tan perceptible al producirse una amalgama entre lo egipcio y el mundo circundante, por lo que resulta problemático extrapolar esta información a periodos anteriores, como en ocasiones se ha hecho. Unas divergencias en la información lógicas y que reflejan algo evidente, el dinamismo de toda sociedad, que debe ser considerada como algo vivo y cambiante, no estático, como ha sucedido en muchas ocasiones con la sociedad egipcia y que ha llevado a pensar que presenta las mismas características a lo largo de su historia. La sociedad que construyó las pirámides del Reino Antiguo fue radicalmente opuesta a la existente en el Reino Nuevo, cuando Egipto administró un imperio y mantuvo relaciones comerciales con todo el Mediterráneo oriental, aunque en las dos subyacían los mismos valores y pensamientos.

Otra de las limitaciones a las que nos enfrentamos es al sentido que de la historia tuvieron los egipcios, muy diferente del que caracterizó el mundo clásico. Los egipcios encontraron sus señas de identidad en la lucha, dominio y explotación de un medio geográfico que tenía unas características muy definidas, y «su» historia narra la conquista y mantenimiento de dicho entorno. Cuando los egipcios tuvieron relaciones con otras realidades y culturas, siguieron entendiendo y explicando su mundo desde

esa perspectiva, calificada de etnocentrista, lo cual es cierto, pero también lo es en el caso de griegos y romanos. Su pasado les servía de explicación y garantía del presente político, económico, social o religioso, que los antiguos egipcios, a diferencia de otras culturas de la antigüedad, no pensaban que había sido obra de unos dioses y sí de unos reyes y de una sociedad que, a partir del «orden» establecido por los dioses en la creación, pusieron las bases de su poder, prosperidad y longevidad.

Por todo ello han sido muy pocos los intentos de proporcionar una visión de la sociedad, de cómo sería la vida fuera de lo conservado en las tumbas y en Deir el-Medina, y han sido escasos los paralelos antropológicos o sociológicos utilizados, a pesar de que la vida de un *fellahim* egipcio del siglo XIX en poco diferiría de la que existiría en el Egipto faraónico, incluida la utilización del *shaduf*, introducido en la XVIII dinastía para transportar el agua y que aún puede ser contemplado en el paisaje egipcio (fig. 5), o el miedo que los campesinos egipcios de los siglos XIX y XX sentían hacia los *afrits* o *djinns*, que vivían en cavernas subterráneas y, en ocasiones, en el interior de los monumentos faraónicos. Al respecto, resulta sor-

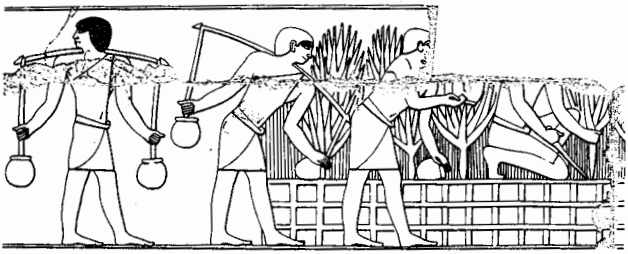

FIG. 5. Transporte de agua para regar jardines y huertas, mastaba de Mereruka, Saqqara, VI dinastía.

prendente la escasa valoración de estudios como el de Blackman (1920), que describe rituales, cánticos, miedos, costumbres y realidades que, de forma instintiva, nos hacen pensar en cómo sería la vida en cualquier comunidad de tiempos faraónicos.

Ya nos hemos referido a que el principal problema es conocer y comprender «su» lógica, su forma de entender la vida y cómo la expresaban, valorar en su exacta medida cómo influyó el medio geográfico en sus concepciones y afectó a todas sus actividades, desde la organización y condiciones del trabajo hasta la disposición de las casas, descritas mayoritariamente a partir de las conocidas en Deir el-Medina pero que poco tendrían en común con las del resto de la sociedad, tanto en tamaño como en su distribución o comodidades.

En ocasiones la lógica de una civilización puede indagarse y conocerse en cierta medida a través de sus mitos, de las historias que se componen en torno a sus dioses, pero en esto también era diferente el mundo egipcio. A diferencia del mundo griego, los dioses no intervienen directamente en la vida de los hombres y en ellos no pueden detectarse rasgos y actitudes humanas, ya que la mayoría de los mitos e historias divinas conocidos se redactaron en Época Baja, cuando la presencia griega fue más importante y procedieron a historiar la vida de los dioses egipcios. Al igual que en el caso de Deir el-Medina, en la medida de lo posible utilizaremos esta fuente de información, pero habrá de tenerse en consideración su carácter tardío.

Una prueba de la dificultad con la que nos enfrentamos a la hora de obtener información son las momias, y el de Heródoto es el único texto completo que conocemos sobre las técnicas que se utilizaban. Es cierto que el análi-

sis de momias con técnicas modernas aumenta nuestro conocimiento, pero resulta significativo de la escasa preocupación que sentían los egipcios por describir aquello que realizaban; lo importante era la finalidad. Pero no hay que perder la esperanza. Un ejemplo de lo que la arqueología urbana puede todavía descubrir y aportar lo encontramos en Menfis, capital administrativa y política de Egipto durante muchas dinastías, donde las excavaciones de la Egypt Exploration Society en Kom Rabi'a, una pequeña área residencial de la ciudad perteneciente al Reino Nuevo, han descubierto más de 3.000 objetos que incluyen útiles artesanales, cerámica, joyería y objetos domésticos. Lógicamente estaríamos ante un sector artesanal de lo que fue la capital de Egipto, pero es una información que procede de una ciudad, no de un asentamiento creado y mantenido de forma aislada como Deir el-Medina. Otro ejemplo son las excavaciones que se están realizando en los oasis, olvidados por la arqueología durante décadas y cuya excavación está proporcionando una información diferente de la que se conoce y obtiene en el valle del Nilo, como las primeras tablillas en arcilla con escritura hierática; no debemos olvidar que, a pesar de la abundancia de papiros, la arcilla sería un material más accesible y barato, por lo que resulta lógico pensar que fuera utilizado en la administración.

En las próximas páginas comenzaremos a abordar la vida cotidiana, cómo era la sociedad egipcia. Sin embargo, y a pesar de las diferencias existentes entre nuestra sociedad y la egipcia, debemos también abandonar la idea de que todo se remonta o se inició, en el mundo clásico y, por extensión, durante el humanismo. La sociedad egipcia tuvo características que aparecieron en Europa en los siglos XV y XVI, y es significativo que P. Burke apunte

como uno de los cambios del humanismo que el hombre pasara a ser nuevamente el centro de la creación, no el pecador que había sido con anterioridad, lo que se refleja en los retratos, los diarios y las autobiografías, unas manifestaciones que son características del mundo egipcio y que nuestra mentalidad occidental asocia con nuestros comienzos como cultura.

2. El medio geográfico y la sociedad egipcia. Concepción del mundo y del hombre

La cultura y la sociedad egipcias no pueden analizarse y explicarse sin tener presente el medio geográfico, tanto el Nilo y su crecida anual, que fertilizaba los campos con el limo que se depositaba sobre ellos y les proporcionaba ese tono negruzco que explica el término con el que los egipcios identificaban su territorio, *kemet,* tierra negra, como el desierto *(desret,* tierra roja), del que procedían toda clase de amenazas y peligros que perturbaban la cotidianidad de la sociedad egipcia. Un marco geográfico en el que existía una antítesis, dos mundos y realidades opuestas que estaban en lucha constante y en los que encontramos la explicación a muchos de «sus» pensamientos, de cómo era su economía, de su forma de organizarse socialmente, de sus temores y alegrías, así como el origen, función y manifestación de sus dioses, sus creencias funerarias y religiosas.

La percepción que del mundo que le rodea desarrolla toda sociedad está en la base de muchos de sus pensamientos. Este planteamiento, considerado en ocasiones dogmático o determinista al juzgarse que una civiliza-

ción no puede ser entendida y explicada desde una única perspectiva, adquiere gran validez para una civilización que sin el Nilo no habría existido. Los planteamientos marxistas que intentaban proporcionar una explicación social y económica partían de la premisa de que en una sociedad en la que la única fuente de riqueza y vida era el Nilo debió de existir lo que se calificó como «modelo de producción asiático», un Estado de tipo hidráulico en el que la administración regulaba todas y cada una de las actividades que debían realizarse y en el que la población debía trabajar para él, lo que daría lugar a una sociedad que podía ser considerada, y calificada, como esclavista. Un planteamiento coincidente con la visión que las pirámides generan, y, siguiendo los planteamientos marxistas, si en sociedades como la griega y romana la esclavitud fue importante, ésta debió de haber sido aun mayor en las sociedades orientales que las precedieron en el tiempo. Sin embargo, ya hemos anticipado que la esclavitud fue poco importante, y, respecto al carácter hidráulico, es innegable que el conjunto de la sociedad trabajaba en los campos y dependía de una crecida anual; pero resulta significativo, como veremos, que ningún cargo administrativo haga referencia a funcionarios encargados de la realización de unas obras hidráulicas necesarias sin duda pero que parece estuvieron a cargo de las comunidades locales y no de la administración central, de modo que se plantearon como una obligación y necesidad comunitaria, no como una imposición estatal.

Es innegable que el Nilo y su crecida anual determinaban el ritmo de la vida y el trabajo de una población en la que, como mínimo, el 90 por 100 realizaba trabajos relacionados con la agricultura, la ganadería, la caza o la pesca, al tiempo que posibilitaba la fertilidad de unos cam-

pos que en el mes de mayo esperaban ansiosos las aguas fertilizadoras de la crecida. Pero aun reconociendo el aspecto benéfico, imprescindible, del Nilo, tampoco podemos olvidar que el río no era siempre tan beneficioso, no sólo porque sus crecidas podían ser demasiado escasas o elevadas, sino también por los peligros y enfermedades que generaba.

Las aguas del Nilo atraviesan una estrecha franja de tierra cultivable en la que vivían unas comunidades que se enfrentaban diariamente a una dicotomía de vida y muerte. A pocos metros de la tierra irrigada estaba el desierto, la muerte, que imponía la sensación de que todo tipo de vida, humana o no, estaba constantemente amenazada si el conjunto de la sociedad no respetaba o mantenía unas normas básicas de comportamiento. Es cierto que los campos resucitaban anualmente y el hombre vencía, superaba los peligros con los que convivía, pero era inevitable que los egipcios desarrollaran una sensación y experiencia de lucha constante contra todo lo que les rodeaba, incluso en sus concepciones funerarias. La fertilidad de los campos gracias a las crecidas anuales del Nilo, personificadas en el dios Hapi (fig. 6), no debe hacernos olvidar que el campo visual, de actuación y de vida de los antiguos egipcios se reducía a unos pocos cientos de metros antes de entrar en contacto con un desierto que, si bien como se ha dicho frecuentemente les protegía militarmente, también hacía difícil que pudieran mantener unas relaciones fluidas con otras sociedades y culturas, algo que ayuda a comprender la perdurabilidad de su sociedad, pensamiento y civilización, así como su aparente «inmovilismo» y la pervivencia de unos modelos desde el neolítico hasta la época cristiana o copta, e incluso con posterioridad.

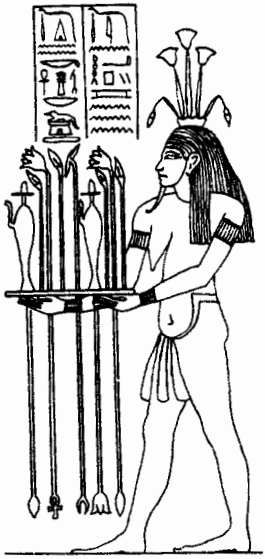

FIG. 6. Hapi, templo de Kom Ombo, época tolemaica.

Un medio geográfico «circunscrito social y económicamente» que contribuyó a que los egipcios se consideraran una unidad, una entidad diferente en todos los sentidos (política, social e incluso étnicamente) de lo que les rodeaba, y, lo que es más importante, a que desarrollaran la idea de que «su» mundo debía de ser protegido en todo momento. La principal obligación de los reyes egipcios era mantener distantes a las fuerzas del caos, rechazar los peligros con los que convivía y debía enfrentarse la población egipcia, un deber en principio responsabilidad del rey como dios que era pero que, desde finales del Reino Antiguo, será asumido por el conjunto de la sociedad.

Una experiencia cotidiana que también se reflejó en su concepción de Estado territorial, muy diferente de la existente en las culturas del Próximo Oriente, donde la entidad más importante fue la ciudad, incluso cuando existieron grandes imperios o reinos.

Pero también existían diferencias internas que reflejaban la división en dos que los egipcios hicieron de su territorio, Alto y Bajo Egipto, una realidad evidente. Mientras que el Alto Egipto está limitado a una estrecha franja de tierra que es inundada y puede ser cultivada, en el Bajo Egipto las tierras se abren, la vegetación y la fauna cambian, y constituye una región a la que anualmente emigran numerosas especies animales, donde los campos permanecen anegados y la ganadería representa la principal actividad económica, al tiempo que el asentamiento debe realizarse en lugares elevados, *geziras,* para protegerse de un entorno en el que, por otra parte, eran muy frecuentes las enfermedades asociadas a terrenos pantanosos. En toda sociedad, antigua o contemporánea, el campo visual y de actuación condiciona los pensamientos, los sentimientos y las acciones de las personas; una excepción la constituye el delta del Nilo, donde las aguas se extendían, en muchas ocasiones sin control alguno, y el campo visual era mucho más amplio, lo que históricamente se ha plasmado, desde la antigüedad hasta nuestros días, en una mentalidad más abierta, receptiva a las ideas y a las gentes que procedían de más allá de los estrechos límites de Kemet. Una diferente forma de pensar y actuar consecuencia de que el Bajo Egipto formaba parte de las rutas comerciales que existieron por el Mediterráneo –por ello es aún más importante potenciar la arqueología de la región– mientras que el Alto Egipto permaneció cerrado en sí mismo, aunque en ambas regiones

existió la misma sensación de lucha contra el entorno y una sensación de peligro que contribuyó al sentimiento de unidad.

Respecto al desierto, todas las manifestaciones que de él procedían, desde las poblaciones que lo atravesaban con la intención de alcanzar la llanura aluvial hasta las tormentas de arena o los animales depredadores y salvajes que en él habitaban, especialmente en el transcurso de la noche, constituían un peligro constante para las comunidades asentadas, para las cosechas, el ganado o las personas. Un desierto del que procedía todo lo que se consideraba «caótico», razón por la que Seth, el dios del caos y del desorden, se identificó con él. Culturalmente, en todas las religiones el desierto se identifica como un lugar en el que habitan y se manifiestan poderes o fuerzas hostiles a la vida, y es origen de tentaciones e innumerables peligros, como en el caso de las tribus de Israel, cuyo tránsito por el desierto se convirtió en una prueba, en una purificación constante que será recordada en todo el relato bíblico, al igual que los 40 días que pasó Jesucristo en él.

En cuanto al Nilo, existía el temor de que la crecida fuera demasiado elevada o escasa y de que la fuerza de las aguas arrasara asentamientos y campos, sin olvidarnos de la fauna que en él habitaba, desde los hipopótamos, que devastaban las cosechas, y que convirtieron las escenas de su caza en un símbolo del mantenimiento del orden (fig. 7), hasta los cocodrilos, un peligro siempre presente cuando alguien se acercaba a la orilla o debía atravesar el Nilo en una frágil embarcación de papiros, pasando por las serpientes, los escorpiones..., animales que también tenían su vertiente positiva, como en el caso de los cocodrilos, que emergen de las aguas y permane-

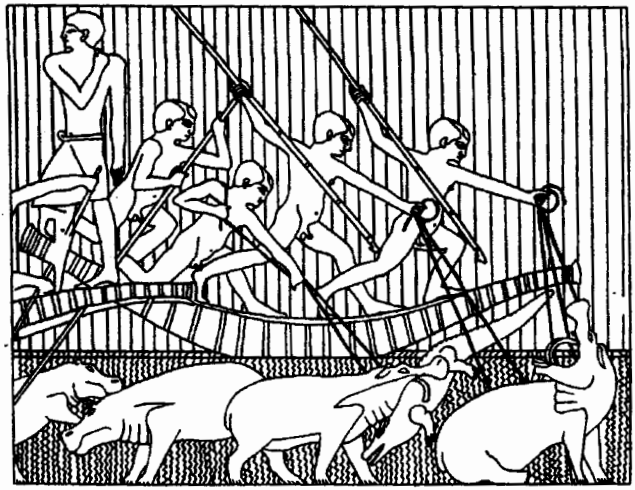

FIG. 7. Caza de hipopótamos. Mastaba de Ti, Saqqara, V dinastía.

cen con la boca abierta al amanecer para calentarse, una actitud que los egipcios consideraron un homenaje al sol naciente o a Tueris, la diosa hipopótamo encargada de proteger a los hijos, como hacía con sus crías. Peligros con los que los egipcios debían coexistir, que podían ser rechazados y vencidos, sus efectos negativos superarse e implantarse mecanismos de protección, pero que en ningún momento podían ser eliminados, aniquilados total y definitivamente, una realidad que favoreció la sensación de lucha constante, la obligación de mantener y preservar la «vida» frente a las amenazas que les rodeaban y con las que convivían.

Una sensación de conquista, lucha y mantenimiento que se remonta a sus propios orígenes como civilización. El poblamiento del valle del Nilo tuvo una marcha muy

lenta que se aceleró a mediados del IV milenio coincidiendo con un cambio climático que prácticamente completó el proceso de desecación del Sahara y que empujó a las riberas del Nilo, el único lugar que ofrecía una posibilidad de asentamiento y desarrollo de una actividad agrícola pero que hasta entonces había permanecido escasamente habitado y explotado, a los grupos de población que vivían en torno a los uadis, ya que hasta entonces en las cercanías del valle del Nilo la fauna, la vegetación y el clima eran mucho más hostiles. Un desarrollo impulsado por líderes carismáticos, de los que surgirá el primer rey de Egipto, que se representan venciendo a las fuerzas hostiles de la naturaleza, guiando a sus comunidades como se representa en la Paleta de Narmer (fig. 8). Posiblemente en el Reino Medio o Nuevo el recuerdo de que existió un proceso de conquista y asentamiento de las márgenes del Nilo durante la segunda mitad del IV milenio sería

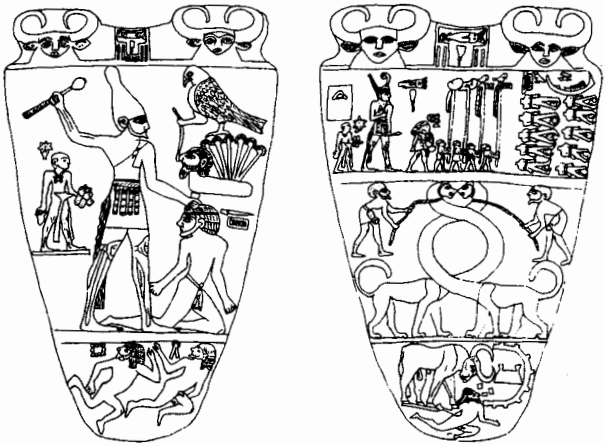

FIG. 8. Paleta de Narmer.

inexistente, pero fue ese primitivo Estado el que fijó y estableció las normas que, en líneas generales, regirían a la civilización egipcia y las funciones del rey durante más de tres milenios de historia, desde la dinastía 0 hasta Cleopatra VII: proteger a la sociedad de todas las manifestaciones del caos y mantener las normas de Maat que se establecieron en la creación. Aun cuando se instauraron las bases de un Estado y de una civilización capaz de construir las pirámides o de llevar a sus ejércitos hasta el Éufrates, el dominio sobre el medio geográfico seguía siendo inestable y los cambios incidían en la vida y la economía, como el descenso continuado en el nivel de las crecidas que aconteció a finales del Reino Antiguo. Una incidencia que está detrás, como veremos, de las nueve primeras plagas bíblicas, que reflejan perfectamente lo que era la lucha de la sociedad contra un entorno que si bien les permitía vivir, también les amenazaba. Por esta razón en ningún momento, a pesar de la sorpresa y capacidad técnica que pueda desprenderse de la contemplación de las pirámides, debemos olvidar que estamos ante una civilización que tuvo sus orígenes hace más de cinco milenios y cuya vida, aunque bendecida, en modo alguno fue privilegiada.

Normalmente la sociedad egipcia, su administración y gobierno son valorados desde la perspectiva de una preocupación constante por canalizar y aprovechar al máximo la crecida anual del Nilo, pero en muy pocas ocasiones se ha apreciado y valorado la lucha que debió de mantener el conjunto de la sociedad frente a un entorno que era muy hostil. Una lucha que ayuda a entender el sentimiento de «comunidad territorial» que desarrollaron, reflejaron en sus textos y manifestaciones artísticas y que, finalmente, nos transmitieron los clásicos. Ello ha

sustentando la tesis del etnocentrismo egipcio, del desprecio que sentían ante todo aquello que para ellos era diferente, aunque se trata de un proceso lógico y normal en todas las culturas, desde la antigüedad hasta nuestros días, que es utilizado por el poder para emitir unos mensajes, justificar unas acciones y legitimar una forma de gobierno. Un mundo hostil pero también benéfico en el que encontramos la dualidad orden/caos que toda civilización desarrolla para cohesionarse: griegos y bárbaros, cristianismo e Islam, Occidente y Oriente, norte y sur... El mantenimiento de su mundo, de su vida, de «su» orden no podía realizarse individualmente, era obligación del conjunto de la comunidad, que debía aunar esfuerzos no porque la administración o el faraón se lo pidieran, sino porque de ello dependía su propia existencia.

A diferencia de los griegos, los egipcios en ningún momento desarrollaron una mentalidad especulativa que les incitara a explicar y conocer dónde y cómo vivían, ni tampoco manifestaron ninguna curiosidad etnográfica por saber y valorar cómo vivían sus vecinos. Su concepción puede decirse que era cerrada: comenzaba en la primera catarata, donde ubicaban el nacimiento de las aguas de la crecida, y terminaba en el Gran Verde, el mar Mediterráneo. Todo lo que existía más allá de esos límites, tanto geográficos como mentales, era radicalmente diferente y, por tanto, ajeno a su realidad e interés, salvo en el Reino Nuevo, cuando esa realidad «diferente» se utilizó propagandísticamente. Su mundo eran las tierras fecundadas por el Nilo e incluso los oasis tenían poca importancia y se les valoraba solamente por algunos de sus productos, como los dátiles, o porque servían para controlar los movimientos de las poblaciones libias del desierto occidental. Esta diferente forma de pensar, especular o describir

ha sido considerada una prueba de la ausencia de una filosofía egipcia, pero lo que denota es que si bien los griegos tuvieron que salir de su suelo desde los inicios de su historia, los egipcios no, por lo que no sintieron la necesidad de buscar en ningún momento una explicación a lo que existía más allá de «su» mundo.

En un ámbito más cotidiano ese entorno afectaba a todos los aspectos relacionados con la vida diaria, desde sus vestidos hasta sus casas, su alimentación, sus miedos y esperanzas. Un ejemplo pueden ser las tormentas de arena, un fenómeno bastante frecuente y contra el que nada podía hacerse, de modo que toda actividad exterior se detenía y su existencia influía y condicionaba el aspecto y disposición de sus viviendas, con escasas y pequeñas ventanas y muros gruesos para evitar el calor. En Deir el-Medina existe un muro exterior que rodea a la comunidad y que según una teoría intentaba mantener aislados a unos trabajadores que conocían la ubicación de las tumbas reales y que solían saquearlas aunque en realidad esos muros protegían contra la arena del desierto y los animales (leones, hienas, chacales...), que podían penetrar en esas comunidades. Otra realidad cotidiana es la limitación de tierras donde vivir y cultivar, la necesidad de proteger los bienes y de vivir en estrecha relación con los animales, algo que puede todavía contemplarse en Egipto y que ha sido normal en todas las sociedades agrarias preindustriales. Una convivencia que no sólo protegía a los animales, sino que también era beneficiosa por el calor, la obtención de productos lácteos o de sus propios excrementos, utilizados como combustible, aunque también implicaba unos riesgos, como la existencia de ratones, serpientes o insectos, transmisores de enfermedades que podían llegar a causar numerosas muertes o epide-

mias. Una proximidad con el mundo animal, en todas y cada una de sus manifestaciones, que encontramos reflejada en sus divinidades, en las fórmulas mágicas recitadas para obtener una protección o en los amuletos que llevaban colgados al cuello.

Algunas manifestaciones de este universo animal se identificaron con el rey, como fue el caso del toro, símbolo de potencia sexual y física, o el halcón, identificado con Horus y cuyo vuelo le hacía estar próximo al cielo. Otros como el gato eran muy valorados en el ámbito doméstico al proteger el hogar contra los ratones y las serpientes, mientras que los leones se representaban en los reposacabezas o en las patas de las camas para proteger el sueño, el descanso de la persona; en el caso del babuino, por su costumbre de levantar los brazos cada amanecer para calentarse con los primeros rayos del sol, los egipcios lo asimilaron con el sol. Al igual que el mundo animal, lo vegetal también constituía una realidad: por ejemplo el papiro proporcionaba el soporte donde escribir o el material con el que construir pequeñas embarcaciones con las que cruzar el río, mientras que la flor de loto, símbolo del Bajo Egipto, se relaciona con la idea de regeneración y superación de la muerte, al cerrarse durante la noche para volver a abrirse con la salida del sol.

Realidades y temores que no siempre encontramos en las pinturas y relieves funerarios, donde las escenas de hambre o enfermedad son testimoniales, o en los textos biográficos, donde siempre se expresa todo lo que se ha realizado para evitar las hambrunas, desgracias o miserias humanas, pero que sí podemos rastrear en el significado de las nueve primeras plagas bíblicas enviadas por Yahvé para ablandar el corazón del faraón, interpretadas desde la propia exégesis bíblica como un reflejo, una

prueba, del conocimiento que permaneció en la conciencia histórica de Israel de las condiciones geográficas que existieron en el antiguo Egipto.

La primera plaga, la conversión del agua en sangre, deriva del tono rojizo de las aguas durante la crecida debido a las aportaciones del Nilo azul o cuando se producen lluvias torrenciales que arrastran, a través de los uadis, todo lo que encuentran a su paso y que provocan la destrucción; es significativo que los únicos restos de una presa que se han encontrado en Egipto sea en las proximidades de Helwan, precisamente para proteger a los asentamientos de estas torrenteras. Las plagas de ranas, mosquitos, tábanos o langostas pueden considerarse manifestaciones frecuentes, como sigue sucediendo en el norte de África con las langostas. La quinta plaga narra la muerte del ganado, algo que sucedería con demasiada frecuencia debido a las aguas estancadas, la propagación de epidemias o la acción incluso de mosquitos y tábanos transmisores de enfermedades para el ganado, al igual que sucede en algunas regiones del Sudán contemporáneo, donde la vida de las comunidades ganaderas no debe diferir mucho de la que se impuso en la antigüedad en el valle del Nilo. Respecto a las úlceras causadas por el hollín, la aparición de marcas externas en la piel provocadas por múltiples causas es algo frecuente en sociedades agrícolas que viven en un entorno muy cerrado y con unas condiciones higiénicas mínimas. La séptima plaga habla de las granizadas, un fenómeno atmosférico que como las tormentas sería muy frecuente y por tanto temido por los daños que causaba, y, finalmente, en relación a las tinieblas, ya nos hemos referido a los efectos que podían causar las tormentas de arena.

Si recapitulamos, comprobamos que la afirmación de que la agricultura, la economía y la vida de los antiguos egipcios dependían de unos campos que eran fertilizados por la crecida anual del Nilo es cierta, pero también lo es que la vida, la agricultura y la sociedad no pueden limitarse únicamente al momento de la crecida anual o al volumen que ésta alcanza, como si la sociedad agrícola egipcia no tuviera nada más que esperar y aprovechar aquello que se le presentaba. Posiblemente para el campesino serían más preocupantes los peligros cotidianos que acechaban sus campos que los efectos causados por una crecida demasiado elevada o escasa, sin olvidar todos los avatares que podían acontecer en un entorno que, aunque fértil y próspero, también escondía sus peligros, representados, como hemos apuntado, en Seth, que mató a su hermano Osiris, vengado por su hijo Horus, un enfrentamiento y un mito conocido en su forma más extensa gracias a Plutarco y en el que podemos encontrar una explicación a muchas de las manifestaciones y creencias que tuvieron los antiguos egipcios, estando éstas también en íntima relación con el medio geográfico. En líneas generales el mito narra lo siguiente: el dios de la tierra, Geb, decidió dividir Egipto entre sus hijos Osiris y Seth, pero se arrepiente y se lo concede únicamente a Osiris. Seth, enfurecido, decide matar a su hermano organizando un banquete en el que le será entregado un magnífico sarcófago con las medidas exactas de Osiris, que, cuando se encuentra en su interior, es encerrado por los secuaces de Seth y arrojado al Nilo. Es entonces cuando su esposa, Isis, inicia su búsqueda hasta hallarlo en la ciudad de Biblos, en la costa palestina. Enterado Seth, decide terminar definitivamente con su hermano y tras capturarle nuevamente trocea su cuerpo en pedazos que esparce por

todo Egipto. Nuevamente Isis inicia su búsqueda que concluye tras encontrar todos los pedazos menos el falo; pero gracias a su magia logra quedarse embarazada de Horus, que junto a su madre crece escondido en las marismas del delta hasta alcanzar la edad para poder vengar a su padre, así como obtener el trono de Egipto venciendo a Seth, que no será aniquilado, lo que desembocará posteriormente en diversos enfrentamientos entre ambas divinidades que siempre finalizan con la victoria de Horus.

De estos episodios míticos, recogidos y representados de forma aislada en diferentes escenas y textos, se desprende en primer lugar que una divinidad, Osiris, ha sido capaz de vencer a la muerte, de resucitar, y por ello encarna una figura, un símbolo fundamental en toda religión en la que existe una aspiración, una creencia en una vida futura. Otro símbolo es que la fertilidad de los campos se debe a que el cuerpo de Osiris fue esparcido por todo Kemet, lo que garantizaba su prosperidad y resurrección anual, razón por la que diferentes ciudades presumían de albergar uno de sus pedazos, aunque su principal centro de culto estaba en Abidos, una de las regiones de Egipto más fértiles agrícolamente. A pesar de la victoria final de Horus, no se produce la destrucción, la desaparición del mal, del caos que encarna Seth, de lo que se desprende que Horus, al igual que la sociedad, ha de mantener una actitud siempre vigilante, y debía enfrentarse periódicamente a las manifestaciones que adoptaba Seth, reflejo de que los peligros que rodean a Egipto nunca podían ser destruidos y la sociedad, al igual que Horus, identificado con el rey, ha de mantenerse vigilante y preparada ante cualquier amenaza que pudiera acontecer. Por otra parte, durante su infancia Horus es protegido por su madre Isis,

la gran maga, de los peligros que acechan a todo niño en una sociedad agraria y preindustrial, desde las enfermedades hasta las picaduras de escorpión, al igual que se hacía con todos los niños que nacían en el seno de la sociedad. Como tendremos ocasión de ir comprobando, es imposible separar magia y religión, y debemos entender la primera no como algo oculto y que se realiza en contra de la religión, como se pensó desde el triunfo del cristianismo, sino como algo intrínsecamente necesario y benéfico.

Aspectos «menores» también tienen su explicación en el mito de Horus y Seth, como que los egipcios pensaran que los cocodrilos no tenían lengua porque cuando el cuerpo de Osiris fue desmembrado por Seth y arrojado al Nilo, Sobek, el dios cocodrilo, no pudo reprimir sus instintos y devoró, no por maldad, una parte del cuerpo, por lo que fue castigado a que se le cortara la lengua. Otro detalle significativo es que los posteriores enfrentamientos entre Horus y Seth serán dirimidos en un tribunal de dioses, es decir, se transmite que todo acto debe ser juzgado por un tribunal que actuará siguiendo las normas; en ningún momento la justicia es una acción individual, lo que resulta significativo teniendo en cuenta el sentido de grupo, de comunidad, que desarrollaron los antiguos egipcios, lo que en ningún momento refleja actitudes patriarcales o tribales contra las que todo estado territorial debe luchar.

Junto al Nilo, la vida egipcia estaba dominada por el sol, cuyo ciclo diario representaba la vida y la muerte, nuevamente la dualidad presente en todas sus concepciones. El sol nace todos los días hasta alcanzar su plenitud, para iniciar a continuación un declive que le lleva a un viaje por el mundo subterráneo donde habitan toda clase

de animales y fuerzas malignas a las que debe enfrentarse antes de resucitar cada amanecer. Tan firme era esta concepción que la imagen del propio sol cuando empieza a emerger, con sus tonos rojizos, se pensaba que era una consecuencia de las heridas sufridas por el astro en el transcurso de la noche, un tránsito, unas horas, un mundo en el que los egipcios, al igual que toda sociedad o grupo humano, ubicaba todo aquello que era desconocido y temido y, por tanto, peligroso. Un viaje diario que el sol realizaba en su barca solar, el medio de transporte utilizado por los dioses egipcios que refleja lo cotidiano, lo que era normal en un territorio como el egipcio.

Por tanto, lo que veían y conocían influyó en su forma de entender y explicar su relación con el entorno, pero también lo que pensaron de sus vecinos, aunque no fuera lo mismo en el Reino Antiguo, cuando los contactos con el exterior fueron esporádicos, que en el Reino Nuevo, cuando las amenazas externas hacia Egipto aumentaron debido a la coyuntura internacional. Una relación interpretada generalmente desde la óptica del conflicto, tanto debido a las numerosas representaciones del rey venciendo a los enemigos de Egipto, y que se explican por el «decoro», lo que se esperaba del rey, como a la influencia de las tesis evolucionistas del siglo XIX que defendían que el nomadismo constituía un paso previo al sedentarismo y que el deseo y aspiración de toda población nómada es llegar a establecerse y vivir en las tierras cultivadas, lo que originó un conflicto permanente entre ambas sociedades (fig. 9).

Un medio geográfico el egipcio muy diferente del resto de culturas de la antigüedad, lo que originó comentarios como el de los clásicos. En Egipto era imposible cualquier actividad agrícola o ganadera más allá de la estrecha llanura aluvial, lo que sí era posible en el Próximo Oriente,

FIG. 9. Rey venciendo a los enemigos de Egipto.

ya que aun cuando la vida y la economía estaban centradas en torno al Tigris y el Éufrates, también existían extensas áreas en las que se desarrollaron diferentes economías y sociedades, de modo que cabe hablar de la existencia de un «dimorfismo social», inexistente en Egipto, que implica la colaboración entre las sociedades urbanas y las no plenamente sedentarizadas, ya que sus actividades eran en muchos casos complementarias, algo que en Egipto sólo sucedió en el Bajo Egipto, en las cercanías del delta oriental, donde se localizaba la bíblica tierra de Goshen a la que los patriarcas bíblicos acudían con sus rebaños en busca de pastos.

Otra característica del marco geográfico de lo que se conoce como Próximo Oriente, el «creciente fértil», es que Egipto constituye el límite, la frontera, y el gran desierto del Sahara marca una línea de separación desde la antigüedad hasta el mundo árabe actual. Una ubicación geográfica importante no porque la civilización egipcia llegara a constituir una «cultura de frontera», pero sí porque, a medida que la cultura egipcia incrementó sus relaciones con el Mediterráneo oriental, los acontecimientos políticos, sociales, migratorios, económicos... que acontecen en el Próximo Oriente afectaron a la evolución histórica de Egipto y a su sociedad, como sucedió con la llegada de los hiksos en el Segundo Periodo Intermedio, poblaciones que se desplazaron a Egipto como consecuencia de las perturbaciones en Siria-Palestina y trajeron sus costumbres y religiosidad.

Un medio geográfico que experimentó cambios y modificaciones a lo largo de tres milenios de historia, lo que, lógicamente, incidió en la vida y pensamiento de los egipcios, al tiempo que mantuvo la sensación de lucha y protección contra el entorno. Ya hemos mencionado el descenso de las crecidas del Nilo a finales del Reino Antiguo, estimado en un 40 por 100 y que posiblemente fue una de las causas de su crisis; otra se constata en la XX dinastía, coincidiendo con el final de la Edad del Bronce en el Próximo Oriente, en el Mediterráneo oriental, en torno al 1200 a.C., un periodo de una inflación en los precios hasta entonces desconocida, así como de dificultades en el abastecimiento que llegaron a afectar a la comunidad de Deir el-Medina, donde tuvieron lugar las primeras huelgas que se conocen en la historia de la humanidad. Cambios que no son repentinos y que explican que en el Reino Nuevo las referencias a poblaciones margina-

les, en especial a los libios y a los shasu, en los que algunos ven una vinculación con las tribus de Israel, sean cada vez más frecuentes y cercanas a Egipto. Conjunto de referencias y escenas que no deben entenderse como una prueba del conflicto endémico entre la población sedentaria y los nómadas, sino como consecuencia de los cambios que se producen en el entorno geográfico.

En líneas generales el clima era más húmedo que el actual, aunque no debe olvidarse que Egipto forma parte del desierto africano, lo que explica que su fauna fuera mucho más variada y que en muchas representaciones encontremos avestruces, leones, antílopes..., que, además de constituir un suplemento alimenticio y ofrecer una posibilidad de diversión, constituían un peligro para las comunidades, su ganado y cosechas. Al respecto, es significativo que sea durante el Reino Antiguo cuando las escenas que representan la caza en el desierto con la ayuda de perros y cazadores con flechas sean más frecuentes, ya que con posterioridad el clima fue haciéndose más árido.

Un orden y un caos, un medio geográfico creado por los dioses pero, ¿cómo fue la creación? La concepción que tiene una sociedad del acto creador explica muchos de sus comportamientos, creencias y manifestaciones, al tiempo que en los relatos de creación que se conocen también se expresa la influencia del medio geográfico, ya que los egipcios, como toda sociedad, explican y conciben el mundo desde lo que conocen y perciben. Los egipcios delimitaron, física y mentalmente, el ámbito geográfico en que vivieron, desarrollando un marco mental donde subyace la idea de territorialidad del hombre y la sensación de sentirse seguro en un espacio, en contraposición a todo lo que era diferente, desconocido o exótico; por este motivo la vida del soldado se consideraba lamen-

table al tener que huir y desplazarse por montes, bosques y tierras en las que las condiciones climáticas eran muy adversas (véase cap. 6). Unos sentimientos que no están tan lejanos de los que puede manifestar una sociedad moderna; se prefiere la luz a la oscuridad, lo conocido a lo desconocido, lo estable a lo cambiante, lo abierto a lo cerrado..., todos los elementos «seguros» se ubican en el interior del territorio en el que viven, mientras que todos los elementos negativos se localizan en los límites de «su» orden, en las tierras extranjeras.

En Egipto se desarrollaron diferentes relatos de la creación, pero en todos existe un punto común: con anterioridad a la creación no existía nada, sólo el caos, la oscuridad, y todos utilizan siempre la misma frase para referirse al acto creador, *sep tepi* (la primera vez). Las cosmogonías más importantes (Heliópolis, Hermópolis y Menfis) tienen el mismo esquema, y sólo varía el dios creador, reflejo de una de las principales características de su religión: la multiplicidad de aproximaciones a un mismo hecho. Las tres coinciden en que en un principio sólo existía una oscuridad absoluta *(keku semau),* junto a un líquido incontrolable, unas aguas primordiales, el «caos», que llamaron Nun. Unas aguas que no deben ser entendidas desde una óptica negativa y sí desde la perspectiva de una masa incontrolable a partir de la que tendrá lugar la creación al contener los principios de la vida, así como del caos. Una superficie, o elemento acuático, que no desaparecerá con el acto creador, sino que permanecerá en los límites del mundo creado y amenazando siempre con volver a ser dominante si no se mantienen las normas que garantizan el orden establecidas por los dioses creadores, de manera que se impondrá nuevamente el conflicto, la amenaza siempre presente. Un mundo temi-

do en el que encuentran su lugar las almas de las personas que no han recibido los ritos funerarios apropiados y donde residen todas las fuerzas de la naturaleza que no se dominan y que se manifiestan en fuerzas con apariencia monstruosa o dañina.

Según la concepción heliopolitana, Atum, que existía con anterioridad a la creación junto a las aguas primordiales y en un estado de potencialidad no desarrollado, procedió a crear el mundo desde la «colina primigenia», masturbándose en algunas versiones, escupiendo en otras, dando origen a la primera pareja de dioses: Shu, el aire, y Tefnut, la humedad, que fueron a su vez los padres de la segunda pareja de dioses: Nut, el cielo, y Geb, la tierra, de cuya unión surgieron Isis y Osiris, así como Seth y Neftis, estableciéndose lo que se conoce como Eneada heliopolitana. Una cosmogonía en la que se distingue un primer esquema celestial con Atum y cuatro divinidades símbolo de los elementos naturales y astrales (agua, cielo, tierra y aire) para, posteriormente, entroncar con los dioses «terrestres», Osiris y Seth, a cuyo conflicto ya nos hemos referido. Dos niveles en una misma explicación del mundo que unen lo divino y lo humano y que reflejan de esa forma la estrecha relación que existía entre ambos mundos en la concepción y sociedad egipcias (fig. 10).

En la cosmogonía de Hermópolis el dios creador fue Thot, y de las aguas primordiales surgieron cuatro parejas de dioses: Num/Nunet, las aguas del abismo; Heh/Hehet, sin forma; Keku/Keket, sin luz, la oscuridad; Amón/Amonet, los ocultos, divinidades que, al igual que Atum, existían con anterioridad a la creación, aunque sus características implican y reflejan que en los momentos anteriores a la creación no había vida; eran fuerzas inertes, oscuras y ocultas que adoptaron la forma de cuatro ser-

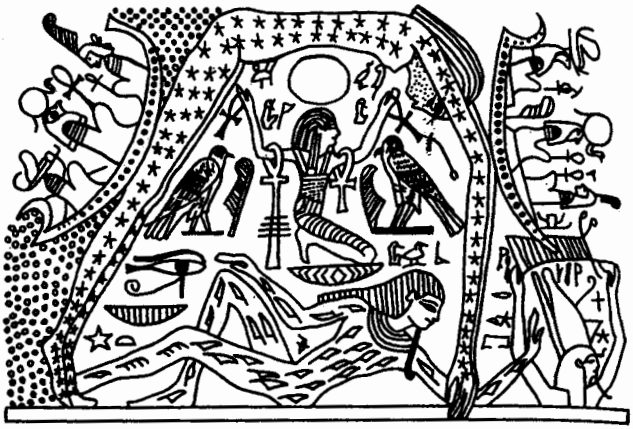

FIG. 10. Nut y Shu.

pientes y cuatro ranas, ya que cuando las aguas fertilizadoras del Nilo comienzan a retirarse de los campos los primeros animales que se ven en ellos son ranas y serpientes, símbolo de su fecundidad.

Finalmente, en la cosmogonía de Menfis el dios creador fue el dios Ptah, y en ella se combinan el pensamiento de la divinidad y la acción de la palabra; el dios concibe en su corazón y procede a crear con su lengua, corazón en el que, según la concepción egipcia, residían y se registraban las acciones que el hombre realizaba en vida; por ello era uno de los órganos que no se extraía del cuerpo durante el proceso de momificación, y debía superar el juicio final para acceder a los campos de Osiris.

Pero además del mundo terrestre también existía el subterráneo, oculto y oscuro, la Duat, por donde el sol realizaba su viaje todas las noches. Los textos lo describen yaciendo dentro del cuerpo del cielo, Nut, lo que explica

su concepción de que el cielo procedía «a dar a luz» al sol cada mañana. Un viaje nocturno temido al amenazar y perseguir la serpiente Apopis a la embarcación solar, que, en medio de la noche, en lo más profundo de la Duat, se encontraba con el cuerpo momificado de Osiris, símbolo de vida y renacimiento, momento en que los dos dioses llegaban a ser uno, una unión gracias a la cual el sol recibía las fuerzas necesarias, el poder de una nueva vida, para poder continuar el viaje y emerger triunfante (fig. 11).

FIG. 11. Los condenados, con antorchas como cabezas, cámara funeraria de Ramsés VI, Tebas, XX dinastía.

Unas cosmogonías y concepciones del mundo que reflejan el proceso creador que tiene lugar todos los días y que debía ser defendido y mantenido, reflejo de la lucha contra su entorno. Un mundo que tuvo un principio pero que también tendría un final, no precisado y alejado temporalmente con expresiones como «millones de años» que, significativamente, serán utilizadas para referirse a las tumbas y templos. Un mundo que acabaría con la unión, nuevamente, del cielo y la tierra, lo que implicaría que el sol dejara de iluminar y proporcionar vida, al tiempo que las aguas primordiales y el caos volverían a dominar, y sólo perviviría el creador, al igual que lo había hecho con anterioridad a su acto creador.

Respecto al hombre, su creación sólo ocupa un lugar secundario, y fue creado a partir de las lágrimas que derrama uno de los ojos del dios creador, Re, que, habiendo perdido su ojo, envía a Shu y Tefnut en su busca pero, tras un periodo de tiempo, decide reemplazarlo; posteriormente aparece el ojo original, que, ante su sustitución, llora; de sus lágrimas *(remut)* nacieron los hombres *(remet)*, que, como todos los elementos de la naturaleza, no pueden considerarse una unidad, pues cada persona consta de cinco partes: el cuerpo, el Ka, el Ba, el nombre y la sombra, elementos algunos visibles, otros escondidos y que sólo se manifestaban después de la muerte física. Los egipcios percibían a los hombres como un conjunto de elementos físicos y no físicos que denominaban kheperu, «manifestaciones». Entre los elementos físicos estaba el cuerpo o el corazón, mientras que los no físicos, el Ka o el Ba, requerían una forma física, el cuerpo momificado, sah, cuya principal función era acoger a estas entidades no físicas.

Con el hombre nacía el Ka, y cuando se moría, el Ka seguía viviendo, de manera que requería todo aquello que había disfrutado en vida y a él iban dirigidos el ajuar y las ofrendas funerarias. Respecto al Ba, mucho se ha debatido sobre su función y significado, aunque la más importante parece que fue la de servir de comunicación entre el Ka, que permanecía en la tumba, y la persona que alcanzaba la vida eterna, que, como veremos en el capítulo 7, se transformaba en el Akh. El nombre era esencial para la vida de la persona, y su destrucción u olvido implicaba la destrucción de ésta, razón por la que algunos nombres de reyes sufrieron una persecución con posterioridad a su muerte, no sólo para borrar su memoria histórica, sino también su existencia. Unos nombres que tenían un

significado, un mensaje, al igual que ha sido normal en nuestras sociedades hasta hace pocas décadas, bien de protección; bien de vinculación con alguna divinidad. Finalmente, la sombra era algo inherente a la persona, con poderes y capaz de moverse a gran velocidad.

Una humanidad que vive en un entorno favorable, creado por los dioses para su disfrute pero que debía ser respetado y mantenido, y que tenía como estímulo un más allá que, en líneas generales, era como Egipto pero mucho más próspero y rico y en el que sorprendentemente también existían peligros, los mismos que en el Egipto terrenal; de hecho los dioses vivían en un entorno básicamente terrestre, con una geografía y unas características muy parecidas a las de Egipto; viajaban en embarcaciones y disponían de ganado que, significativamente, también se ve amenazado cuando pace libremente en el campo por diferentes peligros que acechaban, en especial por otros animales que «se alimentan de carne y beben sangre».

3. Características generales de la sociedad egipcia

Ya hemos comentado que, a pesar de la aparente abundancia de las fuentes disponibles, el funcionamiento de la sociedad egipcia, y de muchas de sus manifestaciones (derecho, economía...), es muy mal conocido; lo normal es encontrar comentarios generales a partir de lo representado y expresado en las tumbas, sin mención de su contexto y función, el «decoro», o, más frecuentemente, a partir de lo transmitido por los autores grecorromanos, que, a pesar de la admiración que aparentemente dicen sentir por lo que contemplan, no dejan de manifestar la superioridad del mundo griego. También debemos recordar que el redescubrimiento de Oriente en el siglo XIX implicó que los viajeros y primeros arqueólogos llegaran a Egipto con los clásicos, en especial Heródoto, debajo del brazo y esperaron encontrar una confirmación de todo aquello que habían leído y aprendido. Aunque con unas connotaciones diferentes, aconteció lo mismo que con la emergente arqueología bíblica que buscaba hallazgos que confirmaran la historicidad de la Biblia, la confirmación de que los clásicos tenían razón.

Fue así como las tres premisas inherentes a las descripciones de los clásicos encontraron su confirmación. La primera, que el Nilo era la fuente de vida, y que para aprovechar su crecida anual debió de existir una administración centralizada que planificara el trabajo y obligara a la población a participar en la construcción de unos monumentos, funerarios o no, de unos reyes que tenían un poder absoluto. Ésta era la segunda premisa, el despotismo de los faraones y la existencia de una sociedad esclavista, pues monumentos como las pirámides no podían haber sido construidos sin la presencia de una población dependiente, sometida a los deseos de unos reyes como Keops, por ejemplo, que «empujó» a su propia hija Rhadopis a la prostitución con el fin de obtener los recursos necesarios para poder terminar la gran pirámide; Aristóteles *(Pol.* 1313), al referirse a los tiranos, señala que hacen pobres a los súbditos para que éstos no puedan conspirar, y pone como ejemplo las pirámides de Egipto; tampoco olvidemos la imagen transmitida en el relato bíblico. La tercera premisa, que la egipcia fue una sociedad muy religiosa, obsesionada con la muerte, que vivía por y para construir, decorar sus tumbas, dotarse de un ajuar funerario e intentar garantizarse un culto funerario, encontraba una confirmación arqueológica que la sociedad europea constataba en las nacientes colecciones egiptológicas del siglo XIX. Poco importaban las razones que los egipcios tuvieran para construirse unos monumentos funerarios, momificar sus cuerpos o adorar a unos dioses extraños: su sociedad y su cultura se respetaban debido a su carácter milenario, al igual que en el logos egipcio de Heródoto, pero no aportaban nada a nuestro pasado.

En el capítulo anterior ya nos hemos referido al medio geográfico, por lo que comenzaremos analizando si en

verdad la sociedad egipcia estuvo realmente obsesionada por la muerte y fue una de las más religiosas.

La contemplación de cualquier museo o exposición sobre el antiguo Egipto nos lleva inexorablemente al ámbito funerario, y aquí encontramos muchos objetos que son catalogados como pertenecientes al ámbito cotidiano: espejos, pinzas de depilación, peines y adornos personales..., que tanto por su apariencia como por su finalidad sorprenden al no ser tan lejanos de los que pueden tenerse o utilizarse en nuestros días, lo que origina una sensación de proximidad opuesta a la que se experimenta al contemplar las momias, estelas u otras manifestaciones que nos parecen lejanas y extrañas a nuestra realidad. Todo ello parece confirmar que vivían por y para la construcción de una tumba, la preparación de un ajuar funerario y el mantenimiento de un culto funerario, pero la afirmación de que todos sus esfuerzos se destinaban a su «casa» eterna, la tumba, suele conllevar una visión negativa, cuando en realidad representa todo lo contrario: es un signo de vida y de esperanza.

No siempre es suficientemente destacado y valorado que en su contexto cultural y temporal la sociedad egipcia fue la única en creer alcanzar un más allá en compañía de los dioses y disfrutar de la eternidad en los campos de Osiris. En las culturas mesopotámicas no existió esperanza en una vida futura: toda persona al morir estaba destinada a vivir en el Apsu, un mundo inferior que tenía siete niveles y en el que el polvo y el barro dominaban la existencia y alimentación de los humanos, una concepción con significativas analogías con el Sheol judío. En Grecia o Roma tampoco existió una esperanza en una vida futura, y de hecho en el mundo romano la muerte equivalía a la nada, a un sueño eterno, lo que explica que

una de las razones aducidas para entender la rápida expansión que experimentó el cristianismo es que es una religión de salvación.

¿Por qué los egipcios fueron una excepción? Una de las razones esgrimidas es la influencia de su medio geográfico, de un sol y de un Nilo que reflejaban el ciclo de nacimiento, vida, muerte y resurrección, concepción que plasmaron en Osiris o en el viaje diario del sol. Unos ciclos míticos, unos dioses, que reflejan la lucha de la sociedad con su entorno geográfico y la idea de que con esfuerzo y sacrificio la «vida» renacía, lo que trasladaron a su concepción funeraria; pero con razón podría aducirse que en todas las sociedades existe una lucha, un equilibrio entre la vida y la muerte, por lo que, sin negar la influencia del medio geográfico, deben buscarse otras motivaciones. Una de las más importantes, además de la esperanza innata de toda sociedad en un más allá, es la constatación de que unos cuerpos que se enterraban en pequeñas fosas excavadas en la arena del desierto volvían a aparecer, bien por las tormentas de arena, bien por la acción de los animales carroñeros, y conservaban su apariencia gracias a la acción benéfica de la arena que los secaba y que hacía pensar que la persona pervivía. Ello aconteció durante el periodo predinástico, cuando las bases ideológicas y culturales de su civilización fueron establecidas.

Unas costumbres y creencias funerarias que se utilizaron para ir creando una ideología en torno al rey. A lo largo de las culturas predinásticas las costumbres funerarias fueron bastante homogéneas, y de hecho en un primer momento no se apreciaron signos de diferenciación social; pero a medida que se van poniendo los cimientos del futuro Estado faraónico se constata una centralización de

estas creencias, un exclusivismo en torno al rey que se plasma en unos enterramientos cada vez más grandes y alrededor de los cuales se van disponiendo los de sus más cercanos familiares o cortesanos, al tiempo que se crean los mitos relativos al ciclo solar. Posteriormente, con la descentralización del Estado y el hecho de que el rey dejase de ser considerado un dios, el mito de Osiris, símbolo de la muerte y resurrección, será el dominante.

Más difícil es aproximarnos a la religiosidad cotidiana o popular, para lo cual debemos situarnos en su ambiente y abstraernos de lo que conocemos y explicamos «científicamente». Un mundo en el que desde el elemento más pequeño, animal o vegetal, tenía su función e importancia en el mantenimiento del equilibrio cósmico establecido en la creación. Las plantas, los animales, las piedras con sus colores, los aromas de las plantas... forman un conjunto de *irus,* manifestaciones de fuerzas divinas, ya que en realidad no se conoce la verdadera apariencia de la divinidad, una creencia común a todas las religiones y que en el caso del Islam lleva al aniconismo. Tanto las fuerzas positivas como las negativas con las que se convive son manifestaciones divinas, y el equilibrio en el que se vive corre peligro si no se respetan los preceptos de Maat.

Ese contacto con la naturaleza, con las manifestaciones divinas, y el conocimiento por todos de cómo había que actuar explican que su religión sea tan diferente, que no haya que acercarse a lo divino al estar en todo momento presente. Ésta es la razón por la que sus templos no fueron un lugar de culto, por lo que no existió la obligación de realizar ritos y por la que los sacerdotes no tuvieron que explicar o difundir unas creencias y normas por todos conocidas. Los templos, oficiales o populares, eran la casa de la divinidad, donde residía su estatua, a la que se presen-

taban todos los días los frutos del mantenimiento del equilibrio cósmico, lo que se obtenía gracias al esfuerzo conjunto de la sociedad; el rey era el encargado de presentar dichos frutos, razón por la que las escenas y textos de los templos responden al «decoro» (fig. 12).

FIG. 12. Rey presentando a Maat, la justicia y el orden.

Una religiosidad popular que no se preocupaba de aquellas manifestaciones del caos que eran responsabilidad del Estado, como los enemigos de Egipto. Seguramente el conjunto de la población desconocía los complejos textos y creencias que rodeaban al sol en su viaje diario por las profundidades de la noche; sus preocupaciones eran más cotidianas, desde los peligros que acechaban a las cosechas hasta las frecuentes enfermedades, pasando por tener una descendencia que superara los peligros de los primeros años de vida. En este sentido la idea egipcia de vigilancia contra las manifestaciones del caos, la imposibilidad de derrotarlo definitivamente, es mucho más palpable en el ámbito popular que en el ofi-

cial, que procedió a plasmar esas preocupaciones en un plano superior que contenía la esencia de lo que por todos era conocido y que consiguió la identificación total con la población y, de ese modo, la perdurabilidad de unas concepciones.

Las ofrendas, peticiones y agradecimientos populares eran de una índole muy diferente de la que se constata en los templos oficiales y, como iremos comprobando en los próximos capítulos, están en relación con la protección del embarazo, el nacimiento de los hijos, las picaduras de serpientes o la superación de enfermedades, como cuando un trabajador pide perdón por una acción cometida (fig. 13) o cuando una persona queda temporalmente ciego y lo achaca al hecho de haber utilizado el nombre de Ptah en falso. Al analizar las civilizaciones antiguas siempre nos fijamos en su mundo funerario/religioso, en las manifestaciones que nos han llegado, y olvidamos que nuestra sociedad también manifiesta ese mundo, y que muchos actos que asociamos con la religión, que nuestra tradición y sociedad han sacralizado, en el mundo egipcio, y en la antigüedad en general, eran considerados meros actos civiles, como sucedía con el matrimonio, el divorcio o el nacimiento de un hijo, acontecimientos que constituían unos «ritos de paso»; también nuestra sociedad sigue manteniendo unos mecanismos de protección contra toda clase de peligros o penalidades que a una persona le puedan acontecer, y que quedan simbolizados en las medallas o las oraciones.

La percepción de los templos egipcios está condicionada por los conservados en Luxor y en localidades como Esna, Dendera o Edfú, pero son muy pocos, y es muy escaso lo que conocemos de ellos. Es como si la religiosidad de una sociedad y de una época fuera establecida, inter-

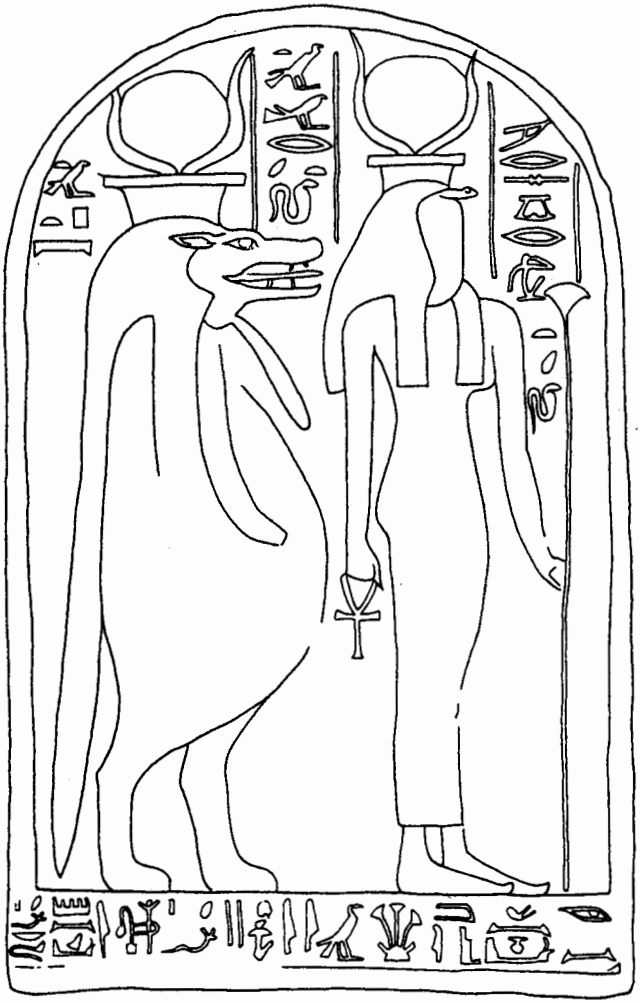

FIG. 13. Estela dedicada a la diosa Meresger y a Tueris por el capataz Hay, XX dinastía.

pretada y valorada a partir de las catedrales góticas: lo que emana de ellas no se corresponde con «su» realidad cotidiana y social. Por otra parte, la mayoría de los templos conocidos datan de Época Baja, especialmente de tiempos tolemaicos, cuando los sucesores de Alejandro Magno emprendieron una política constructora que los vinculara con la milenaria tradición del país, y justificara y legitimara su gobierno sobre una población indígena con unas costumbres y creencias ajenas al mundo del que los reyes tolemaicos procedían. Los templos faraónicos mejor conocidos datan del Reino Nuevo, pero se trata de templos nacionales en los que se rendía culto a una divinidad, Amón, que protegía a los reyes y les guiaba en la conquista y mantenimiento de unas posesiones externas, y están más relacionados con la ideología y justificación de la realeza. También conocemos los templos funerarios, dedicados a la memoria de los grandes reyes del Reino Nuevo. En su obra clásica sobre el mundo mesopotámico, Oppenheim advertía de los peligros de entender la religión y religiosidad mesopotámicas desde la perspectiva de los templos conservados, ya que éstos respondían a una ideología, eran la casa de los dioses en la tierra y su culto estaba atendido por sacerdotes que realizaban los ritos diarios de alimentación y cuidado de la imagen de la divinidad; el autor sugiere que el conjunto de la sociedad tendría sus propios cauces de religiosidad, que poco tendría que ver con la «oficialidad». Por otra parte, B. Kemp ha sugerido que la forma clásica del templo egipcio no se alcanzó hasta el Reino Nuevo, coincidiendo con la expansión y poder del Estado faraónico, algo que ha sido negado por O'Connor.

Unos templos «populares» de los que conocemos muy poco. Construidos por lo general en adobe y con unas

proporciones muy modestas. Los aislados esfuerzos del Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo, junto a otros que no encuentran la continuidad necesaria, han sacado a la luz algunos de ellos, en especial en Elefantina, que constatan lo que era previsible: un mundo muy diferente y alejado de la monumentalidad de los templos «oficiales», pues aquí no hay relieves conmemorativos de victorias, y sí encontramos ofrendas relacionadas con peticiones y agradecimientos que nos acercan a las preocupaciones cotidianas de una sociedad que, en su inmensa mayoría, no sabría dónde se encontraba el imperio hitita, no vería a un shasu en toda su vida y, por supuesto, no llegaría a beneficiarse del botín obtenido tras la conquista de alguna ciudad o del tributo que pudiera ser establecido en lejanas ciudades y reinos (fig. 14).

Unos templos, populares o no, a los que la población no tenía acceso, sólo los sacerdotes encargados de realizar los rituales diarios de vestir, alimentar, bañar y perfumar a la estatua de la divinidad. Un «exclusivismo» sacerdotal que no debe interpretarse, como en muchas ocasiones se hace, como prueba de la existencia de una teocracia, sino de que la función del templo, como en todas las culturas de la antigüedad, difería de la que nosotros conocemos según nuestra tradición judeo-cristiana; de hecho en las *Instrucciones de Ani,* uno de los textos sapienciales más importantes, no encontramos una sola referencia a la obligación de participar en ritos o acudir al templo para la celebración de ceremonias. Unos templos que, como veremos, también tenían una función administrativa, económica y comercial.

Religiosidad de una sociedad que asociamos a la celebración de grandes festivales, algo que, sin embargo, solamente constatamos en el Reino Nuevo, además de que

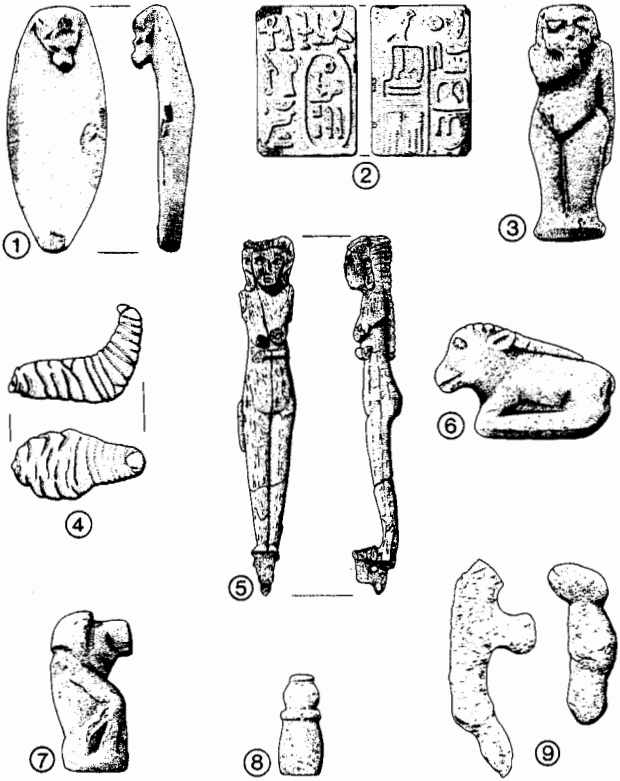

FIG. 14. Objetos depositados como ofrendas en el templo de Elefantina.

las más importantes tenían un carácter ideológico, de propaganda de la institución real. Ello no quiere decir que no celebraran festivales, pero, como podemos comprobar a través de la documentación de Deir el-Medina, están más en relación con aspectos relacionados con la fertilidad, el comienzo de la crecida o el recuerdo de los

antepasados. Es decir, preocupaciones cotidianas que también se expresan en el deseo de proteger a los niños en sus primeros años de existencia, a las madres en el alumbramiento, en este caso a través de los amuletos o la recitación de textos mágicos que mantuvieran alejados dichos peligros, unas preocupaciones que siguen estando presentes en nuestra sociedad pero a las que se han conferido unas formas y manifestaciones externas diferentes. Como en tantos otros aspectos, nuestras preocupaciones no son tan diferentes: lo que ha cambiado son las manifestaciones externas de dichas preocupaciones y alegrías; por ello las palabras de san Agustín adquieren plena validez:

> Lo que ahora se llama religión cristiana ha existido entre los antiguos, y no faltaba desde el comienzo de la raza humana, antes de que Cristo se hiciera carne: a partir de entonces la verdadera religión, que ya existía, comenzó a recibir el nombre de cristianismo (San Agustín, *Conf.* I,13).

Religión que en la antigüedad, y en parte también ahora es así, tenía una función social. Los diez mandamientos mosaicos, las leyes de las XII tablas de la primitiva República romana, el Levítico o los diferentes ordenamientos jurídicos del mundo mesopotámico transmiten unas normas de conducta y comportamiento que implicaban unas reglas de convivencia mínimas (no matar, no robar, respetar propiedades, familias, proteger al grupo...), y en ello radican la importancia y la perdurabilidad de la religión egipcia. En un plano «oficial» e ideológico se sitúan las cosmogonías, las historias de los dioses y la concepción del universo, pero sus planteamientos básicos están en íntima relación con lo que conocía y comprendía el conjunto de la sociedad, el mantenimiento de

unas conductas que permitieran pervivir en un mundo rodeado de peligros. En muchas ocasiones lo más simple es lo más complicado, pero en el caso de Egipto las bases ideológicas, religiosas o políticas son muy sencillas y perceptibles por todos y se reducen a una forma de conocer, convivir, disfrutar y enfrentarse al mundo que les rodea.

Unos principios elementales que transmiten una forma de actuar y de explicar lo circundante, al tiempo que sitúan en el acto creador a la realeza, de la que Horus es su representante, por lo que ideológicamente respetar, aceptar y seguir lo que de la realeza emanaba era colaborar al mantenimiento del «orden». Dentro de ese equilibrio y funciones que se habían establecido en la creación, y que posibilitaban la existencia de Egipto, cada persona asumía su «función», no se preguntaba por qué, sino para qué, y por esta razón mientras la realeza logró mantener la estabilidad y prosperidad del país, nadie se cuestionó su existencia y lo que de ella emanaba. Con la crisis del Reino Antiguo esa función pasó a ser desempeñada por los gobernadores provinciales, para con la posterior reunificación de Egipto en el Reino Medio pensarse que lo divino era la institución, el cargo, no la persona, ideología que se mantuvo con el Reino Nuevo. Teniendo en cuenta esta evolución y pervivencia de una institución durante más de dos milenios de historia, no debe extrañar que el conjunto de la sociedad actuara, siguiera y realizara todo aquello que emanaba de la realeza y sus órganos de expresión, la administración. Lógicamente ello no impidió que se manifestaran críticas (fig. 15), pero el poder de la ideología, del Estado y de sus mecanismos de expresión acalló toda posible grieta. En muchas ocasiones se plantean preguntas al respecto de cómo los egipcios pudieron trabajar en la construcción de unos monumen-

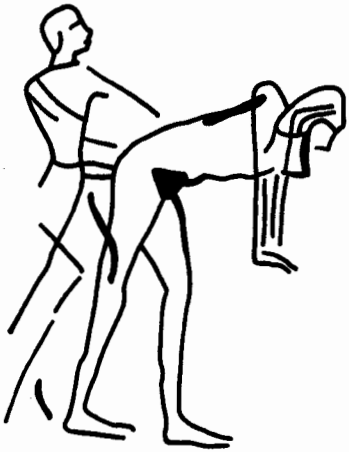

FIG. 15. Grafito de una tumba en Deir el-Medina que representa a Hatshepsut y su consejero Senmut.

tos, funerarios o no, que estaban destinados al disfrute, o utilización, de unos pocos; pero haciéndonos esa pregunta olvidamos lo que ha sido, y sigue siendo en muchas sociedades, su funcionamiento interno respecto al Estado y la ideología que de él emana, y también la «resignación» con que en muchas de ellas se ha aceptado, y se sigue haciendo, lo que a cada persona le ha tocado realizar, hacer o vivir en cada momento.

Al respecto, en muchas ocasiones se ha calificado a la sociedad egipcia de esclavista, y constituye una «sorpresa» la afirmación de que en realidad la esclavitud apenas tuvo importancia en el antiguo Egipto, mientras que en el mundo clásico constituyó uno de los pilares de su sociedad y economía. En la documentación no se encuentran referencias de que existiera una población esclava nume-

rosa, aunque sí a personas consideradas en los textos administrativos como «dependientes», «trabajadores forzosos»...; pero en ningún momento se habla de población esclava y, mucho menos, con las características que nosotros asociamos a este término: personas sin libertad, sin garantías jurídicas, propiedades o derechos. Solamente en el Reino Nuevo, cuando Egipto creó un imperio en Siria-Palestina y Nubia, los textos y escenas nos informan sobre la existencia de esclavos, e incluso la propia documentación de Deir el-Medina menciona esclavas al servicio de las familias de trabajadores, pero la mayoría de las referencias a esclavos se ciñen al ámbito doméstico, no al trabajo de los campos o a cualquier otra actividad.

El antiguo Egipto no fue un Estado «esclavista», pero resulta innegable que un porcentaje importante de la población, en especial durante el Reino Antiguo, estaba obligada a prestar unos servicios al Estado, a una administración que mediante el sistema de corveas regulaba la participación de campesinos, artesanos y obreros en las expediciones destinadas a la obtención de metales o piedras, de los que carecía la llanura aluvial, o en la construcción de las pirámides. Unos trabajos que se realizaban durante los meses de la inundación, cuando la actividad agrícola cesaba en los campos, y en los que gran parte de la sociedad permanecía inactiva, el Estado procuraba la alimentación y útiles necesarios. Una población que colaboraba en el mantenimiento de una ideología y esperaba encontrar una recompensa por ello, circunstancia ésta que, analizada desde nuestra óptica, no deja de sorprender, extrañar y ser considerada una carencia de libertad al no poder elegir la persona si quería ir o no, razonamiento en el que, inconscientemente, estamos volcando derechos, aspiraciones y actitudes contemporáneas. Al

respecto, desde la IV dinastía encontramos los llamados «decretos de exención», que reflejan la exención de estos trabajos para la administración, lo cual no implicaba una «libertad», sino seguir trabajando para una institución, la encargada de mantener el culto funerario. Con el paso del tiempo, resulta significativo, como apunta Loprieno, que en el Reino Medio esos mismos trabajos que con anterioridad se consideraban un «servicio» ahora constituyan un «trabajo», una forma de ganarse la vida cada persona, algo íntimamente ligado al desarrollo del sentido de «comunidad» que analizamos en un capítulo anterior y, especialmente, al cambio en la concepción de la realeza que hemos esbozado anteriormente.

Por el contrario en Mesopotamia, como en Grecia o Roma, la esclavitud aparece especificada y reglada en los códigos legales, al ser sociedades que desde sus orígenes están en conflicto con otros mundos, con otras realidades, de modo que los enemigos que se capturan se convierten en esclavos, y liberan así a los ciudadanos de ciertos trabajos y obligaciones, algo que sólo sucede en Egipto durante el Reino Nuevo y en el ámbito doméstico. La interpretación esclavista de la sociedad egipcia se refleja en el sentido que se ha dado a las campañas militares de los faraones, pues se pensaba que uno de sus objetivos era la obtención de mano de obra esclava, aunque un análisis de los textos de las campañas militares en Siria-Palestina o Nubia durante el Reino Nuevo muestra que el número de prisioneros que se menciona es muy escaso y sólo se destaca la captura de algún carro de combate o, en el caso de los seguidores más fieles del rey, la obtención de uno o dos prisioneros. Es cierto que en algunas inscripciones reales, como en la de Amenofis II, se menciona la captura de miles de personas, cifras que deben

ser entendidas, como recientemente se ha demostrado, como toda la población que pasaba a estar bajo el control de Egipto.

Hasta el momento nos hemos referido a la religión y la posibilidad de que Egipto fuera una sociedad esclavista, pero ello no nos debe apartar de lo que era la principal realidad de Egipto: una sociedad básicamente agraria.

Antropológicamente, una de las finalidades de una sociedad agrícola, de las unidades familiares que trabajaban los campos, es alcanzar un autoabastecimiento, un sistema de organización que, si no llegaba a ser autárquico en su totalidad, si permitiera que los miembros de la familia dependieran lo menos posible de la obtención de recursos exteriores. En el mundo griego ésta fue la función del *oikos;* en Roma la pertenencia a una *gens* encarnaba la protección del grupo. Sin embargo, en Egipto no existió una sociedad patriarcal, la unidad familiar era nuclear y no se establecían o creaban vínculos de dependencia familiares pero, por el contrario, el conjunto de la población sí se integra en un grupo o entidad superior (templos, propiedades de nobles, talleres estatales...).

En Egipto no existió una iniciativa privada, todas las actividades eran controladas por instituciones, al tiempo que el Estado era el encargado de obtener los productos de que Egipto carecía, bien organizando expediciones comerciales, bien mediante el comercio exterior. Al igual que en Mesopotamia, la población recibía un salario en especie por sus servicios, aunque dentro de las unidades familiares algunos recursos podían obtenerse mediante el cultivo de huertos y la posesión de animales y se establecía un intercambio comunitario que suplementaba y completaba lo obtenido trabajando para las instituciones. El ejemplo que siempre se cita es el de los escribas, y

funcionarios en general, pero un porcentaje de la población, difícil de estimar, trabajaría en talleres de la administración o de los templos produciendo cerámica, ropas, útiles..., centros de producción que por lo general se localizarían fuera de los asentamientos, mientras que el resto, la mayoría, se afanaría en los campos. En muchas ocasiones nos fijamos en los grandes templos, sus almacenes y talleres, algunos de ellos representados en los relieves funerarios, pero fuera de la capital, de los centros oficiales, en los asentamientos también existirían talleres, núcleos de producción más pequeños que serían los encargados de proporcionar las necesidades que tendría una pequeña comunidad. Talleres para la producción de fayenza, vidrio, madera, para la preparación de alimentos o de papiros, planta que aun siendo común en Egipto plantea la duda de que «sin cultivar» pudiera utilizarse para la obtención de un soporte escrito, aunque sí para otros usos, como embarcaciones o cestería. Talleres que en el caso de los templos abarcarían también la producción de todos aquellos productos y objetos destinados al culto y al ajuar funerario, desde el lino de las vendas hasta los amuletos, el ropaje de los sacerdotes..., y en los que, presumiblemente, las condiciones de trabajo serían duras, lejos de la limpieza, orden y ambiente relajado que reflejan las escenas conservadas; baste pensar solamente en lo que sería la talla y pulido de todo tipo de piedras, un trabajo que desprendería un polvo que haría la atmósfera irrespirable en muchas ocasiones, por lo que posiblemente estas actividades se realizarían al aire libre, pues no serían posibles en el interior de las tumbas.

Una economía de tipo redistributivo ejemplificado en las casas de los nobles, en las que observamos que su capacidad de almacenamiento era muy superior a las

necesidades de una unidad familiar, por muy elevada que fuera su posición social, así como talleres..., de lo que cabe deducir que el noble era la persona encargada de mantener, almacenar y redistribuir a todos los miembros de las unidades familiares que trabajaran para él (fig. 16).

Es decir, instituciones que proporcionaban el trabajo y el salario al conjunto de la población, incluidos los campesinos, ya que aunque está constatada la existencia de una propiedad privada, y en ocasiones se ha defendido que el precio de la tierra era muy barato, lo lógico es que esta población estuviera integrada y protegida por una institución.

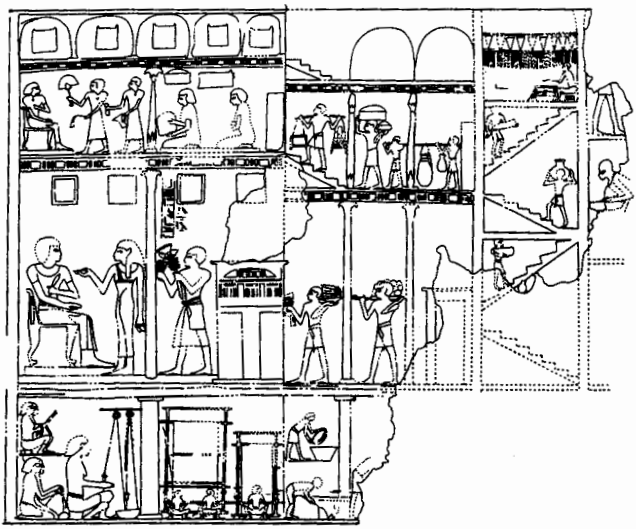

FIG. 16. Casa representada en la tumba de Djehutynefer, Tebas, XVIII dinastía.

Un esquema de funcionamiento que hacía para el campesino egipcio, y el conjunto de la sociedad, indiferentes los cambios que pudieran producirse en las relaciones de poder entre templos, reyes o grandes propietarios; su vida se vería muy poco afectada, aunque estar bajo la protección de una institución u otra pudiera beneficiarle ocasionalmente. En conclusión, mientras que en el resto de sociedades de la antigüedad las personas tienden a englobarse en unidades familiares, económicas y sociales amplias *(oikos, gens)*, en Egipto las personas trabajan dentro de una institución y, en general, la principal actividad se realizaría en los campos, aunque deberemos analizar si Egipto fue en verdad una sociedad hidráulica y el problema de la realización de obras de este tipo.

Butzer ya apuntó que la importancia de dichas obras a lo largo de la historia faraónica ha sido exagerada. Suele aducirse que la primera representación de la realización de las mismas la encontramos en la cabeza de maza Escorpión (fig. 17), pero en el Reino Antiguo no encontramos ningún título relacionado con dicha actividad, algo ilógico si en verdad era tan importante. A lo largo de toda la historia de Egipto la construcción y mantenimiento de un sistema de irrigación parece haber sido una responsabilidad más local, más comunitaria que estatal, en cuyo caso el Estado se habría limitado a establecer un sistema de impuestos y, ocasionalmente, a emprender proyectos de colonización en nuevas regiones, sin olvidar su labor de almacenamiento.

De todo ello puede deducirse que el verdadero mérito de la sociedad y administración egipcia fue su capacidad organizativa, que se refleja no sólo en los monumentos más visibles, como las pirámides, sino también en la gran

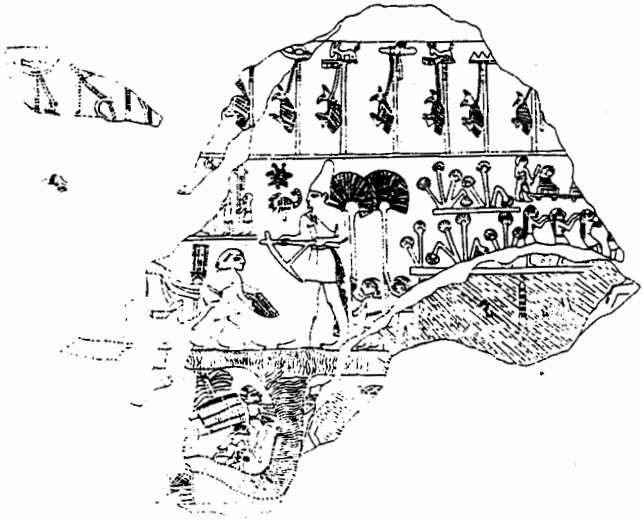

FIG. 17. Cabeza de maza de Escorpión.

necesidad de fabricar adobes que las construcciones, individuales u oficiales, requerían, desde palacios hasta almacenes, o la obtención, preparación y distribución de muchos otros productos, actividades de las que apenas tenemos registros arqueológicos. Todo ello no es visible, pero está detrás de los monumentos que se contemplan y debe valorarse en su justa medida, y tampoco debemos olvidar que la centralización del Estado egipcio fue importante al eliminar el componente tribal, algo a lo que contribuyó la homogeneidad geográfica.

Familias nucleares, instituciones, pero en toda sociedad y familia se producen situaciones de necesidad que el decoro de los textos no transmite. Frecuentemente ten-

dría lugar la muerte del esposo, mujeres quedarían solteras, niños huérfanos, hombres mutilados o que contraerían enfermedades..., situaciones ante las que el grupo sirve de protección. Nuestra información sobre lo que les sucedería a estas personas es muy escasa, pero de las autobiografías se deduce que su situación era muy delicada, aludiéndose en las mismas a la alimentación del hambriento, vestir al desnudo o a no haberse aprovechado de las viudas.

Igualmente, es normal encontrar en todas las sociedades, antiguas o no, referencias a grupos de desplazados, de personas que huyen de la devastación padecida en sus ciudades, bien por el ataque o invasión de algún enemigo, o por unas condiciones agrarias muy duras que obligan a buscar una seguridad en otras regiones, sin olvidar a los colectivos que huyen de las circunstancias que padecen en sus respectivos territorios. Sin embargo, en Egipto no encontramos referencias explícitas a la existencia de esta población marginal. En todas las sociedades antiguas la crisis del Estado, producida por cualquier motivo, afecta al conjunto de la sociedad urbana, provoca un regreso al campo, y origina movimientos migratorios y el declive de ciertas actividades. Pero en el caso de Egipto la crisis del Estado se constata en las dificultades para la obtención de ciertos productos del exterior, como la madera o piedra de gran calidad, lo que obligaba a utilizar la madera local, de peor calidad, y a recurrir a un uso limitado de piedras de calidad, pero, en el resto de actividades, en la vida del conjunto de la sociedad, no se detectan unas modificaciones tan importantes y significativas como en otras civilizaciones antiguas.

En el caso de Egipto resulta significativo que los periodos de crisis no impliquen un abandono de la vida urba-

na y un regreso a unas actividades agrícolas y ganaderas, ya que éstas siempre son dominantes. Lo único que cambia es que la vida urbana en la capital se ve mermada, pero al mismo tiempo se detecta el desarrollo de otros centros provinciales que se benefician de la descentralización. Por tanto, el conjunto de la sociedad egipcia no se ve afectada por las crisis políticas, al contrario: los gobernantes locales, como a finales del Reino Antiguo, asumen las responsabilidades del rey y su administración.

Una sociedad descrita como piramidal en la que el acceso a unos recursos, a una tumba y unas prácticas funerarias estaría reservado a unos pocos, pero, como veremos en el capítulo 7, en los textos está presente la idea de que es el hombre que ha actuado correctamente, independientemente de su posición social y económica, el que accede a la otra vida. Al frente estaría el rey, con su familia y cortesanos más próximos, a continuación los funcionarios, incluidos los escribas, y finalmente el conjunto de la sociedad, y con ellos los escasos esclavos que había. Una sociedad que se encuadra en un marco ideológico en el que el rey encarna la estabilidad por una decisión divina adoptada en la creación, mientras que la humanidad no fue creada para servir o trabajar para los dioses, como sucedió en Mesopotamia. Una sociedad jerarquizada en la que solamente unos pocos tenían acceso a una educación y eran capaces de leer o escribir, y que como reflejaban las *Instrucciones* y los textos funerarios tributaba un respeto, una sumisión hacia la autoridad; ello ha contribuido a definir como despótica a su sociedad, olvidando que vivió hace más de tres milenios o que el principio de autoridad es una idea, un concepto, que sigue estando presente en muchas manifestaciones de nuestra vida cotidiana. Al respecto, si se analizan los medios coercitivos

de que disponían los estados antiguos, comprobamos que no existe un ejército, o una policía, capaz de controlar y movilizar a toda la población, al tiempo que las comunicaciones eran lentas y difíciles, por lo que la ideología adquiere mayor importancia todavía para el mantenimiento de las reglas de una sociedad; tampoco debemos olvidar que los niveles de literalidad serían mínimos, lo que obligaría a emitir los mensajes visualmente.

Una sociedad que con el paso de los siglos es más urbana, lo que se traduce en el Reino Nuevo en unas preocupaciones, necesidades y demandas nuevas, en una religiosidad cada vez más popular, un gusto por el lujo, los banquetes o las manifestaciones públicas de poder, al tiempo que como veremos el derecho se preocupa más por la protección de las posesiones de las personas. Pero ello no debe hacernos olvidar que el conjunto de la sociedad tendría unos niveles de vida muy rudimentarios, muy lejos de lo transmitido por las fuentes, textos y monumentos.

Algo que siempre es importante conocer es qué población habría en el antiguo Egipto. Las estimaciones realizadas en los últimos años permiten deducir que en el Reino Nuevo habría unos dos millones de habitantes, una cantidad pequeña en relación con la extensión de Egipto y la gran disponibilidad de campos que cultivar, por lo que no existirían problemas de abastecimiento, cultivo de tierras o disponibilidad de recursos.

Un último aspecto a analizar es la relación del conjunto de la población, en especial en el delta, con las poblaciones que acudirían a Egipto en busca de pasto para sus ganados o para asentarse. Ya hemos mencionado que dichas relaciones se han interpretado desde la óptica del enfrentamiento, en gran medida debido a la influencia de

los planteamientos evolucionistas del siglo XIX, que veían en el nomadismo una organización anterior al sedentarismo, y que consideraban que las aspiraciones de los nómadas serían las de convertirse en sedentarios. Sin embargo, el «dimorfismo social» ha demostrado que ambas formas de vida pueden convivir pacíficamente y ser complementarias, de modo que los nómadas proporcionaban unos productos de los que carecían las sociedades urbanas, al tiempo que durante los meses en que estuvieran en contacto con la ciudad podrían prestar sus servicios para la realización de diferentes trabajos e, incluso, participar en campañas militares locales; al menos se deduce este ambiente de colaboración de los relatos patriarcales.

4. Nacimiento y primeros años

Tener una descendencia es algo que en toda familia constituye un motivo de alegría, pero también una fuente de preocupaciones, en especial en las sociedades antiguas, en las que el índice de mortalidad infantil era muy elevado, al igual que el número de mujeres que morían en el transcurso del parto. Una descendencia que, transcurridos los primeros años, proporcionaba al grupo familiar una ayuda y seguridad al poder colaborar desde muy temprano en las actividades domésticas, en el campo o en el trabajo del padre, lo que garantizaba la continuidad familiar. Unos hijos que aportaban también seguridad y protección a sus padres cuando éstos alcanzaban una edad que les impedía trabajar, o incluso antes, cuando a causa de una enfermedad, mutilación o muerte prematura del padre o la madre algún miembro de la unidad familiar quedaba a expensas del cuidado que pudieran prestarle sus descendientes, pues no hay que olvidar que Egipto fue una sociedad preindustrial, agraria, en la que el Estado no proporcionaba ningún mecanismo de protección ante determinadas circunstancias. Por todo ello el

nacimiento de un hijo era un acontecimiento trascendental y, lógicamente, una de las prioridades del matrimonio, como se refleja en las *Instrucciones* de Ani: «Toma esposa mientras eres joven, que pueda parir para ti cuando aún eres vigoroso». Por otra parte, el mantenimiento del culto funerario era responsabilidad del hijo mayor, razones todas ellas que explican que una de las causas de divorcio más frecuentes fuera que la mujer no pudiera proporcionar una descendencia, en cuyo caso el marido podía tener una esposa secundaria. Por todo ello en las enseñanzas de Ptahhotep encontramos: «No te vanaglories con quien no tiene hijos; no seas mezquino jactándote de tus hijos. Hay muchos padres afligidos».

En relación con el deseo de tener una descendencia están las llamadas figurillas de concubinas, descubiertas en tumbas, tanto de hombres como de mujeres, pero también en templos y casas, vinculados al culto a la diosa Hathor y que manifiestan unas peticiones de fertilidad, al igual que los numerosos exvotos fálicos depositados en la capilla dedicada a Hathor en el templo de Deir el-Bahari, que simbolizaban el deseo de una potencia sexual que proporcionara descendencia.

Lograda la concepción, las preocupaciones no habían hecho más que comenzar, pues siempre existía el temor ante los abortos o hemorragias que pudiera sufrir la futura madre. La duración del embarazo era conocida, aunque en ningún momento se menciona la cifra de nueve meses, y sí la expresión «cuando naciste después de tus meses» (fig. 18). Un periodo de tiempo en el que los peligros eran numerosos, y por eso las mujeres portaban amuletos para proteger la vida que llevaban en su interior. En el mundo mesopotámico la mujer embarazada llevaba amuletos colgados al cuello para proteger al hijo

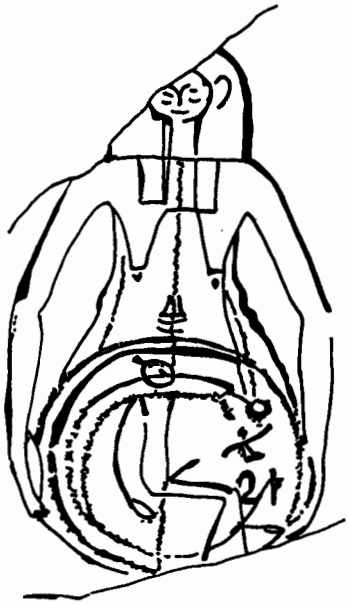

FIG. 18. Ostraca que representa a una mujer embarazada.

que todavía no había nacido, así como al recién nacido, de la maligna Lamashtu, representada con cabeza de león, talones de pájaro, dientes de asno y unos largos dedos. Ese amuleto era Pazuzu, cuyo aspecto era muy similar al de Bes, la divinidad egipcia que tenía las mismas funciones, divinidades que con su apariencia externa asustaban a las manifestaciones malignas que pudieran causar algún daño; en ocasiones Bes aparecía con dos serpientes en las manos, simbolizando el dominio sobre ellas y la protección que ejercía. Otra divinidad relacionada con la gestación y protección era Tueris, una diosa

hipopótamo que podía ser representada con brazos y piernas de león para realzar su protección ante cualquier demonio o peligro; en sus manos portaba el amuleto *Sa* y el símbolo de la vida, el *ankh;* esta divinidad, a pesar de su importancia y popularidad, no llegó a disponer de templos propios, una prueba más de lo alejada que estaba la religión oficial y la popular.

A pesar de la importancia que se concedía a la descendencia, sorprende la ausencia de escenas en las que se represente el embarazo, lo que quizá se explica por razones estéticas, ya que en ninguna cultura este tipo de imágenes son frecuentes, así como tampoco el momento del parto.

La excepción que confirma la regla, como en tantos otros aspectos, lo constituyen la reina Hatshepsut y la reina Ahmosis, aunque su embarazo es representado de una forma muy discreta (fig. 19). Unos meses los del embarazo en los que se producen cambios físicos en el cuerpo de la mujer, como lo atestiguan los contenedores de aceite, frecuentes a partir de la XVIII dinastía, que se utilizaban para conseguir mitigar el efecto de las estrías en las embarazadas, un recurso que sólo estaría al alcance de las mujeres pertenecientes a la élite social.

El nacimiento constituía uno de los momentos más peligrosos, y por ello se recurría a la magia para alejar a todos los espíritus que pudieran perturbarlo, y se recitaban frases que pretendían infundir una defensa y seguridad a la mujer. A pesar de ello los índices de mortalidad de mujeres durante el parto serían muy elevados, y a este respecto es significativo que en los calendarios en que se recogen los días considerados de buena o mala suerte predominen estos últimos en el momento de dar a luz, algo que no podría evitarse pero que, cuando menos, nos hace preguntarnos si en determinadas ocasiones no pudo

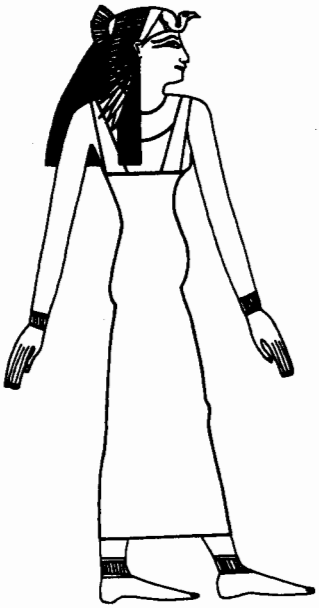

FIG. 19. Ahmosis embarazada.

provocarse el alumbramiento. Una magia y protección que también está presente en el instrumental utilizado durante el parto, como los llamados cuchillos apotropaicos, que están decorados con distintos monstruos o demonios y que se pasaban por el estómago de la mujer cuando iba a dar a luz para impedir cualquier infortunio, y que servían también para cortar el cordón umbilical (fig. 20). El nacimiento estaba bajo la protección de diferentes divinidades, como Heqet, una diosa representada como una rana, un animal con una gran capacidad reproductora y por ello vinculada con el alumbramiento;

FIG. 20. Cuchillo apotropaico utilizado para cortar el cordón umbilical.

baste recordar que en la cosmogonía de Hermópolis cuatro de los animales creadores eran ranas. Heqet era el complemento femenino de Khnum, que procedía a moldear al hombre y su Ka en su torno de alfarero y que tenía su centro de culto en Elefantina, una isla en las proximidades de la primera catarata donde los egipcios pensaban que se originaba la crecida anual del Nilo, lo que pone de manifiesto la relación que los egipcios establecían entre el nacimiento anual de unas aguas que propiciaban la vida y los hombres. Otras divinidades que estaban vinculadas con el nacimiento eran Isis, Neftis y Mesjenet, que, junto a Heqet, prestaban su protección, aunque no lograban evitar los dolores del parto, como cuando Isis dio a luz a Horus.

La posición usual en que las mujeres parían era de cuclillas y sobre dos ladrillos, y era ayudada por otras mujeres, un trabajo el de comadronas que pudo ser considerado impuro debido al contacto directo que se tenía con la sangre. Al igual que sucedía con el simbolismo de la crecida anual, el adobe de los ladrillos simbolizaba la tierra fertilizada sobre la que se construye la vida. En relación al

lugar en que se producirían los nacimientos, existen diferentes hipótesis. En Época Baja encontramos en los templos tolemaicos y romanos una dependencia, los *mammissi,* donde tendrían lugar los «nacimientos divinos» de los reyes, y en tiempos faraónicos se constata que la reina, como en el caso de Hatshepsut, era conducida a una sala concreta. En el caso de comunidades como Deir el-Medina o el-Amarna, se ha comprobado la existencia de una habitación, la primera de la casa, que estaba decorada con una serie de imágenes que protegerían esos difíciles momentos. Sin embargo, en la mayoría de las casas no existirían posibilidades de dedicar una habitación a esta función, y se ha apuntado la hipótesis de que las mujeres días antes se trasladaban a unas construcciones especiales, unas cabañas decoradas con motivos naturales, en las que permanecerían unos días junto a sus hijos, tanto recuperándose como cuidando del recién nacido y, posiblemente, «purificándose» (fig. 21), aunque también se ha sugerido la posibilidad de que en ocasiones el parto tuviera lugar en los tejados de las casas.

Momentos que estarían llenos de angustias y esperanzas en los que poder proporcionar una protección especial era fundamental; de hecho se conocen numerosos conjuros «para dar protección al niño el día de su nacimiento», un hijo al que se le entregaban colgantes y amuletos destinados a su amparo, con el fin de evitar tanto las picaduras de escorpiones como la ceguera, pasando por todo tipo de enfermedades. Uno de los más frecuentes era el ojo de Horus, o Udja, que buscaba para el recién nacido la misma protección que tuvo Horus en sus primeros años de existencia, cuando vivió escondido en el delta y estaba al cuidado de su madre Isis, que debió recurrir a toda su magia para salva-

FIG. 21. Ostraca que representa la «cabaña de nacimientos».

guardar a su hijo; en Época Baja se generalizó la utilización de *cippus,* estelas o amuletos protectores que representaban al niño Horus venciendo a serpientes y cocodrilos.

Lo normal era que se diera a luz a un único hijo, era lo «lógico», de modo que los nacimientos múltiples eran considerados algo excepcional. La información de que disponemos sobre gemelos es muy escasa; con exactitud se conocen dos casos, Niankhkhnum y Khnumhotep, enterrados en Saqqara en la V dinastía, y sobre todo Suti y Hor, que llegaron a ser arquitectos en tiempos de Amenofis III (XVIII dinastía). En general se sospecha que estaban mal considerados y que uno de ellos, o ambos, podían llegar a ser sacrificados al nacer, al pensarse que un nacimiento múltiple iba contra la «lógica». Sin embargo, si aceptamos que los mitos reflejan unas realidades y son concebidos para explicar aquello con lo que se va a vivir, lo que puede suceder en cualquier momento, es significativo que en el relato de la creación heliopolitana del dios creador Atum emanen los gemelos, nombrados así en los textos, Shu y Tefnut, como los primeros dioses (Pyr. 1248a.-d), por lo que ese ejemplo divino podría servir como reflejo de que los nacimientos múltiples no constituían algo ilógico.

Sobre el papel del padre durante el parto, además de los nervios y ansiedad lógicos, no participaba y permanecía alejado, pero es significativo que en la documentación de Deir el-Medina encontremos referencias a las ausencias de trabajadores motivadas por el nacimiento de un hijo, e incluso consta que se le concedieron tres días libres a uno de ellos: «Segundo mes de la inundación, día 23. Aquellos que estaban con el jefe de trabajadores Paneb: Ka-sa, su esposa ha dado a luz y él tiene tres días libres...». Por el contrario, no tenemos noticias sobre posibles celebraciones ni sobre la realización de ritos o ceremonias específicas, pues no en vano estas situaciones no estaban «sacralizadas», permanecían en el ámbito doméstico y privado.

Al contrario que en otras culturas, en el antiguo Egipto no conocemos ejemplos de que existiera una discriminación hacia un niño/a, ni tampoco la costumbre de exponer a los niños, tuvieran malformaciones o no, costumbres que eran comunes en Grecia o Roma, sociedades en las que si el padre no «levantaba» al hijo, éste era expuesto en la puerta de la casa, donde podía ser recogido por cualquier persona. Sin embargo, por todo aquello que podía aportar al grupo familiar, se prefería un hijo, ha comprobado G. Robins, y de hecho las menciones a la leche que debe ser proporcionada a los niños, o los pasajes mágicos destinados a la protección del recién nacido, hacen referencia mayoritariamente al hijo, no a la hija.

Como hemos mencionado, las expectativas ante el feliz acontecimiento eran muchas, y por ello era lógico desear conocer qué le iba a deparar la vida al recién nacido. En el caso de los príncipes, conocemos textos que describen cómo las divinidades, por lo general las Siete Hathor, acudían para bendecirles y augurarles una larga y próspera vida, además de anticipar algunas de las acciones que emprenderían, práctica que pudo estar extendida en el conjunto de la sociedad a tenor de algunas escenas del Reino Nuevo que representan a una divinidad masculina, Shay, cuya función es precisamente la de enmarcar el destino del recién nacido. El relato más ilustrativo al respecto es el del príncipe predestinado, al que se le augura una muerte violenta causada por un perro, un cocodrilo o una serpiente, o el de la reina Hatshepsut, cuyo destino será un gobierno largo y próspero. Como señala J. Baines (1994), en la sociedad egipcia eran muchos los factores que podían incidir en la vida de una persona, todos ellos encarnados por fuerzas divinas o dioses.

La alimentación de los hijos se consideraba muy importante. Existen numerosas representaciones de la madre amamantando a su hijo que, en el caso de los reyes, pretendían reflejar la relación entre Isis y Horus, el futuro rey, una actitud que posteriormente será también utilizada, a través de la iglesia copta, por el mundo cristiano para representar a la Virgen María con el Niño Jesús en brazos. Un problema que se plantearía frecuentemente sería el de alimentar a unos hijos cuya madre había muerto en el alumbramiento o había quedado muy debilitada, en cuyo caso se recurría a nodrizas. En el caso de los reyes, este cargo expresaba una cercanía al rey, una posición social importante, pues de hecho en tumbas femeninas encontramos menciones a que la fallecida fue nodriza real; es difícil saber cómo se las apañaba el resto de la población, aunque posiblemente alguna mujer de la misma familia se encargaría de la alimentación. A juzgar por los textos, se prefería la alimentación materna siempre que fuera posible, y la lactancia se prolongaba hasta los tres años, lo que por otra parte contribuía a evitar un nuevo embarazo; se han conservado numerosos contenedores de leche, de entre 11 y 13 cm, que sería la medida de una toma por pecho, aunque lo normal en el conjunto de la sociedad sería alimentar a los niños con leche de vaca (fig. 22).

Teniendo en consideración que existiría una alta mortalidad infantil, resulta sorprendente que no conozcamos estelas o menciones en los textos referidas a la muerte de niños, lo que se ha intentado explicar por el dolor y temor a que lo que se representa o menciona se convierta en algo «normal». Tampoco conocemos muchos enterramientos infantiles o necrópolis específicas para ellos, aunque una vez más la excepción la encontramos en Deir el-Medina.

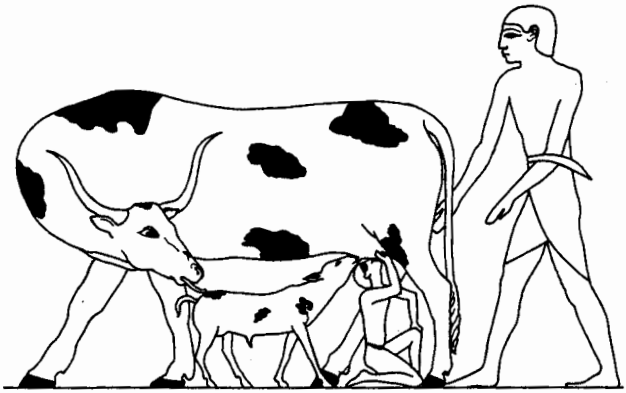

FIG. 22. Niño y ternero alimentados por una vaca. Tumba de Baqt, Beni Hasan, XII dinastía.

Tampoco se constata la costumbre próximo-oriental de enterrar a los niños en el interior de las casas, de lo que se deduce que, al igual que en otras civilizaciones, los niños no llegaban a ser considerados miembros plenos de la sociedad hasta que alcanzaban cierta edad, por lo que no recibían un trato especial. Es en un periodo atípico de la historia de Egipto cuando encontramos la excepción que confirma la regla, en la tumba real de el-Amarna, concebida como un enterramiento familiar y donde se representa una escena de luto por la muerte de uno de los hijos de Ajenatón (fig. 23), o en la tumba de Tutanjamón, donde se encontraron dos fetos humanos, posiblemente de hijos suyos que murieron prematuramente. En cualquier caso, la ausencia de evidencias arqueológicas o iconográficas, al igual que con el embarazo y otras situaciones que serían «cotidianas», no hace más que confirmarnos el decoro dominante en el arte egipcio.

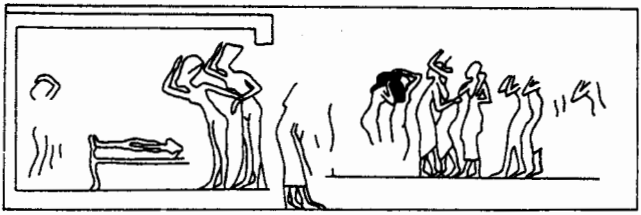

FIG. 23. Escena de luto por la muerte de un hijo. Tumba real de el-Amarna.

La identidad del niño se confirmaba imponiéndole el nombre, lo que tenía lugar unos días después del nacimiento, considerados éstos los más peligrosos para el recién nacido, una costumbre que sigue existiendo en el mundo islámico. Los nombres se elegían de acuerdo con la protección que se esperaba de alguna divinidad, las ocupaciones de sus padres o con alguna cualidad física, en especial entre los hijos de los reyes. Debemos recordar que el nombre se consideraba una parte esencial de la persona, que vivía con la misma, provocando su desaparición la del individuo y el olvido de su memoria.

Hasta su integración en la sociedad los niños eran representados en actitudes que se consideraban propias de su edad, por lo general desnudos, con el dedo en la boca y una trenza de pelo lateral, habitualmente en el lado derecho y con el resto de la cabeza rapada. Respecto a la desnudez, podía responder a una convención artística, ya que en muchas ocasiones las condiciones climáticas harían necesario que fuesen vestidos, de esta forma, la desnudez nos permite diferenciar la edad en las representaciones.

Años de infancia en los que junto a su progresiva integración en la unidad familiar y su colaboración en las actividades laborales y domésticas, también se dedicarían a jugar. En un medio agrícola como el egipcio una de las diversiones más comunes serían los animales domésticos, pero también disponían de juguetes, desde pelotas hasta pequeñas figuras realizadas en arcilla que representaban animales. En algunas tumbas, especialmente del Reino Antiguo, pueden contemplarse escenas en las que un grupo de niños están realizando diferentes actividades que se han interpretado como «juegos» pero que probablemente representan una formación física de los jóvenes para su posterior desempeño de actividades en beneficio de la comunidad; la mayoría de ellas están vinculadas con el combate y la lucha, tanto con palos como cuerpo a cuerpo, y también quedan plasmados saltos acrobáticos; es significativo que en estas escenas no aparezcan conjuntamente niños y niñas (fig. 24). Unos juegos y actividades que estaban por tanto en íntima relación con la futura integración de los jóvenes en la sociedad, un tránsito de la infancia a la vida adulta, un «rito de paso», que en el antiguo Egipto se ha vinculado, en algunas ocasiones, con la circuncisión, cuya práctica no es por todos acepta-

FIG. 24. Escenas de lucha. Templo de Medinet Habu, XX dinastía.

da. Si acudimos a la información que nos proporcionan los signos jeroglíficos, observamos que el jeroglífico para falo es representado como si en verdad la circuncisión se realizara, sin olvidar las referencias que a su práctica hicieron Heródoto y Estrabón. Por cierto que tanto Estrabón como san Ambrosio en el siglo V *(Sobre el Patriarca Abraham* II 11.78) afirman que también se practicaba la mutilación genital femenina. Sin embargo, en los numerosos textos médicos y ginecológicos conservados no se hace referencia a ella, lo cual ha sido interpretado por los defensores de su práctica alegando que no se consideraba un acto médico. Algunas escenas del Reino Antiguo se han interpretado como una prueba de su existencia (fig. 25), aunque, en opinión de Roth, lo que se utiliza son cuchillas de afeitar y no cuchillos, por lo que la escena podría representar una purificación de sacerdotes, ya que el rasurado del cuerpo era obligatorio en ellos y considerado un acto de pureza. Lo cierto es que las menciones a su realización en los textos son escasas, al tiempo que en las esculturas no encontramos pruebas definitivas para deducir que era practicada de forma general, lo que sí consta es que en Época Baja, los sacerdotes debían ser circuncidados, lo que explicaría las menciones de los clásicos que, no hemos de olvidarlo, consiguen su información principalmente de este grupo social.

Sin embargo, la formación e integración de los niños en futuras responsabilidades y la realización de unos ritos de paso que simbolizaban la capacidad de la persona para asumir la defensa de la comunidad estarían al alcance de unos pocos. Lo normal sería que los niños, tanto varones como hembras, comenzaran pronto a ayudar en los trabajos del campo o en las labores domésticas, una mano de obra muy útil en periodos concretos en los que

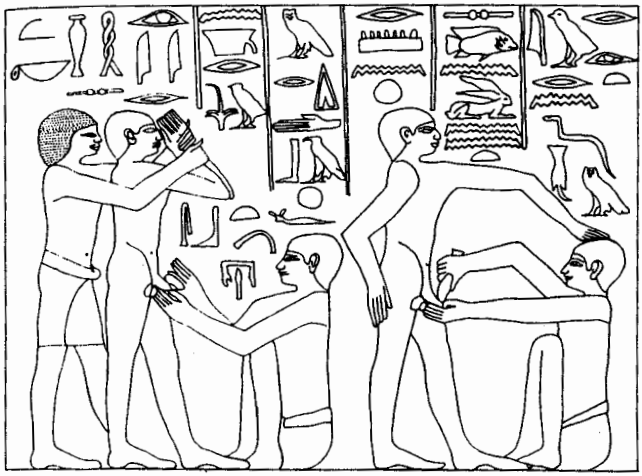

FIG. 25. Posible escena de circuncisión, mastaba de Ankhmahor, Saqqara, VI dinastía.

el trabajo se acumula, como en el caso de la cosecha, al tiempo que son frecuentes las escenas en las que el ganado es cuidado por un niño.

La educación estaba reservada a unos pocos; conservamos numerosos textos que hacen referencia a la formación del escriba, de los que se desprende que el conocimiento era un signo de prestigio vinculado al poder, y que el control de éste era algo inherente a las clases dirigentes. Lo que conocemos de la educación se reduce prácticamente a la formación de los escribas y la de los príncipes, que tenía lugar en las llamadas Casas de la Vida, una institución y dependencias vinculadas al templo donde los futuros administradores del país aprendían sobre la base de unos textos concretos que transmi-

tían unos valores, unos ideales que eran los que iban a tener que defender y proteger durante su vida. Sobre la formación de las mujeres apenas tenemos información, pero seguramente eran instruidas en lo que iban a ser sus principales ocupaciones: el cuidado del hogar y la actividad textil.

Los príncipes eran educados para gobernar, y por ello recibían una formación tanto intelectual como atlética. No olvidemos que el origen de la realeza egipcia se remonta a los líderes carismáticos que pusieron las bases del Estado faraónico en tiempos predinásticos y que encarnaban la protección contra todos los peligros que rodeaban al valle del Nilo. Es en el Reino Nuevo cuando disponemos de más escenas relativas a la formación del príncipe, siempre bajo la tutela de una divinidad que le instruye en aquello que nadie más va a ser capaz de realizar, y por eso entonces se comienza a hablar de un ideal heroico muy similar al que desarrolló el mundo griego. Al igual que sucedía con las nodrizas, el instructor del futuro rey disfrutaba de una posición social importante al gozar de la confianza del rey, recibía el título de «Padre del Dios», que en un primer momento se explicó en términos de paternidad y causó por ello cierta confusión.

5. Los años de madurez. Matrimonio y familia

Ya hemos comprobado la importancia que se concedía a tener una descendencia y constituir una familia, pero ello implicaba uno de los «ritos de paso» más importantes en cualquier sociedad, el matrimonio, fundar un hogar y procurar que el ciclo de la vida se perpetuara, para contribuir de esa manera al mantenimiento del orden.

En muchas sociedades, antiguas y modernas, el matrimonio puede ser concertado entre los padres y responder a motivaciones básicamente económicas, para intentar no minar, disminuir, las propiedades y recursos de que disponía cada familia, sin olvidar los aspectos sociales. Por desgracia, nuestra información sobre cómo llegaba a conocerse una pareja y cuáles eran los pasos a seguir hasta llegar a casarse es muy limitada, razón por la que se utilizan los llamados «poemas de amor», en su mayoría del Reino Nuevo, como referencia documental. En ellos podemos encontrar las esperadas manifestaciones de sexualidad, fogosidad y ansiedad propias de unos jóvenes enamorados, con referencias al dolor y sufrimiento que causa la separa-

ción respecto al amado o amada, al que se espera volver a ver lo antes posible, junto a las propias menciones a que el amor, el estar en compañía del amado, es lo más bello, una recompensa a cualquier sufrimiento que haya podido sentirse. El estudio realizado por B. Mathieu sobre estos poemas ha puesto de manifiesto que alrededor del 70 por 100 de los encuentros amorosos –la mayoría de los cuales se realizaban por la noche– tenía lugar en las cercanías de la casa de la mujer, un motivo presente en la literatura amorosa universal, así como que el acto de entrar en la casa suele llevar implícita la posesión de la persona.

He aquí que hace siete días que no veo a la bienamada. La languidez se abate sobre mí. Mi corazón se vuelve pesado. Hasta mi vida he olvidado. Si los médicos se me acercan, sus remedios no me satisfacen. Los magos no encuentran recursos. Mi enfermedad no puede ser descubierta. Pero si se me dice: «Hela aquí», eso me devolverá la vida. Es su nombre lo que me reconforta.

Los términos para referirse a los amantes eran hermana/hermano, lo que, desde el siglo XIX, llevó a pensar que el matrimonio entre hermanos era algo normal en Egipto y confirmaba lo que Diodoro transmitió. Sin embargo, tanto el estudio de las representaciones y textos funerarios como de los propios poemas de amor ha desmontado esta idea, ya que esta forma de referirse debe ser entendida como una manifestación de amor y de cariño, no como una realidad. Lógicamente, ello no implica que los matrimonios entre familiares no fueran frecuentes, aunque deben entenderse según los esquemas mentales y económicos de las sociedades preindustriales y agrícolas en las que se intentaba mantener las propiedades o rentas en el mismo ámbito familiar.

Un matrimonio que no requería de ninguna ceremonia religiosa o acto civil, y que se consideraba efectivo cuando la pareja se iba a vivir junta y establecía su hogar. Su interpretación se ha visto condicionada por los llamados «contratos matrimoniales», que nos ofrecen una rica y variada información sobre todos aquellos aspectos que se tenían en consideración cuando una pareja se casaba, desde la dote que se entregaba hasta cómo sería la separación de bienes en caso de divorcio. Pero estos contratos son característicos de Época Baja y tolemaica, su información no debe extrapolarse a periodos anteriores, aunque es posible que existiera la costumbre de contraer un acuerdo prematrimonial, posiblemente oral. El pago de una dote, por muy baja que fuera, y que el hombre tuviera un trabajo parecen ser las condiciones mínimas para casarse, y en cuanto a la edad, las mujeres lo hacían con trece o catorce años y los hombres rondaban los veinte, como se recoge en el consejo que Onkhsheshonqy da a su hijo: «Cásate con una mujer cuando hayas cumplido los veinte años para que tengas un hijo mientras eres joven»; según los textos, era el padre quien entregaba a la hija.

Cuando una pareja se casaba se utilizaban expresiones como «fundar una casa», «establecer una casa» o «vivir juntos», frases que se han interpretado como una confirmación de que la familia egipcia era nuclear y no extensa, y de que la joven pareja se establecía en su propia casa, no en la de los padres. Sin embargo, como en tantos otros aspectos, no debemos fiarnos de la literalidad de los textos, ya que en circunstancias normales sería difícil poder disponer de una casa propia, al tiempo que en modo alguno se romperían o limitarían los lazos familiares, ya que uno de los objetivos de tener una descendencia era asegurarse un sustento en la vejez y, como veremos en el próximo ca-

pítulo, las casas se ampliaban, reducían y tapiaban en función de los cambios que iban aconteciendo en una unidad familiar, desde la muerte de uno de sus componentes hasta la llegada de otros nuevos.

El término para esposa era *hemet*, y para marido, *hi*, aunque desde la XVIII dinastía también aparece en relación con la mujer el término *senet*, que suele ser traducido como «hermana», lo que ha alimentado aún más la confusión sobre el matrimonio entre hermanos, mientras que para concubina el término utilizado era *hebsut*. Las concubinas podían tener los mismos derechos que la esposa principal, ya que el hombre podía tomar una concubina o segunda esposa si la primera no podía tener descendencia, una costumbre que estaba extendida por todo el Próximo Oriente, como queda reflejado en el propio relato bíblico de Abraham, su esposa Sara y el papel de Agar. Pero a pesar de ello un hombre podía no llegar a tener hijos, lo que llevó al escriba Nejemmut en la XX dinastía a decir: «No eres un hombre, pues no eres capaz de que tus mujeres queden embarazadas como las de tus camaradas». En estos casos la adopción podía ser una solución además de representar una esperanza para los huérfanos.

Como es normal teniendo en cuenta el «decoro» que domina los textos y representaciones, no encontramos ninguna referencia a la existencia de hijos ilegítimos, máxime cuando, como veremos, el adulterio era una de las acciones más perseguidas. En muchos monumentos la filiación que se menciona es la de la madre y no la del padre, posiblemente para evitar problemas con las herencias y los derechos de primogenitura, tan importantes en las sociedades agrícolas.

El matrimonio y la vida familiar acarrean la aparición de roces, y prueba de ello es que en las *Instruccio-*

nes de Ani encontramos el siguiente consejo a un marido: «No controles a tu esposa en su casa cuando sabes que es eficiente, no le digas ¿dónde está esto?», parecido a otro conservado en las *Máximas de Ptahotep:* «Si eres sabio, guarda tu casa, ama a tu mujer sin restricción. Llena su estómago, viste su espalda, éstos son los cuidados que hay que proporcionar a su cuerpo, acaríciala, satisface sus deseos durante todo el tiempo de su existencia, se trata de un bien que honra al señor de su casa».

El matrimonio conllevaba la asunción de unas responsabilidades, tanto hacia la esposa como hacia los hijos, pero también llevaba implícitas unas consecuencias legales y económicas, tanto dentro de la comunidad como en caso de que tuviera lugar una separación, un divorcio. ¿Qué sucedía con los bienes aportados por cada uno, así como con aquellos que hubieran podido obtenerse en el transcurso del matrimonio? La documentación conservada parece indicar que dos tercios de los bienes eran para el hombre y el tercio restante para la mujer, a no ser que la causa del divorcio hubiera estado motivada por el adulterio de la esposa, lo que explicaría por qué en muchos textos la mujer declara ante un tribunal que no conoció o estuvo con otro hombre, al ser ésta la principal acusación formulada por los maridos cuando querían conseguir el divorcio. Sin embargo, y al igual que sucedía con el matrimonio, el divorcio no requería de ceremonia o acto sancionador alguno, y se consideraba efectivo cuando el matrimonio ya no vivía junto, por lo que estas declaraciones tendrían lugar para determinar la separación de bienes.

Desde el Reino Antiguo encontramos numerosos consejos que advertían al matrimonio sobre los peligros que

desembocaban en un divorcio, de los cuales el más frecuente era el adulterio, que, junto a la esterilidad de las mujeres, constituían las principales alegaciones para obtenerlo. A los hombres se les advertía de los peligros de estar con otra mujer casada, y así en la confesión negativa del *Libro de los Muertos* encontramos (capítulo 125) la frase «no he copulado con una mujer casada» o «no he copulado con la esposa de otro», mientras que en las *Instrucciones* de Ani se aconseja:

Sé precavido con una mujer forastera. Uno desconoce su ciudad, no te pares cuando ella pasa. No la conozcas carnalmente. Un agua profunda cuyo curso se desconoce. Tal es una mujer lejos de su marido.

En las *Enseñanzas de Ptahotep* encontramos el siguiente consejo:

Si quieres que la amistad perviva en una casa en la que entres, sea como señor, o hermano o amigo, en cualquier lugar que entres, cuida de acercarte a las mujeres. El lugar en donde se hace esto no puede ser bueno. Mil hombres se han desviado de su bien un pequeño momento y se alcanza la muerte. Es una mala cosa pensada por un enemigo.

Entre la documentación conservada en Deir el-Medina encontramos el caso del capataz Paneb, acusado de aprovecharse de su cargo y de mantener relaciones con mujeres casadas, pero más interesante es lo expresado en lo que posiblemente constituyó un relato de ficción, un pequeño cuento de carácter moral en el que un pobre trabajador se lamenta de la actitud del hijo de un poderoso artesano de la comunidad ante su amada, que incluso llega a quedarse embarazada y no disponía de los medios para solucionar la situación.

Algo que siempre ha llamado la atención es que las mujeres también podían divorciarse, aunque la documentación al respecto es mucho menor, y como causa principal alegaban el adulterio del marido. Pero en Deir el-Medina también encontramos el caso de un marido que es acusado de golpear repetidamente a su esposa, lo que supuso declarar ante el tribunal. Pero lo cierto es que las mujeres que se divorciaban, independientemente de quién tomara la decisión y fuera la causa, serían las que mayores penalidades sufrirían; en este caso podían ser acogidas en casa de sus padres, como refleja la carta de Hor-em-wia a su hija Tenet-djeseret en la que le ofrece su casa ante cualquier circunstancia adversa a la que tenga que hacer frente:

Tú eres mi hija. Si el trabajador Baki te expulsa de la casa, yo actuaré... tú vivirás en el pórtico de mi casa porque yo soy el que lo ha construido y nadie en la tierra te expulsará de él.

Una de las ideas más extendidas sobre el antiguo Egipto es la de que un hombre podía tener varias esposas, pero ésta era una prerrogativa del rey y de las clases más acomodadas, al tiempo que sólo encontramos abundante información al respecto en el Reino Nuevo, en gran medida debido a que, como consecuencia de las relaciones internacionales, los reyes egipcios celebraron diferentes matrimonios diplomáticos. Es cierto que en algunas tumbas encontramos referencias a la existencia de dos esposas, aunque sólo se representa a una de ellas, posiblemente porque la primera murió prematuramente antes de terminar la tumba, y sólo se recuerda su memoria.

Es en las tumbas donde encontramos la mayoría de escenas y textos que nos informan sobre cómo sería la vida

en el matrimonio, que siempre es representado en armonía, junto a los hijos, y en actitudes que transmiten avenencia y cariño, como el hecho de que generalmente la mujer pase el brazo por el hombro del esposo, imágenes que se enmarcan en el «decoro», en lo que se esperaba que fuera una relación de amor y respeto (fig. 26), aunque algunas escenas, como aquellas en las que la mujer participa en las cacerías de su esposo, deben interpretarse de acuerdo con la ya mencionada actitud de mantenimiento del orden. Sin embargo, otras escenas dan fe de la «libertad» de que gozaba la esposa, que podía participar en los banquetes y disfrutar junto a su esposo de los placeres de la vida, como veremos en el siguiente capítulo.

Esposa llamada en los textos *nebet per,* «señora de la casa», lo que revela que sería la encargada de administrar la casa y planificar los trabajos inherentes a ésta, desde la limpieza hasta la fabricación, elaboración y conservación de los alimentos, ya que en caso de que el marido trabajase para el Estado, o alguna de las instituciones existentes (templos, propiedades de nobles), los salarios que obtenía una familia eran en especie. Otro de los trabajos que una esposa realizaba era el hilado de telas y tejidos, que le permitía obtener unos ingresos añadidos y que en el caso de las mujeres de la nobleza o esposas del rey constituiría una de sus principales actividades. Igualmente, como veremos más adelante, las mujeres también estaban encargadas de ir al mercado de la comunidad, no sólo para obtener ciertos productos, sino también para intercambiar, algo normal en las sociedades agrícolas.

Respecto a la consideración de la mujer en el antiguo Egipto, la imagen que se ha extendido es la de que gozaba de mayores libertades y posibilidades que en el resto de culturas de la antigüedad, hasta el punto de afirmarse que

FIG. 26. Kenamón junto a su mujer, tumba de Kenamón, Tebas, XVIII dinastía.

existía una equiparación con el hombre. Es cierto que la mujer egipcia disfrutaba de sus propias reglas y derechos, y poseía capacidad jurídica y económica, pero, como en tantas otras manifestaciones, ésta es una generalización que contribuye a crear una visión diferente de lo egipcio, como hizo el propio Heródoto, ya que en modo alguno puede hablarse de «una igualdad entre géneros», como ha señalado G. Robins. En primer lugar debemos volver a recordar que la información disponible sobre la situación y consideración de la mujer se adscribe a un grupo social concreto, la élite social y política, que nos han dejado es-

telas, tumbas o estatuas, en las que se las representa disfrutando de diversas actividades lúdicas con sus maridos, lo que puede dar pie a pensar en su equiparación con el hombre. Sin embargo, incluso en este ámbito la mujer dependía del hombre para poder obtener todo aquello de lo que disponía, y, como veremos al analizar las costumbres funerarias, se la representaba en situaciones y actitudes que lo ponen claramente de manifiesto mientras que fuera del círculo real o de la nobleza las mujeres no podían acceder a nada de ello. En segundo lugar, la comparación con otras sociedades, contemporáneas a la egipcia y posteriores, también ha contribuido a crear la imagen de que la mujer egipcia gozaba de una situación privilegiada al poder divorciarse, tener capacidad legal o, simplemente, llegar a ser reina.

Sin embargo, aunque la situación y consideración de la mujer en la civilización egipcia sí era mejor que en otras sociedades, en ningún momento debe hablarse de que existiera una equiparación de derechos. Ya hemos mencionado que los casos de divorcio que se conocen son mayoritariamente masculinos; es cierto que las mujeres podían heredar, acudir a un tribunal y adquirir propiedades, pero, como señala L. Meskell, las fuentes disponibles hacen referencia a que ellas eran mayoritariamente las que tenían que defenderse, lo que induce a pensar que, aun teniendo en consideración sus derechos, la realidad cotidiana estaba muy lejos de ser privilegiada para ellas. Un estudio de las escenas matrimoniales en las tumbas privadas de la XVIII dinastía demuestra que entre las casi cincuenta actitudes documentadas, solamente en dos no pueden apreciarse signos aparentes de diferenciación entre el marido y la esposa; en todos los demás casos la mujer está realizando libaciones para el hombre, ofreciendo

bebida, comida o cualquier otra actitud de respeto hacia el marido (fig. 27). Además se conservan escasas estelas funerarias femeninas, lo que se ha intentado explicar en ocasiones por los altos índices de mortalidad de la mujer durante el parto, algo cuando menos discutible. Es también significativo que no conozcamos ninguna autobiografía femenina, reflejo de que sus obligaciones estarían muy delimitadas y de que no podrían aspirar a desarrollar una carrera administrativa.

Por otra parte, las mujeres, independientemente de su posición social y posibilidades, tendrían que hacer frente a diferentes tabúes o creencias que afectaban a su relación con la sociedad, como en el caso de la menstruación, un periodo de tiempo considerado impuro. En la *Sátira de los Oficios,* una composición que critica todos los trabajos menos el de escriba o funcionario, se constata que una de las cosas que han de hacer los lavanderos es limpiar los vestidos de una mujer menstruante, una prueba de la vida tan dura que éstos tenían. Ya hemos comentado que antes del parto, y en los días posteriores, la mujer permanecía recluida.

Una de las finalidades del matrimonio, como hemos comprobado, era tener una descendencia, motivo de alegría y también de divorcio en caso de que no se obtuviera; por eso no es extraño que en los papiros médicos encontremos diferentes consejos destinados a que la mujer se quedara embarazada, además de referencias a la utilización de unos métodos anticonceptivos que, aunque primitivos y de dudosa utilidad, reflejan un conocimiento general del funcionamiento del cuerpo humano. La fertilidad se asocia al hombre, y el esperma *mw,* se relaciona con los testículos, *inswy,* aunque pensaban que el semen se originaba en los huesos y pasaba luego a los

FIG. 27. Miembros femeninos de la familia ofrecen sistros y lazos-*menit* al muerto.

testículos, mientras que en el caso de las mujeres consideraban que todo estaba unido, y una de las pruebas de embarazo y fertilidad consistía en introducir una cebolla en la vagina, de modo que si el aliento que emitía la mujer era de cebolla, el test era positivo, ya que todo estaba en función del canal alimenticio. Esta concepción del cuerpo también explica que temieran que el semen de cualquier demonio o fuerza maléfica pudiera llegar a penetrar por alguno de los orificios del cuerpo humano, incluidos los oídos, y causar un embarazo no deseado.

Por otro lado, el caso 854 del papiro médico Ebers establece claramente la conexión entre el pene y la columna vertebral, teniendo en cuenta que los egipcios pensaban que existía una estrecha relación entre el tuétano de los huesos y el semen.

Otros métodos para comprobar si una mujer estaba embarazada eran tan simples como analizar el color de la piel y de los ojos y tomar el pulso; la propensión a tener vómitos era un indicio de embarazo; si una mujer bebía leche de otra mujer que ya hubiera tenido un hijo y la vomitaba, ello indicaba que estaba embarazada, o que pronto lo estaría. Respecto a los métodos anticonceptivos, por lo general están asociados a la utilización de excrementos de animales, siendo el más mencionado el de cocodrilo con miel, una pasta que se pensaba impedía la entrada de semen, aunque el consejo más frecuente era el de prolongar la lactancia materna hasta los tres años.

Embarazos que implicaban cambios en el interior de una unidad familiar en la que podían convivir varias generaciones, así como familiares no directos. Por desgracia las relaciones que existían entre los diferentes miembros de la familia son difíciles de documentar, y sólo disponemos de algunas cartas conservadas en Deir el-Medina y de textos aislados que nos informan sobre disputas de herencias, pero no sobre la existencia de una autoridad familiar tan definida como en el mundo clásico o sobre costumbres y hábitos cotidianos. En ocasiones un familiar o amigo podía encontrarse en otra localidad, y existen evidencias de que la comunicación entre personas que vivían en distintos lugares era posible gracias a personas que debían viajar por diferentes motivos; prueba de ello es la carta que envía el escriba Nakhte-Sobek al

trabajador Amen-nakhte (P DeM 4-5)en la que le pide que le comunique lo antes posible cómo se encuentra y le transmite la posibilidad de tener noticias suyas a través del policía Bas.

Pero en la unidad familiar el esposo era el que tenía la autoridad, el que debía servir de ejemplo y el que más participaba en las actividades que se desarrollaban en las diferentes comunidades, pero no tenemos datos suficientes para poder hablar de un *pater familias*. Él sería el encargado de mantener el culto a los antepasados, de realizar las ofrendas a los dioses y defender los intereses de la familia, siendo una de sus aspiraciones que el hijo mayor ocupara su cargo o continuara con su trabajo. En el caso de Deir el-Medina no todos los hijos podrían suceder a su padre en su trabajo, y a este respecto se conservan peticiones de trabajadores a la autoridad para que sus hijos fueran empleados en la comunidad; pero en el caso de los campesinos, ganaderos, alfareros, pescadores... lo normal era que todos los hijos continuaran en la actividad familiar, aunque era el mayor el que disfrutaba de los derechos. Reflejo de ello son relatos como el cuento de la verdad y la falsedad o la historia de los dos hermanos, que dan fe de que el hermano menor trabaja diligentemente en las propiedades del hermano mayor acatando sus decisiones y autoridad, así como las que podían emanar de su esposa. Por tanto existía una jerarquía familiar de autoridad que se reconocía legalmente. No debemos olvidar que la tradición, el derecho consuetudinario, era el dominante en las sociedades preindustriales, aunque no encontramos la figura del señor que gobierna sobre una familia amplia que engloba tanto a los familiares como a todas las personas que dependen de él. Un fragmento de los *Textos de los Sarcófagos* dirigi-

do a ayudar al difunto a reunirse con su familia es esclarecedor:

... para reencontrar a su familia, para reencontrar a su padre y a su madre,
para reencontrar a sus hijos y a sus hermanos y hermanas,
para reencontrar a sus allegados, para reencontrar a sus amigos,
para reencontrar a sus compañeros, a sus servidores,
para reencontrar a su concubina, a la que él ha conocido...

Lo normal sería que las unidades familiares tuvieran que hacer frente a diferentes adversidades de la vida. Al respecto, uno de los casos que con más frecuencia encontramos en los textos es el de la mujer que se queda viuda, de lo cual colegimos que era uno de los grupos más desprotegidos; por ello en los textos sapienciales, así como en las biografías funerarias, se hace especial referencia a que se ha actuado correctamente con ellas. En la *Instrucción* de Merikare se habla de «no oprimir a la viuda», o en las biografías de los funcionarios se encuentran referencias a la protección que se les había prestado. No hay que olvidar que en el mundo bíblico o griego se desarrollaron instituciones como el Levirato, mientras que en la práctica totalidad de los códigos legales mesopotámicos también se encuentran disposiciones relativas a su protección. Un aspecto siempre importante y que nos informa sobre las creencias y valores de una sociedad son sus concepciones sexuales. Teniendo en cuenta que la finalidad de toda familia era tener descendencia y que la aspiración de toda persona era fundar un hogar, la homosexualidad no estaba bien vista, de forma que en la confesión negativa del *Libro de los Muertos* todos debían negar su práctica. La crítica hacia la homosexualidad queda patente en historias como la del general Sasenet, en la que curiosa-

mente el protagonista tiene encuentros nocturnos con un rey que todas las noches realiza salidas ocultas para encontrarse con su amante. Es cierto que el nombre del rey no es mencionado, pero sí resulta significativo que, teniendo en cuenta el control del conocimiento que existía en el antiguo Egipto, una historia así, y con sus protagonistas, tuviera cierta popularidad y transmisión. En la máxima 32 de Ptahotep se lee: «No debes consumar el coito con un muchacho como si fuese una mujer, porque tú puedes distinguir aquello que está prohibido y es malo de aquello que hace bien a tu corazón». Es también ilustrativo que en uno de los combates que tuvieron Horus y Seth este último intentara violentar a su sobrino para obtener de esa forma la victoria, por lo que fue acusado ante el tribunal de dioses. Sin embargo, estas referencias negativas a la homosexualidad también deben entenderse como un reflejo de los anhelos que se esperaban en una sociedad en la que la familia, la descendencia, era el ideal dominante.

En cuanto a la sexualidad, nuestras fuentes de información son limitadas, y se centran en el llamado papiro erótico de Turín, en cuyas escenas algunos han creído ver representado un prostíbulo (fig. 28). Sin embargo, en los últimos años se han realizado distintos estudios tendentes a remarcar la sensualidad inherente a muchos de los objetos de aseo y belleza personal que se depositaban en las tumbas, con una vinculación siempre presente con el disfrute y la idea de fertilidad, aspectos relacionados con la sexualidad y el erotismo que serán analizados en el próximo capítulo. La divinidad asociada con todo lo que nosotros llamamos sexualidad, incluyendo la obtención del amor, las relaciones sexuales, la descendencia y la maternidad, era Hathor, que, al igual que sucede con mu-

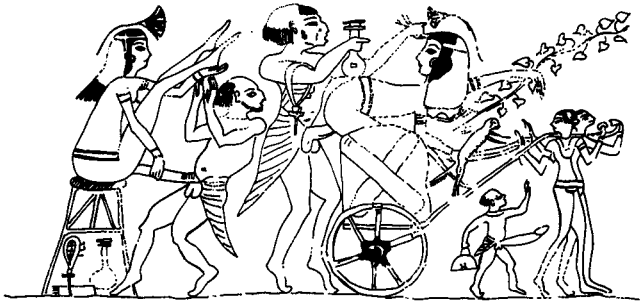

FIG. 28. Tres escenas del papiro erótico de Turín.

chas otras divinidades egipcias, podía ser representada de forma diferente en función del aspecto o manifestación que tomara, bien como mujer, en todo lo relativo a lo sexual, bien, como vaca, divinidad protectora y encargada de la maternidad.

Una familia que con sus aspiraciones y temores se integraba en una sociedad, trabajaba y tenía una vida privada.

6. Vida cotidiana y trabajo

En toda sociedad debe diferenciarse entre lo que es la vida en el trabajo y aquellos momentos en que toda persona disfruta o dispone de una intimidad, de un tiempo libre que poder dedicar a su ocio, a la familia o ciertas obligaciones sociales. Estas actividades pueden verse condicionadas por el tipo de trabajo que se desempeñe y por circunstancias como contraer una enfermedad o alcanzar una edad que imposibilita el desempeño de las mismas tareas. Como ya hemos tenido ocasión de ir comprobando, la información disponible para el estudio de la vida cotidiana, lejos de las obligaciones que conllevaba el trabajo, es muy reducida, pero aun así puede rastrearse en la documentación.

A) Casas y comida

Las numerosas escenas en que se representan ofrendas funerarias, junto a las casas en que vivían los trabajadores de la comunidad de Deir el-Medina, han dominado la

interpretación de ambas manifestaciones; pero no debemos olvidar que lo representado y expresado en las tumbas, así como las condiciones de vida existentes en Deir el-Medina, no pueden extrapolarse al conjunto de la sociedad, que no tendría acceso a las ingentes cantidades de comida mencionadas en las estelas funerarias o dispuestas en las mesas de ofrendas y que en muchas ocasiones sólo accedería a hogazas de pan, además de que viviría en pequeños habitáculos construidos con materiales perecederos, muy lejos de las casas de los nobles y de las maquetas funerarias que nos ilustran sobre numerosas estancias, lugares de trabajo en el interior de las casas, habitaciones con funciones específicas o patios internos. También hay que tener en cuenta que las casas de Deir el-Medina eran propiedad del Estado, y en ellas vivían los trabajadores mientras prestaban sus servicios.

Por lo general las casas eran pequeñas, lo que obligaba a realizar gran parte de las actividades domésticas, y muchas otras relacionadas con la vida privada, al aire libre, lo que favorecía las relaciones entre los habitantes de los poblados y comunidades y en muchas ocasiones influiría en la vida cotidiana. Una de esas actividades sería cocinar, pero en las casas egipcias no encontramos un hogar, una sala en la que cocinar y reunirse a comer, sin olvidar el problema del humo y olores que se originarían en unas dependencias pequeñas y con escasa ventilación. La excepción la constituyen las casas de la nobleza y las de Deir el-Medina, donde sí encontramos hogares centrales, que servirían tanto para cocinar como para calentarse en las frías noches de invierno, o bien pequeños hornos en la parte trasera.

Igualmente, tampoco podemos olvidar la influencia que tenía el medio geográfico sobre las características de

las casas, con frecuentes tormentas de arena o simplemente un viento que arrastraba polvo, arena y olores, así como la abundancia de escorpiones, ratones, moscas o serpientes, fuente de peligros y transmisores de enfermedades. Por esa razón en las entradas de las casas se colocarían esteras, como las representadas en las estelas funerarias de falsa puerta características de las capillas funerarias, para evitar que todos estos agentes externos, molestos y peligrosos, se introdujeran en el interior, lo que explica también que las ventanas fueran pequeñas para evitar que el calor exterior penetrara e hiciera irrespirable el ambiente y la estancia. Posiblemente por todo ello una de las partes más importantes de la casa egipcia, y en muchas ocasiones la menos valorada en la investigación al no haber dejado vestigios, sea el tejado, generalmente plano para permitir el almacenamiento de alimentos, lavar y colgar la ropa, mantener a ciertos animales en jaulas y poder dormir y descansar en las calurosas noches de verano, costumbres que todavía pueden observarse en numerosas casas de aldeas y poblados de Egipto. En los tejados también podrían encontrarse hornos de pan, y durante ciertos meses haces de hierbas secas que servirían de aislante ante la humedad de los meses de invierno. Por tanto un espacio sobre el cual podría incluso llegar a construirse en caso de necesidad. Según L. Meskell también fueron utilizados como un medio de comunicación en el interior de comunidades como Deir el-Medina; y a ellos se accedía por una escalera interior.

En las casas vivía la familia, y aunque el trabajo y muchas actividades se realizaran en el exterior, el interior de la casa tiene en todas las sociedades un componente emocional especial. Por eso en todas las civilizaciones la puerta de las casas es como una frontera, un límite con el

mundo exterior y, lógicamente, con los peligros que de él pueden proceder, lo que justifica que en el exterior hasta hace poco tiempo se colocasen símbolos de protección hacia sus habitantes. En el antiguo Egipto se pensaba lo mismo, y ésta es la razón por la que en su fachada exterior podían tener pinturas, representaciones de divinidades vinculadas con la protección de lo doméstico, en especial Bes y Tueris, para evitar la entrada de malos espíritus que pudieran causar enfermedades, así como rechazar a serpientes o escorpiones.

Unas casas que no atestiguan la existencia de dependencias o lugares que se utilizaran para el aseo y las necesidades personales, así como tampoco desagües u otros medios de eliminación de residuos, algo que se haría en el exterior.

La disposición que mejor se conoce es la de Deir el-Medina: las casas por regla general tenían tres habitaciones, una pequeña sala a la entrada que sería la que se utilizaría en los partos, y «salas» más pequeñas excavadas en el suelo para ayudar al almacenaje y conservación de los alimentos, además de un horno en la parte trasera (fig. 29). En las tumbas de los nobles del Reino Nuevo encontramos representadas algunas casas que reflejan que no sólo eran un lugar donde vivir, sino también desde donde dirigir las actividades, mientras que algunas maquetas funerarias atestiguan lo que sería la realidad exterior de las casas de los nobles, o sus aspiraciones para el más allá, con estanques y árboles para descansar, refugiarse del sol y refrescarse, además de disponer de muros exteriores que las separarían del conjunto de la población.

Unas casas, de nobles o no, que utilizaron el mismo material para su construcción, el adobe, un material que a pesar de la sequedad del clima egipcio y de su perdura-

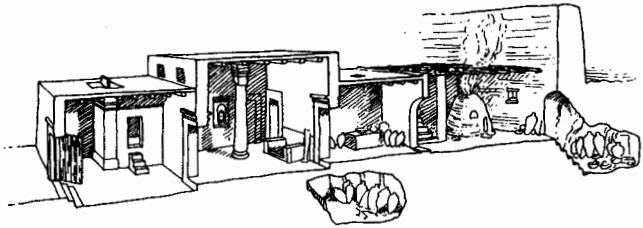

FIG. 29. Sección de una casa característica de Deir el-Medina.

bilidad requiere ir renovándose periódicamente, por lo que en muchas ocasiones se procedía a derruir lo existente y levantar una nueva casa. En el Próximo Oriente esta necesidad desembocó en asentamientos que fueran elevándose hasta formar lo que se llama «tells», que en el caso de Egipto no han pervivido porque los lugares de habitación antiguos coinciden con los actuales.

En el exterior de las casas, bien delante o en la parte trasera, existían pequeños huertos y espacios en los que mantener a ciertos animales, pues ambas actividades ayudaban a complementar la dieta familiar y, posiblemente, a disponer de unos productos que poder intercambiar localmente. Por otra parte, las excavaciones en las casas de los trabajadores de el-Amarna, cuya información puede extrapolarse a otras comunidades, han revelado algo que parecía lógico pensar y que sin embargo apenas se había planteado: la estrecha convivencia que existía entre los habitantes de los poblados y los animales, desde pájaros hasta cerdos, que además de aportar un suplemento alimenticio también colaboraban al bienestar de la comunidad, en especial cerdos y gatos. Respecto al cerdo, es un animal que se reproduce con facilidad y puede ser

alimentado de forma sencilla con desperdicios de la comida familiar; por ello es probable que constituyeran el principal aporte de carne de las clases inferiores, razón por la que este animal está poco representado. Respecto al gato, protegía el ámbito doméstico de ratones, un peligro constante para la conservación de alimentos y origen de enfermedades, así como de serpientes; de ahí la devoción que los egipcios sintieron por los gatos.

Algo que no debemos olvidar es que los testimonios dan fe de la disposición de las casas en el momento de su abandono, pero que éstas experimentaron continuos cambios a lo largo de su historia, incluidas las de Deir el-Medina, motivados por las distintas vicisitudes por las que podía atravesar una familia debido a muertes, nacimientos o acogimientos de familiares, todo lo cual exigiría crear nuevos espacios y habitaciones; si a ello añadimos el carácter perecedero de los materiales utilizados, es lógico pensar en una constante modificación en el plano y disposición de la vivienda.

Algo fundamental en toda casa es el ajuar doméstico, sobre el que tenemos abundante información gracias a los que se depositaban en las tumbas. En primer lugar es de destacar la importancia de la cestería, imprescindible para poder almacenar y proteger los alimentos, así como de la cerámica, necesaria para el transporte y conservación del agua. Para mantener fresca el agua se usaban jarras porosas y para conservarla se recurría a huevos de avestruz desde el periodo predinástico como hacen ciertas tribus africanas contemporáneas, o al cuero, importante para impermeabilizar líquidos. Se atestigua también el empleo de baúles para guardar objetos y útiles. En cuanto al resto del ajuar doméstico, nuestra interpretación de él está condicionada por lo que conocemos de las

tumbas, como en el caso de las camas decoradas en sus patas con leones u otros animales que protegerían el sueño, de los llamados reposacabezas –almohadas–, o de sillas, objetos adscritos a una élite social y económica. No debemos olvidar que hasta hace pocos siglos el suelo era un lugar común donde se dormía, aunque fuera sobre cañas y esteras, se comía y realizaban todo tipo de actividades, y que la utilización de mesas y sillas no se generalizó hasta el siglo XVIII, al igual que los cubiertos o los vasos. En las tumbas un objeto que siempre se constata es una mesa de ofrendas, algunas de las cuales conservamos pero por lo general éstas son pequeñas y en ellas podría comer una única persona. Un ajuar doméstico que estaría realizado con materiales perecederos y con una escasa presencia de la madera con muchos problemas de conservación debido a las termitas o humedad, además de que la existente en Egipto no es de buena calidad. Igualmente importantes serían las «lámparas», por lo general simples cuencos de cerámica o piedra en los que se depositaba aceite y una mecha.

El recuerdo a los antepasados, a la memoria histórica de la familia, también tendría una presencia en el interior de las casas. En Deir el-Medina se documenta la presencia de estelas y bustos de los antepasados, por lo general en la habitación principal, en los cuales frecuentemente el venerado se presenta sentado y con una flor de loto en su mano, aunque también puede aparecer arrodillado o delante de una divinidad.

Unas casas que por lo general estarían muy juntas, lo que impulsaría la convivencia entre las diferentes unidades familiares, que, además, coincidirían en los espacios exteriores, lo que también podía favorecer la aparición de disputas y roces. Igualmente, cualquier acto o suceso en

el seno de la familia, positivo o no, sería conocido y comentado, por este motivo puede hablarse de verdaderas comunidades en las que las acciones, miedos, enfermedades o alegrías de cada familia serían de dominio público, igual que otros sentimientos como la envidia, la mentira o la difamación. Al respecto resulta ilustrativa la máxima 23 de Ptahotep: «No debes secundar ninguna conversación malvada, ni siquiera debes escucharla, pues es la exteriorización de uno que no sabe dominarse. Divulga sólo lo que hayas visto, no únicamente lo que hayas oído; no prestes atención a esto último, no hables de ello en ningún caso». Igualmente, tampoco podemos olvidar que los matrimonios tenderían a realizarse entre miembros de la misma comunidad, lo que sería origen de litigios y tensiones debido a problemas de herencia, divorcios y trato a las familias.

Casas y comunidades en las que el olor, las sensaciones aromáticas serían un elemento permanente, tanto por las condiciones higiénicas como por la convivencia con animales; sin olvidar que, como fue normal hasta el final del Antiguo Régimen, en Europa las casas constituían un espacio en el que coincidían la producción, la reproducción y el consumo y, teniendo en cuenta todo ello, no debe sorprendernos que estas unidades pudieran convertirse también en focos de infección y enfermedades difícilmente controlables, a lo que hay que añadir la ausencia de vertederos junto a los excrementos animales y humanos, que, aun cuando en un clima como el egipcio se secan y esterilizan en pocas horas, siempre constituyen un peligro para la salud.

Comunidades que por otro lado tendrían que hacer frente a necesidades y peligros comunes, como la obtención de agua; a este respecto no debemos olvidar que en

todas las sociedades el de aguador ha sido un oficio siempre presente e importante, y de hecho tenemos noticias de ellos en Deir el-Medina, aunque en el resto de aldeas y comunidades campesinas serían las mujeres las que diariamente irían a los pozos u orillas del Nilo, no en vano existe un gran número de historias que desde el Antiguo Testamento hasta hace pocos siglos acontecen en las cercanías de pozos o cursos de agua a los que las mujeres acudían en busca del agua diaria. Sin embargo, las necesidades de agua de cualquier asentamiento serían elevadas, no sólo para el consumo de personas y animales, sino también para regar los campos y huertos, y por ello resulta normal la excavación de pozos. Entre los peligros a los que tendrían que hacer frente estas comunidades dispersas a lo largo del curso del Nilo uno de los más importantes sería la protección nocturna contra las incursiones de animales depredadores procedentes del desierto. Comunidades en las que sería característica la división de trabajos según el sexo, como es normal en las sociedades preindustriales, encargándose las mujeres de ir a lavar las ropas y posiblemente de los animales domésticos, así como de la elaboración del pan y la cerveza, los principales alimentos del conjunto de la sociedad.

Comunidades en las que, dentro de lo que sería la vida diaria, cualquier acontecimiento que se saliera de la rutina, de lo cotidiano, sería objeto de comentario y destacado. Un elemento importante también en la vida de estas comunidades serían las comunicaciones, el transporte de personas y mercancías de una orilla del río a otra, a cargo de barqueros que, a juzgar por el Decreto de Restauración de Horemheb, podían llegar a abusar en el pago de sus servicios. Los embarcaderos y muelles posiblemente serían también un lugar de intercambio al que periódica-

mente llegaban productos de otras comunidades (fig. 30). Otro medio de transporte serían los asnos, cuyo alquiler es bastante frecuente en Deir el-Medina, desde unos días hasta varios meses. Sin embargo, las posibilidades de trasladarse, de viajar, serían muy limitadas, a pesar de que recientemente Meskell ha defendido que las composiciones de viajes conservadas pueden reflejar otra realidad; pero éstas cumplen otros objetivos en las sociedades antiguas, no estuvieron destinadas al conjunto de la población y mucho menos reflejan sus experiencias.

Las familias se reunían para comer todos los días, un acto que, además de ser en ocasiones motivo de una celebración, constituye una fuente de información sobre los valores, hábitos y recursos de toda sociedad. Conocemos

FIG. 30. Escena de mercado. Tumba de Ipuy, Tebas, XIX dinastía.

muchas escenas en las que se representan las diferentes etapas en la producción de alimentos, pero siempre hacen referencia a las grandes casas de los nobles. Unos alimentos que los funcionarios obtenían a partir de unos salarios que se pagaban en especie, y que en el caso de Deir el-Medina incluían pescado, verduras, carnes...,

aunque en la mayoría de las casas egipcias los alimentos se obtendrían de los campos que trabajaban y de las pequeñas huertas que cada casa podía tener, siendo el consumo de carne muy escaso. Por eso las familias sufrirían los efectos de una mala cosecha, y a este respecto es significativo lo que expresa Heqanakht en la XI dinastía: «Es mejor estar vivos a medias que muertos... Aquí (en el delta), han empezado a comerse a la gente. No hay nadie en ninguna parte a quien se le entregue comida». Pero a pesar de todas las dificultades, lo cierto es que en Egipto existían las condiciones necesarias para no pasar hambre excepto en periodos de extrema inestabilidad, y de ello dan fe las tribus de Israel cuando en su estancia en el desierto rememoran el país del Nilo como una tierra donde podían encontrarse toda clase de alimentos, lo que les lleva a lamentar haberlo abandonado (Num. 11, 5).

Un problema sería la conservación de los alimentos, mayor en Egipto debido a sus condiciones climáticas, tanto a causa del calor como por las frecuentes tormentas de arena y el abundante polvo. De hecho los análisis realizados a diferentes dentaduras muestran los graves daños que sufrían debido a la acción de la arena, los ratones y otros animales, también representaban un peligro y por ejemplo los contenedores de leche se tapaban con hierbas para evitar que los insectos se introdujesen en ellos. Por cierto que Sinuhé dice que todos los platos que cocinaron para él contenían leche. Pero como en muchas otras sociedades, la utilización de sal para la conservación de los alimentos sería fundamental, y también se ha detectado la presencia de natrón entre las raciones que se entregaban a los trabajadores de Deir el-Medina, sin olvidar la cocción y ahumado de carne y pescado (fig. 31).

La base de la dieta alimenticia eran los cereales, un pan que se cocía todos los días, aunque en ocasiones no sería posible o no estaría al alcance de todos, por lo que el pan duro o las sopas debieron de constituir un alimen-

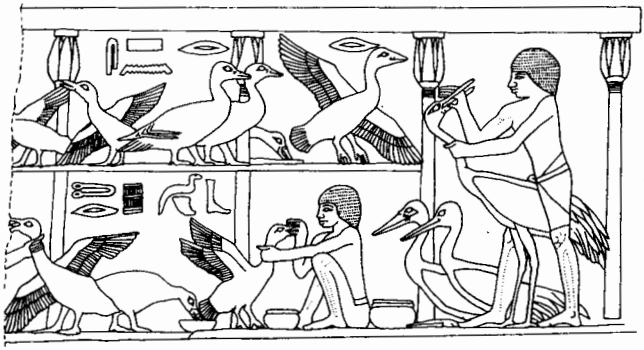

FIG. 31. Engorde de aves. Mastaba de Sopduhotep, Saqqara, V dinastía.

to bastante frecuente. En cuanto a la cebada, constituye la base de los salarios entregados a los trabajadores, y a partir de ella se obtenía la cerveza, la bebida más extendida en Egipto, aunque se empleaba más como una pasta alimenticia que como bebida alcohólica, mientras que el vino, que era uno de los productos que los egipcios siempre demandaron de Siria-Palestina, era muy apreciado entre las clases altas, que reconocían su lugar de procedencia y lo valoraban en función de ella.

Los productos, lácteos y cárnicos, que se obtendrían del ganado serían muy importantes, en especial la leche, por lo que, sabiendo que las vacas que trabajan los campos producen menos, es lógico pensar que una parte se dedicaría exclusivamente a la producción de leche y se sa-

crificaría para el consumo cuando el animal alcanzaba una edad avanzada. Un ganado que también proporcionaba el combustible necesario gracias a la recogida de excrementos, con los que se realizaba una pasta que se secaba al sol, pieles con las que realizar vestidos y huesos con los que podían fabricarse diferentes útiles, sin olvidar la ayuda que podían prestar en las labores agrícolas o el consumo de sangre, un complemento proteínico bastante frecuente en las sociedades agrícolas pero del que no existen evidencias en Egipto, aunque sí pudo utilizarse para ritos.

Sacrificio de animales que implicaba la actividad de ciertas personas, y por ejemplo en la tumba de Ptahotep vemos cómo una persona huele la sangre al tiempo que se analizan las entrañas del animal para determinar su pureza y comprobar que podía ser consumido. Animales a los que se desangraría para posibilitar una mejor conservación de la carne. En la mayoría de las sociedades existe un periodo del año en el que el sacrificio de animales es mayor, y en Egipto podía corresponder a la época de la inundación, tanto porque en esos meses sería más difícil mantener al ganado como por coincidir con un tiempo en el que existiría una mayor necesidad de alimentos, posiblemente existían unos lugares determinados y alejados de los asentamientos donde serían sacrificados, tanto para evitar los olores como para facilitar el trabajo de los carniceros y de las diferentes actividades relacionadas con la conservación y elaboración de la carne. Seguramente en los templos sí existían dependencias especiales para esta actividad debido a los continuos sacrificios que en ellos se realizaban, y habría personas que podrían calificarse como carniceros; de hecho algunas escenas muestran a animales en embarcaciones que posiblemente eran

transportados al lugar donde serían sacrificados. Animales sacrificados que también ofrecían la posibilidad de obtener una grasa que se utilizaría en la vida cotidiana, tanto para cocinar como para la conservación de los alimentos, así como para facilitar la iluminación, grasa animal que era conservada cociéndose y depositándose en cerámicas.

Otros productos que se consumían eran higos y dátiles, siendo especialmente apreciados los procedentes de los oasis, junto a los suplementos alimenticios que se obtendrían de la caza y de la pesca, aunque su importancia resulta difícil de cuantificar; pero es de suponer que en el delta, una región en la que muchas aves recalaban en sus ciclos migratorios y donde había un clima más húmedo que permitía la caza de antílopes y otras especies, la caza y la pesca rendiría buenos frutos. Algunas escenas muestran el cuidado y engorde de ciertos animales, desde patos hasta ganado, animales posiblemente destinados a las ofrendas de alimentos que todos los días se realizaban en los templos y a las que el conjunto de la población accedería solamente con motivo de los grandes festivales que se celebraron en el Reino Nuevo, como describiremos más adelante.

Mucho se ha hablado sobre las prohibiciones que pesarían sobre algunos alimentos, como el pescado, debido a que fue un pez el que se comió el falo de Osiris cuando Seth descuartizó su cuerpo, o el cerdo, cuyo consumo hemos visto que estaría muy extendido, aunque es posible que en cada localidad hubiera unos hábitos que en ocasiones podían llegar a constituir una prohibición. Alimentos que también eran utilizados como remedios médicos, como en el caso de la miel. Unas comidas que por lo general realizarían los hombres mientras permanecían

en el trabajo, lo que nos lleva a pensar que podían haber sido preparadas con anterioridad o proporcionadas por la institución para la que trabajaban (fig. 32).

FIG. 32. Un trabajador comiendo. Época amarniense.

B) Fiestas, ceremonias, vestidos y diversión

La vida privada de los antiguos egipcios, a juzgar por las escenas conservadas en las tumbas de los nobles del Reino Nuevo, estuvo repleta de actividades que iban desde la caza y la pesca hasta la celebración de banquetes, es decir, las que históricamente se han vinculado con la pertenencia a una aristocracia y en las que a juzgar por las pinturas conservadas también participaba la mujer, y en ocasiones los hijos del matrimonio; pero nuevamente debemos recordar el decoro del arte egipcio, que refleja una armonía y unas situaciones ideales en las que el conjunto de la familia actuaría en el mantenimiento del orden venciendo a las manifestaciones del caos. Las bandadas de pájaros, junto a la fauna que vivía en los cañaverales del delta y en

el desierto, se vinculan con el caos en la mentalidad egipcia y su caza significa la derrota del mismo. Diversiones y modos de actuación a los que el conjunto de la población también podría tener acceso pero con unas connotaciones muy diferentes, ya que la caza pudo haber sido una actividad que permitía obtener un complemento de carne en la alimentación, mientras que reunirse con otras familias de la comunidad, o amigos para comer y beber, también podía acontecer con motivo de alguna celebración, festividad y, en ocasiones, en lugares poco «recomendables», a juzgar por los textos sapienciales, tanto por ser frecuentados por mujeres extranjeras como por consumirse demasiada cerveza; pero nada de ello ha dejado una constancia arqueológica, quizá con la excepción del papiro erótico de Turín ya mencionado.

Unas formas de distracción acordes con una posición social que son similares a las que desarrollan otras aristocracias de la antigüedad, desde los *simposium* griegos hasta los banquetes romanos, ocasiones en las que se aprovecha el contacto distendido para hablar de política y actuaciones a realizar en el trabajo, aunque en el caso de Egipto encontramos una diferencia: la participación de la mujer, totalmente prohibida en el mundo griego. Banquetes que requerían de un servicio doméstico que no solamente preparara los platos que iban a ser degustados sino que también aseara, perfumara y maquillara a las personas que iban a participar en ellos, para lo cual eran necesarios perfumes, cosméticos, aceites y peinados –pelucas como veremos–, que en muchas ocasiones implicaban la disponibilidad de productos que se obtenían en el exterior de Egipto (fig. 33); no olvidemos el componente erótico que tendrían algunas de las danzas y canciones, y que en el transcurso de estas reuniones se podrían narrar

distintas historias, desde los poemas de amor hasta las experiencias que cada uno tenía. Un ámbito doméstico en el que encontramos a los esclavos, generalmente extranjeros, especialmente apreciados quizá por todo aquello de «exótico» que podían aportar a estas reuniones.

Unas reuniones en las que la música tendría una función muy importante, lejos de la que se podía ejecutar con motivo de las celebraciones religiosas, y unos músicos que en muchas ocasiones no eran egipcios, posible-

FIG. 33. Mujer siendo atendida por sirvientas. Tumba de Rekhmire, Tebas, XVIII dinstía.

mente porque se preferían cánticos e historias diferentes. En un ámbito más general la música tuvo otras finalidades, tanto laborales como festivas. Respecto a las primeras, el ritmo que marcan ciertos instrumentos tiene mucha importancia para coordinar el esfuerzo y trabajo de varias personas, al tiempo que en el campo militar tenían

el valor añadido, junto a las trompetas, de poder transmitir órdenes y situaciones que se estaban produciendo en tiempo real. Lúdicamente el ritmo de ciertos instrumentos, como tambores, también ayudaría a la diversión, a entonar cánticos que narraran historias, especialmente durante las noches, cuando después de la dura jornada laboral las familias y vecinos de una comunidad se podían reunir para disfrutar del frescor de la noche. Al respecto resulta significativo que entre las numerosas ostracas halladas en Deir el-Medina encontremos algunas en las que animales están ejecutando danzas o tocando instrumentos lo que prueba que esas acciones serían cotidianas. Tampoco podemos olvidarnos del carácter ritual, mágico y de protección que podía tener la música, con la realización de danzas y emisión de sonidos que mantuvieran alejadas a las fuerzas malignas, o las expulsaran de los cuerpos.

Unas actividades lúdicas en las que no faltaba la bebida, bien el vino en las clases altas, bien la cerveza en las celebraciones del conjunto de la sociedad, que en ocasiones podía tener efectos perjudiciales para la salud (fig. 34), y contra cuyos efectos la literatura sapiencial egipcia previene:

Me han dicho que has abandonado la escritura. Vas de calle en calle y el olor a cerveza te acompaña. La cerveza hace que dejes de ser un hombre. Eres un remo encorvado en una barca, que no obedece a nada, eres como una capilla vacía de su dios. Oh, si tú supieras que el vino es una abominación... Te han enseñado a cantar al son de la flauta, a cantar según la cítara...

Este texto hace referencia a la dañina actitud que sigue un estudiante, un futuro escriba, pero podría extenderse al conjunto de la sociedad.

FIG. 34. Mujer vomitando después de un banquete, XIX dinastía.

Es sobre los grandes festivales sobre los que tenemos mayor información, en especial los que se celebraban durante el Reino Nuevo, el Festival Opet y el Festival del Valle. En el primero de ellos la estatua de Amón partía en procesión de su templo en Karnak para visitar el de su esposa, Mut, y esta salida de la divinidad se aprovechaba para que la población pudiera formularle preguntas a la estatua, que podía responder o no con una inclinación de la embarcación sobre la que era transportada la imagen que actuaba como oráculo, siendo las preguntas más frecuentes las relativas a la salud o a disputas de propiedad. Era también con motivo de este festival cuando la monotonía, la rutina, se rompía, al tiempo que en el transcurso de él la administración procedía al reparto de diversos productos que difícilmente estaban al alcance de la sociedad, como vino y carne. En el Festival del Valle los dioses tebanos (Amón, Mut y Khonsu) partían hacia Deir el-

Medina, y se hacía un recorrido por los distintos templos funerarios reales que se encontraban en la orilla oeste de Luxor, por lo que existía por tanto una relación con el culto funerario a los reyes.

Junto a estos dos festivales existían otros; de hecho en la Sala de los Festivales de Tutmosis III, en el templo de Karnak, se recoge una lista de 44 días festivos al año, mientras que Ramsés III menciona 60 festivales en su templo de Medinet Habu, pero posiblemente muchos de ellos eran de carácter local, como los que se celebraban en Deir el-Medina, donde encontramos abundante información sobre sus preparativos.

Festivales, banquetes y vida cotidiana en los que la población se engalanaba con unos vestidos que, al igual que en todas las sociedades, reflejan la pertenencia a una clase social, así como la adaptación al clima existente (aunque a este respecto la documentación está sometida también a la «tiranía» del decoro). Así, hombres y mujeres son representados con sus mejores vestimentas, que en muchas ocasiones han servido de referencia para describir cómo serían los vestidos a lo largo de la historia de Egipto, algo que cuando menos es discutible, ya que los egipcios siguieron una norma social que hasta hace pocas décadas también era normal cumplir: cuando una persona acude a un acto religioso o visita a alguna autoridad utiliza sus mejores vestimentas; por eso no podemos ignorar que en las tumbas se representa a las personas en su estado ideal y, en muchas ocasiones, realizando o presentando ofrendas a la divinidad, ante la que, lógicamente, se utilizan las mejores galas. Unos vestidos que, por otro lado, en modo alguno serían prácticos en un medio geográfico como el egipcio, en especial los que son característicos hasta mediados del Reino Nuevo en las mujeres,

muy ceñidos al cuerpo y cayendo desde los pechos hasta los tobillos (fig. 35). Unos vestidos realizados en lino, una tela muy flexible, y que en general tenderían a ser holgados, como en el caso de las «faldas» con que suelen ser representados los hombres, una comodidad que en el caso de las mujeres encontramos desde la XIX dinastía.

El aspecto exterior también sirve para reflejar la edad de las personas, como en el caso de los niños, representados generalmente desnudos; debemos recordar que en la Edad Moderna no se utilizaban calzas hasta los 6 o 7 años, mientras que los menores se representaban con vestidos largos. Un conjunto de la sociedad que al trabajar la mayor parte del día en los campos llevaría el torso al

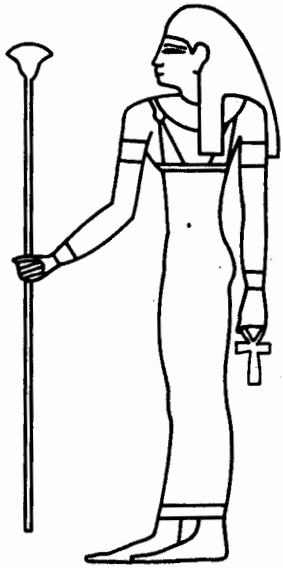

FIG. 35. Vestido característico de mujer.

descubierto, razón por la que en las pinturas y esculturas los hombres son representados con la piel oscura, reflejo de una realidad, al igual que las mujeres que fabricaban cerveza o molían el grano.

En íntima relación con los vestidos estaban los adornos personales, desde los conos de perfume con que son representadas las mujeres sobre sus cabezas hasta los colgantes, joyas y pendientes, estos últimos posiblemente introducidos en Egipto durante el Segundo Periodo Intermedio por los hiksos, mientras que la utilización de un calzado que cubriera todo el pie no se constata hasta finales de la XVIII dinastía. Especial importancia se daba al pelo, también un indicador en todas las sociedades de la posición social y de la edad, y que también tenía unas connotaciones eróticas, en especial las pelucas, que se realizaban con pelo humano, pues no se ha detectado la utilización de pelo procedente de animales. Un pelo que también tenía unas connotaciones higiénicas, al ser un vehículo muy importante en la transmisión de enfermedades, lo que explica que los sacerdotes se rasuraran todo el cuerpo, aunque podía ser también una costumbre inherente a las clases altas de la sociedad. También relacionado con el aspecto exterior estaría la costumbre de pintarse los ojos, de utilizar el khol o la malaquita, que, como veremos, también tenía una razón médica.

Este aspecto exterior, vestidos, pinturas, joyas, utilización de aceites, pelucas..., explica que ya en la antigüedad se generaran mitos en relación al cuidado personal que los egipcios, y en especial las mujeres, tuvieron; todos los cuales confluyen en el mito de Cleopatra, que cuidaría su cuerpo con todo tipo de productos; a este respecto resulta significativo que Clemente de Alejandría, uno de los Padres de la Iglesia, comparara el que las mujeres egipcias

se pintaran y cuidaran su cuerpo con los templos y dioses paganos, pues en ambos casos todo es apariencia y vacío en el interior (Pedagogo III 2.4). Por cierto que Ovidio, en su libro *El Arte del Amor* (III 316-18), hace referencia a la sensualidad de las mujeres egipcias.

En el caso de los hombres, nuestra información sobre los complementos que podían utilizar se limita a los collares o a los símbolos de mando según el cargo que desempeñaran en la administración. En cuanto a su aspecto exterior, la depilación del cuerpo parece haber estado generalizada, tanto por razones higiénicas como por comodidad, mientras que es solamente en el periodo predinástico cuando se documenta la utilización de barbas, y en algunas esculturas del Reino Antiguo también encontramos bigotes. Una barba que está reservada para las representaciones de la divinidad o para personas que han superado el juicio de Osiris y están en presencia de los dioses, pues simboliza así lo que se ha alcanzado.

Respecto a los juegos, el más extendido en Egipto era el senet, que constaba de un tablero de 30 casillas dispuestas en tres filas de 10; cada jugador tenía de cinco a siete piezas, cuyos movimientos por el tablero venían determinados por huesecillos que se utilizaban como dados.

Una sociedad en la que los habitantes de las grandes ciudades, en especial Tebas y Menfis, podrían tener unas mayores posibilidades de ocio que los campesinos que poblaban los cientos de aldeas y poblados que llenaban las márgenes del Nilo; sin embargo, lo normal sería que incluso en las capitales de Egipto los niveles de vida y posibilidades de las personas estuvieran muy poco por encima de los mínimos niveles de subsistencia, lo que ayudaría a la propagación de enfermedades y a que la

medicina, junto a la magia, tuviera un papel muy importante.

C) Enfermedades y medicina

Con unas condiciones de vida como las descritas en páginas anteriores: convivencia con animales, malas condiciones higiénicas, contaminación de las aguas, un clima duro con plagas periódicas de mosquitos y enfermedades..., el papel de los médicos, de la medicina en general, debió de ser muy importante. Unos médicos que tenían una fama que a juzgar por los textos oficiales se extendía más allá de las fronteras de Egipto, pues, por ejemplo, los griegos reconocieron el gran conocimiento que sobre el cuerpo humano y sus reacciones tenían los egipcios. No obstante, el conjunto de la población estaría desasistida y, en muchas ocasiones, las personas que actuarían como médicos en aldeas y poblados tendrían unos conocimientos mínimos, por lo que su labor sería más la de curanderos o magos que la de médicos. Al respecto, tampoco podemos olvidarnos de la estrecha relación que en el mundo egipcio existía entre medicina, religión y magia, de modo que médicos, sacerdotes y magos actuarían contra el mismo enemigo, unos demonios y fuerzas ocultas que podían penetrar en el cuerpo humano y provocar enfermedades (fig. 36).

Como hemos señalado, la medicina egipcia alcanzó fama en la antigüedad, como consta en algunas historias que dan fe de que algunos príncipes extranjeros acudieron a la corte para solicitar la ayuda de los médicos egipcios. De hecho los griegos llegaron a identificar a Imhotep, quien concibió la pirámide escalonada de Djoser en

FIG. 36. Un sirio, junto a su esposa, frente al médico Nebamón, Tumba de Nebamón, Tebas, XVIII dinastía.

Saqqara, con Asclepio. El conocimiento médico de los egipcios está estrechamente vinculado al proceso de momificación de los cuerpos y la extracción de las vísceras (estómago, intestinos, pulmones e hígado), pues les permitió conocer la anatomía y el funcionamiento del cuerpo humano mejor que en otras culturas.

Un conocimiento que está reflejado en el gran número de papiros médicos que son conocidos y en los que, sin embargo, encontramos remedios y diagnósticos muy avanzados junto a otros que difícilmente tendrían un efecto positivo, más bien al contrario, lo cual se puede hacer extensivo a otros ámbitos del saber en el antiguo Egipto. Por ejemplo, sabían de la importancia del corazón que alimentaba a todos los miembros del cuerpo,

pero, como hemos mencionado al describir el embarazo, consideraban que el semen se originaba en los huesos, y que desde la boca hasta el ano había un conducto que se comunicaba directamente. Es precisamente por esto último por lo que consideraban que muchas enfermedades se contraían a través de la boca o por cualquier orificio del cuerpo humano, como las orejas, por donde podían penetrar toda clase de fuerzas malignas, contra las que solamente quedaba la opción de esperar a que se manifestaran para poder actuar, y éste era precisamente uno de los pilares de la medicina egipcia: la observación de la enfermedad y sus repercusiones en el cuerpo y la persona.

Sin embargo, en muchas ocasiones nada se podría hacer médicamente pero sí mágicamente, como en el caso de las picaduras de escorpión, muy frecuentes, como demuestra el hecho de que formando parte de las expediciones reales que se organizaban para obtener piedras o metales en los desiertos circundantes de Egipto estuvieran médicos y magos especializados en su curación, o de que en Deir el-Medina existiera un «hechicero de escorpiones». Al respecto no podemos olvidar que Isis, la gran maga, protegió a Horus durante su infancia de las picaduras de escorpiones y, con posterioridad, utilizó el veneno de uno para intentar averiguar el nombre secreto de Re, por lo que es lógico que la magia se considerara la única solución.

Entre las afecciones más comunes estaban las relativas a la vista, algo lógico teniendo en cuenta el medio geográfico, tanto la luz del desierto como el polvo y la arena con que diariamente tenía que convivir el conjunto de la sociedad, y es significativo que los dioses también sufrieran daños en diferentes relatos. Ésta es la razón por la que

uno de los objetos que encontramos desde el periodo predinástico formando parte del ajuar funerario sean las paletas en las que se molía la malaquita con que se pintaban los ojos para protegerse de la arena del desierto, para lo cual utilizaban también el khol, pues ambas sustancias tenían propiedades medicinales.

La mortalidad debió de ser muy elevada, especialmente durante los primeros años de vida, pero tampoco podemos olvidar las secuelas físicas que dejarían muchas enfermedades, así como los ataques que sobre personas realizarían los cocodrilos u otros animales, y que causarían mutilaciones cuando no la muerte. Igualmente, otra de las causas de mortandad era morir ahogado en un río que servía de vía de comunicación y habría que atravesar frecuentemente en unas embarcaciones frágiles que podían ser atacadas, volcadas... por hipopótamos y cocodrilos. Muertes y secuelas que excepcionalmente se representan en el arte, al igual que cualquier tipo de enfermedad o problema físico que tuviera la persona.

Cuando no se recurría a la magia, se utilizaban diferentes «medicinas» para ayudar a la curación, y una de las más frecuentes era la ingestión de determinados alimentos; por ejemplo, en caso de impotencia o para mejorar la fertilidad masculina se aconsejaba comer lechuga, a la que se le atribuían también propiedades afrodisíacas debido al jugo blanco que surge de sus tallos y que se asimilaba con el semen. Otro ejemplo sería el vino, que, mezclado con otros ingredientes como miel y raíces, se aconsejaba como laxante, o el vino con incienso y miel, prescrito para matar a los gusanos del intestino, mientras que mezclado con sal se decía que curaba la tos. Otro de los remedios más frecuentemente utilizados era los ex-

crementos de diferentes animales, pues al pensarse que muchas enfermedades estaban causadas por la putrefacción de unos alimentos que permanecían en el interior del cuerpo, consideraban necesario proceder a su expulsión utilizando para ello excrementos de animales que ya habían sido desalojados.

Uno de los fines de la medicina es prevenir las enfermedades, y por ello en los textos también encontramos diferentes consejos destinados a evitar contraer una enfermedad; por ejemplo, se recomienda no cometer excesos en las comidas: «Un vaso de agua apaga la sed, un bocado de hierba fortifica el corazón; una sola cosa buena sustituye a un banquete, una pequeñez sustituye lo excesivo» *(Instrucciones de Ptahotep)*. Consejos médicos que en algunos casos pueden asemejarse a los productos que se encuentran en las parafarmacias en nuestros días, como los ungüentos para prevenir las estrías en el embarazo o las máscaras de belleza, consejos para eliminar las arrugas: «incienso, cera, aceite de oliva fresco. Aplasta, machaca, pon dentro leche fresca y aplica sobre el rostro durante seis días» (papiro Ebers). También encontramos la utilización de placenta de gato para evitar las canas en el pelo o recetas para evitar la calvicie: «Tibia de perro, huesos de dátil, casco de asno. Debe ser cocido dentro de una vasija con grasa y aplicado» (papiro Ebers). Sin embargo, serían las condiciones higiénicas ya mencionadas una de las causas más frecuentes de enfermedad –pensemos en los insectos–, por ello los egipcios concedieron cierta importancia al aseo personal, como queda patente en la historia de Sinuhé, que cuando regresa a Egipto es aseado, peinado, vestido y alimentado según las costumbres egipcias. Pero aún así sería prácticamente imposible evitar la transmisión de enfermedades en un clima que,

como el egipcio, también dañaba los dientes debido a la arena y polvo que se depositaba en ellos.

En íntima relación con lo que hacían las personas, sus sensaciones y esperanzas, están los llamados calendarios de días propicios y días peligrosos para realizar alguna actividad. Es cierto que ninguno de ellos se asociaba a alguna enfermedad, pero resulta ilustrativo de las precauciones y miedos que rodeaban a los antiguos egipcios, al igual que la protección de los sueños, considerados manifestaciones que podían llegar a causar daños en la persona, o el «mal de ojo», origen de muchos males y enfermedades y que era muy temido entre la sociedad. Por eso era muy frecuente el uso de amuletos, que recibían el nombre de *meket, nehet* o *sa,* palabras todas ellas que derivan de verbos que significan «proteger». Unos amuletos que podían representar animales, partes del cuerpo humano o imitar la forma de objetos y que podían ser realizados con materiales muy diversos que aumentaban sus poderes, sin olvidar el simbolismo del color, presente en todas las manifestaciones que realizaron los antiguos egipcios.

Pero, como hemos apuntado, a pesar de los conocimientos y precauciones, las condiciones serían en muchas ocasiones muy precarias; a este respecto son significativas algunas de las reflexiones que en 1842 E. Lane realizaba sobre los efectos del clima en la salud:

... Las moscas son tan numerosas que se hacen en extremo pesadas durante el día. Los mosquitos, por la noche, son más que enojosos. Todas las casas que contienen mucho trabajo en madera se infestan de chinches durante la estación templada, y los piojos no son fáciles de evitar [...] Las pulgas, durante las épocas más frías del año, son numerosísimas [...] La oftalmia se contagia generalmente al contacto con el sudor, pero es el polvo

y otros factores los que la agravan [...] infinidad de nativos se ven privados de la vista en uno o los dos ojos. Al ser interrogado por la salubridad de Egipto, a menudo se me ha preguntado si se ven muchas personas de edad avanzada. Pocos, es la verdad, alcanzan una edad longeva en este país.

Unas condiciones que en muy poco diferirían de las existentes en tiempos faraónicos, por lo que las enfermedades, los problemas físicos, las mutilaciones y muertes serían algo cotidiano que afectaría tanto al entorno familiar como a la vida en comunidad y a la actividad laboral. Un ejemplo es la esquistosomiasis, una enfermedad que debilita la salud de forma crónica provocando anemia, que era parecida por el 95 por 100 de los campesinos egipcios a mediados del siglo XX, una enfermedad que se contrae por un contacto regular con charcas o concentraciones de agua estancada donde residen los gérmenes.

D) Trabajo

La vida diaria de todo egipcio estaría en relación con una actividad laboral que distaría mucho de las condiciones de trabajo existentes en Deir el-Medina, donde la jornada laboral era de ocho horas, con un descanso para comer y de dos días a la semana, que en el calendario egipcio tenía diez días, por lo que disfrutaban del suficiente tiempo libre para acudir a festivales y procesiones, así como para obtener unos ingresos extras colaborando en la decoración de tumbas de nobles, sin olvidar las suyas propias, máxime cuando habían terminado la construcción y decoración de la tumba real. Otro sector privilegiado era el de los funcionarios, en especial los escribas, imprescindibles para la adminis-

tración del Estado y el mantenimiento de una ideología y que necesitaban una formación larga que estaba al alcance de unos pocos. Las ventajas del oficio se describen en la *Sátira de los Oficios,* un texto compuesto en el Reino Medio y cuya intención era destacar los privilegios de una profesión, la de escriba, respecto a todas las demás: «He visto a los que han sido apaleados. Aplícate a los libros. He visto a los que fueron llamados al trabajo. Mira, nada hay mejor que los libros; son como un barco en el agua»; también se describe, por ejemplo, la vida del alfarero de la siguiente forma: «El alfarero ya está bajo tierra, aunque todavía entre los vivos. Escarba en el lodo más que los cerdos, para cocer sus cacharros. Sus vestidos están tiesos de barro, su cinturón está hecho jirones. El aire que entra en su nariz sale derecho del horno. Fabrica con sus pies un peso con el que él mismo es triturado. Cava el patio de todas las casas y vaga por los lugares públicos».

Lógicamente las descripciones de las penalidades y sufrimientos de las demás profesiones son una exageración, pero aun así constituyen una fuente de información que nos acerca a lo que debió de ser una realidad cotidiana para muchas personas, que luchaban por obtener aquello que necesitaban de una tierra que, aunque fértil, se negaba a proporcionar sus riquezas sin un esfuerzo, resulta significativa la descripción de la vida del campesino que encontramos en el papiro Lansing o Sallier de época ramésida:

Pasa el día afilando sus herramientas para cultivar el trigo, y pasa la noche entrelazando cuerdas, y también el mediodía lo pasa trabajando en los campos. Se pertrecha para ir a los campos como si fuera un guerrero. Ahora el terreno se extiende árido ante él, y él vuelve para procurarse los bueyes que uncir al arado. Después de haber pasado muchos días detrás de su ma-

yoral, se asegura finalmente los bueyes, viene con ellos y les abre paso por los campos. Al día siguiente, al alba, va a trabajar y no los encuentra, pasa tres días buscándolos y los encuentra en un pantano.

Aunque sea problemático afirmarlo, en este tipo de texto parece subyacer la idea de que el trabajo manual era malo, el mismo concepto que desarrollaron los griegos y romanos. Jenofonte declaraba que los trabajos manuales afeminan a quienes los realizan al obligarles a estar en la sombra y a veces a pasarse todo el día junto al fuego, mientras que los artesanos no tienen tiempo para ocuparse de sus amigos y el trabajo en el campo habitúa al frío y el calor a tener que madrugar y luchar constantemente. Ésta debió de ser la realidad del conjunto de la sociedad: unos campesinos siempre expectantes ante la crecida, que si alcanzaba los 6 metros era baja y por encima de 8 metros demasiado elevada pero que si alcanzaba la altura ideal no subsanaba sus problemas y su lucha, como comprobamos al analizar el medio geográfico. Unos trabajos agrícolas en los que debemos establecer una diferenciación entre las tierras más alejadas del río –donde podían llegar o no la crecida, y la disponibilidad de agua durante el año era problemática– y las más cercanas a él. En las primeras, el trabajo debía comenzar antes incluso de que las aguas se retiraran de los campos para evitar un endurecimiento del suelo que aumentara la dificultad en el trabajo, mientras que en las segundas sería en las que posiblemente las semillas podían ser depositadas en el campo para ser pisoteadas por los animales, tal y como describe Heródoto, unas tierras cercanas que sin embargo deberían ser protegidas de la fauna asociada al río, en especial de los hipopótamos, cuyas «carreras» podían

causar la devastación de las cosechas. Igualmente, existiría una diferencia entre el cultivo de los cereales y el de frutas o vegetales, cultivos que requieren unas cantidades de agua y unos cuidados diferentes. Las cosechas estaban bajo la protección de una diosa, Renenutet, una diosa-cobra a veces representada como una mujer con cabeza de cobra amamantando a un niño.

Los campesinos trabajarían cerca de casa. La distancia entre los campos y la vivienda debía ser mínima, ya que en caso de estar alejados la rentabilidad disminuiría; al respecto son ilustrativas historias como el *Cuento de los dos hermanos,* en el que ambos se desplazan periódicamente de los campos a la casa para obtener aquello que en un momento determinado podían necesitar.

Tradicionalmente han existido más tierras y posibilidades de explotación que población, una relación que sólo se ha invertido en los últimos años; no olvidemos que en el Reino Nuevo se estima que habría una población de dos millones de personas. Igualmente, y aunque es obvio, cabe recordar que al contrario que en la actualidad la producción no estaba destinada al mercado, sino al autoabastecimiento. Los cálculos realizados permiten afirmar que el trabajo de un hombre, una unidad familiar, podía abarcar 20 arouras (una aroura equivale a 2.735 metros cuadrados), una superficie que podía proporcionar lo suficiente una vez descontados los impuestos, reservar semillas..., para garantizar la alimentación de 20 personas; ello permitía que parte de la población de una comunidad se dedicase a la fabricación de cerámicas o de útiles, a la pesca o a cualquier otra actividad que complementaba el trabajo de los demás; encuentran así sentido las escenas de mercado en las cercanías del río que, como hemos mencionado, servirían para el intercambio de productos.

En lo que a la ganadería se refiere, ya nos hemos referido a su importancia en la obtención de determinados recursos, incluido su estiércol como combustible, que debía estar, como es normal en la mayoría de las sociedades agrarias, algo alejado de los campos durante gran parte del año. Aunque hay pocas referencias al respecto, parece probable que existiera una trashumancia en verano hacia el delta, la región ganadera de Egipto, debido a sus condiciones climáticas, y que el ganado fuese marcado para indicar la propiedad y protegerlo ante robos.

Un aspecto importante es la colaboración que existiría entre hombres y animales en diferentes actividades. La más evidente es la del ganado en el cultivo de los campos, aunque en algunas escenas aparecen babuinos representados en las higueras y palmeras junto a hombres que proceden a la recolección; para algunos los babuinos estarían ayudando a la recolección, aunque también es posible que simplemente vivieran en los mismos espacios que explotaban los agricultores (fig. 37).

Trabajos en el campo que también requerirían la colaboración del conjunto de la comunidad, no sólo en la posible construcción de pozos para garantizar el riego de los cultivos y en tiempos de la cosecha, cuando el trabajo se acumula, sino también en la construcción y mantenimiento de unos silos donde guardar las cosechas y en la protección de los campos contra los peligros procedentes del desierto o del río; pensemos que una crecida podía destruir a su paso todas las construcciones que encontraba, por lo que sería necesaria cierta coordinación entre los campesinos para poder obtener los mejores rendimientos, como el simple hecho de ahuyentar a los pájaros de los campos. Han sido pocas las investigaciones realizadas sobre la organización de los asentamientos, y debe-

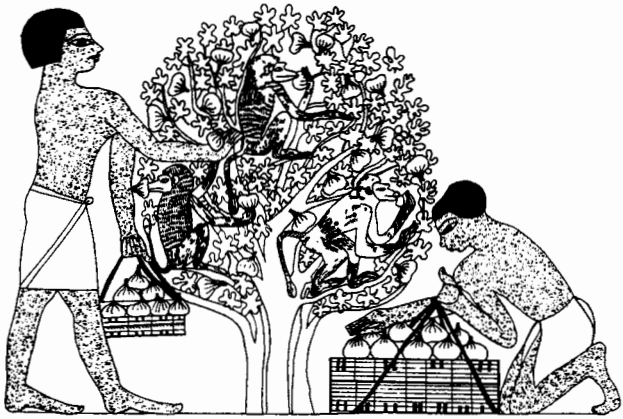

FIG. 37. Hombres recolectando con babuinos entre las ramas. Tumba de Nebamón, Tebas, XVIII dinastía.

mos recurrir, paradójicamente, a asentamientos predinásticos como Hierakómpolis para intentar intuir cómo sería; comprobamos así la presencia de unos espacios dedicados a «fábricas» de cerveza, panes y otros productos destinados al abastecimiento del conjunto de la comunidad, que posiblemente existieron en tiempos faraónicos.

La lógica de las sociedades agrícolas, preindustriales, es que los hijos continúen los trabajos del padre y que éste, cuando desempeñe un puesto en la administración, desee y haga todo lo posible para que «hereden» su cargo; en Deir el-Medina quedan documentados los esfuerzos de algunos padres ante las autoridades para que sus hijos puedan acceder a ser trabajadores. Un mundo, el de la administración, que sería ambicionado por todos aquellos que pudieran tener una posibilidad, como atestiguan algunos textos en los que se deja traslucir que ciertos indi-

viduos podían ser nombrados por «recomendación», como una carta de Deir el-Medina que recoge las quejas de una persona acerca de otra que ha contratado a petición de su padre. El ejemplo del capataz Paneb, mencionado en relación con sus adulterios, también es revelador de lo que debió de ser algo frecuente, los abusos que podían cometerse desde un cargo importante, sin olvidar uno de los relatos mejor conocidos de la literatura egipcia, el *Cuento del ciudadano elocuente,* que narra los abusos que sufre un campesino a manos de un funcionario y cómo su persistencia y elocuencia le permiten llegar a presencia del rey para presentar una demanda que había sido desestimada en todos los niveles anteriores (fig. 38).

Otra de las realidades que acontecen en toda sociedad antigua es que un determinado número de personas deben «responder» a la llamada del Estado ante una necesidad o requerimiento de éste, y de ello en el antiguo Egipto hay diferentes ejemplos. El más conocido es el sistema de corveas, por el cual los trabajadores debían acudir durante unos meses para la realización de diferentes trabajos, una costumbre que fue característica del Reino Antiguo. Se trataba de un sistema por el que, durante unos meses al año, en general coincidiendo con la estación de la crecida, se realizaban en Egipto diferentes trabajos, desde la reparación o planificación de las obras hidráulicas hasta la participación en las expediciones reales que eran enviadas al desierto para obtener piedra y metales en sus minas pasando por lo que más comentarios ha suscitado: la construcción de monumentos estatales como las pirámides. Esta organización del trabajo fue la dominante hasta la V dinastía, cuando comienzan a aparecer los llamados Decretos de Exención, que liberaban a todas las personas adscritas o relacionadas con el mantenimiento

FIG. 38. El trabajador Hesy-su-neb-ef y su esposa Hel en signos de devoción hacia el capataz Nefer-hotep. Rameseum. XX dinastía.

del culto funerario de algún rey, no sólo a los sacerdotes, sino también a todos los campesinos o artesanos adscritos a las tierras cuyos productos se destinaban al culto funerario.

En el Reino Antiguo también fue característico el sistema de *phylaes,* por el cual las personas iban rotando durante algunos meses al año en la prestación de sus servicios a cualquier institución, y tampoco debemos olvidar que ese Estado podía tener en determinados momentos unas necesidades militares, por lo que procedía a reclutar soldados en las diferentes provincias egipcias, algo que continuó hasta el Reino Nuevo, ya que a pesar de lo que tradicionalmente se piensa el ejército egipcio no fue profesional hasta la XVIII dinastía.

Eran funcionarios y trabajadores de instituciones que recibían un salario en especie de la administración en relación a su cargo y función. Lógicamente cualquier perturbación en los precios implicaría una quiebra del sistema, y por ello una de las principales preocupaciones de los estados próximo-orientales fue mantener el valor estable de unos productos que después iban a intercambiarse en los mercados. De la misma forma, cuando los trabajadores no recibían su salario, su situación sería muy precaria, y por ello quedan documentadas en Deir el-Medina las primeras «huelgas» conocidas de la historia, con la organización de lo que podríamos calificar de piquetes, representantes sindicales encargados de negociar con el visir y la realización de manifestaciones, una prueba más sin embargo de la excepcionalidad de esta comunidad, mimada y privilegiada por el Estado debido al trabajo que realizaban.

Como en toda sociedad, habría trabajos mejor valorados y otros que serían objeto de crítica, y motivo casi de

compasión como el trabajo en minas y canteras, no sólo por el duro esfuerzo físico que implicaban, sino también por los riesgos inherentes al viaje y la permanencia en lugares inhóspitos y repletos de peligros, desde derrumbes, hasta la amenaza de los escorpiones, sin olvidar el problema de disponer de agua. Dicha dureza queda reflejada en una expedición al Wadi Hammamat en tiempos de Ramsés IV en la que participaron 9.268 hombres, de los que murieron más de 900, pese a que se trataba de una expedición comercial y pacífica. Por otro lado, tampoco podemos olvidar la fabricación de adobes, al respecto de lo cual podemos recordar lo expresado en la *Sátira de los Oficios* o la propia tradición de los israelitas trabajando en la construcción.

A juzgar por los textos, una de las profesiones peor consideradas era la de soldado, alejado de su tierra, viviendo entre gente extraña que tenía unas costumbres diferentes, además de estar siempre expuesto a la amenaza de ataques. Una vida en las fortalezas egipcias en Nubia o en Siria-Palestina descrita en cartas y papiros:

Paso el día escudriñando lo que hay en el cielo, como si estuviera cazando pájaros. Mi mirada atisba furtivamente el camino para ascender a Palestina. Paso las noches bajo árboles que no tienen fruto que comer. ¿Dónde están sus dátiles?

Unos soldados de los que se esperaba una valentía, constancia y tenacidad para alcanzar la victoria, lo que explica que una de las principales condecoraciones militares fuese un collar de moscas, animal que simbolizaba estas cualidades.

Respecto al papel de la mujer en el trabajo, ya hemos hecho referencia a cuáles serían sus principales ocupaciones, y no se conocen mujeres que trabajasen en la ad-

ministración o como escribas. Sí encontraban una posibilidad en el mundo de los templos, pero básicamente como cantantes o plañideras, sin olvidar su vinculación con la fabricación de telas y la elaboración del lino.

Un aspecto interesante es la constatación de que los trabajadores podían actuar como sacerdotes, tanto en el Reino Antiguo mediante el sistema rotatorio de *phylaes*, que les obligaba a dedicar unos meses al año al servicio del templo, posiblemente en sus campos o talleres, pero aun así obteniendo la calificación de sacerdotes, como en el caso de los trabajadores de Deir el-Medina, organizados en cofradías que planificaban sus fiestas, procesiones y manifestaciones de culto a una determinada divinidad.

Una referencia obligada es al trabajo en las tumbas, en el que tenemos que tener en consideración que la tierra arcillosa era blanda, lo que facilitaba las faenas, aunque aun así no serían nada fáciles, como cuando por ejemplo se procedía a preparar las paredes para pintarlas o realizar relieves, pues se generaba un polvo que haría irrespirable el aire, el tener que trabajar con una iluminación muy débil y en posturas en muchas ocasiones incómodas.

Derecho

El respeto a unas normas es algo intrínseco a todo grupo humano, pero es posiblemente el derecho uno de los campos en los que mejor se plasman las diferencias de toda sociedad: las reglas que rodearían al conjunto de la población, muchas de ellas de tipo comunal, para garantizar unas propiedades, mantener unas reglas sociales que permitan la convivencia... y, por otro lado, las normas que emanan del Estado y que, en su mayor parte, es-

tán más en relación con la ideología, el mantenimiento de unas estructuras políticas, sociales y económicas que se establecen en los periodos formativos de toda cultura. Igualmente, las imágenes idílicas, del decoro, que hemos tenido ocasión de ir constatando a lo largo de las páginas anteriores no deben hacernos olvidar lo que sería una realidad cotidiana: los abusos por parte de unos nobles y funcionarios que se unían a la desesperanza de una sociedad que, aparte de combatir contra los peligros diarios que entrañaba su vida, poco podía hacer. Por otra parte, los pequeños hurtos, los engaños y los intentos de beneficiarse en cualquier momento de las circunstancias debieron de ser una realidad en la vida de todas y cada una de las comunidades egipcias, unas miserias y realidades humanas ocultas tras el brillo, el resplandor y la monumentalidad de los restos arqueológicos. Gran parte de la información sobre el funcionamiento del derecho egipcio que tenemos es relativa a los juicios y actuaciones en contra de los saqueadores de tumbas, reflejo de unas clases que velaban por sus aspiraciones –algo que, en modo alguno, debía de ser lo cotidiano– o, por el contrario, de las conspiraciones a las que tuvieron que enfrentarse diferentes reyes. Por eso en el derecho, las autobiografías funerarias o los libros funerarios –cuya finalidad era ayudar al difunto a alcanzar el más allá– debe analizarse más bien todo aquello que no dicen o quizá sea mejor decir todo aquello que dicen no haber realizado. Una justicia que debía ser ejemplificante para evitar que las actuaciones consideradas perjudiciales se extendieran, por lo que, posiblemente, también se contemplaría la ejecución pública, tal y como aconteció en el Próximo Oriente. Una diferencia entre lo oficial y lo cotidiano que subyace en las *Instrucciones a Merikare:*

Engrandece a tus nobles para que sigan tus leyes. Aquel que es rico en su casa no se mostrará parcial. Por el contrario, el hombre pobre no habla de acuerdo con su verdad, no actúa correctamente quien dice ¡Ojalá yo tuviera!... Grande es el grande cuyos grandes son grandes...

Es cierto, como también hemos señalado, que la idea de una lucha contra el caos, contra todo aquello que era considerado peligroso y maligno, ayudó a tener un sentido de unidad, pero, aun así, esta ideología tan básica no debe hacernos olvidar lo que acontecería fuera de lo «oficial», de lo que era beneficioso para Egipto como Estado. Un ejemplo significativo es la declaración de toda persona de no haber matado a nadie, una de las normas inherentes a Maat, la diosa de la justicia; pero sin embargo el rey egipcio es representado desde el periodo predinástico hasta los propios emperadores romanos golpeando, derrotando y aniquilando a los enemigos de Egipto, lo que no es una trasgresión y sí prácticamente una obligación ideológica: son los «otros», los enemigos, una reflexión que puede encontrar, por desgracia, demasiadas similitudes con nuestro mundo.

Sobre el funcionamiento de la justicia, el visir era el máximo representante, por delegación del rey, de ésta, que tenía lugar en las cortes, *knbt*. Se conoce bien el funcionamiento de la existente en Deir el-Medina, donde los cargos parecen ser rotatorios, incluidos en ellos los trabajadores, además de un escriba y los capataces. Sin embargo, los ejemplos de justicia que se conocen de esta comunidad, aun pudiendo ser clarificadores de muchos otros aspectos, no deben extrapolarse al conjunto de la población, ya que estos trabajadores dependían del Estado y estaban en íntima relación con lo que era el mantenimiento de una ideología, al mismo tiempo que todos los

materiales que utilizaban les eran proporcionados por la administración. Por eso los castigos más severos se aplicaban a todo aquello que iba en contra de los intereses del Estado, incluido el robo de una pequeña cantidad de metal, para cuya obtención se había tenido que organizar una expedición, manufacturarlo y distribuirlo.

Pero los casos más frecuentes serían aquellos que tuvieran relación con robos y delitos cometidos dentro de cada comunidad; al respecto se imponía la «política» de reparar el valor económico de lo sustraído, cuando no una cantidad adicional. Igualmente, no hemos de olvidar que conceptos como «rehabilitación social» o pasar un periodo de tiempo en las cárceles como pago por algún delito son conceptos y situaciones modernas. Así, en el caso de que alguna persona no acudiera a la prestación de la corvea, podía ser perseguido y recluido en «granjas» estatales junto a su familia, pero lo normal también sería que la administración no destinase recursos para el cuidado y mantenimiento de unas personas que, a la larga, eran más onerosas que beneficiosas, aunque se conocen algunas referencias aisladas a la utilización de los oasis como lugar de exilio, una costumbre que se extendió en Época Baja.

De los ejemplos de justicia, o las amenazas ante cualquier violación de una ley o norma, se desprende que quemar a la persona y mutilarla eran los castigos más frecuentes; pero en muchas ocasiones esto es lo que se describe en las tumbas para intentar actuar contra los ladrones, algo que también debe ponerse en relación con que el cuerpo, momificado o no, era el soporte utilizado tanto por el Ka como por el Ba, por lo que su destrucción o daño impediría la vida eterna de la persona.

Un derecho, una justicia que evoluciona con la sociedad, de modo que las cosas no son iguales cuando el rey

era considerado un Dios, en el Reino Antiguo, que en el Reino Nuevo, cuando el comercio, el desarrollo de las ciudades y de un sector de la sociedad, modificaron las pautas de actuación y preocupación. Es durante el Reino Nuevo cuando la justicia parece endurecerse, sin que ello implique como señala Tyldesley que en etapas anteriores no fuera ya severa. Como veremos, el proceso de «democratización» en el ámbito funerario implicó una preocupación y unos derechos por parte de un sector de la sociedad que con anterioridad dependía en todo de la voluntad del rey, un sector que fue poniendo las bases para la defensa de sus intereses y bienes, una evolución que puede rastrearse a través de las biografías funerarias o instrucciones.

En lo que a la mujer se refiere, disfrutaba de unos derechos impensables en otras sociedades de la antigüedad: podía prestar declaración en un tribunal, poseer propiedades, heredar y, como hemos visto, divorciarse.

Normas de convivencia y castigo que estaban en íntima relación con las creencias religiosas, pues no debemos olvidar lo expresado en el capítulo dos en relación a la función social que la religión tenía, y tiene, en las sociedades antiguas. Un aspecto que en cierta medida sorprende y diferencia una vez más a Egipto de las sociedades antiguas es la ausencia de la ordalía, el juicio de Dios, salvo en los casos en que la persona se dirigía a la divinidad con motivo de algún festival, especialmente el Festival Opet. Esta práctica estuvo muy extendida en el Próximo Oriente y la podemos encontrar, por ejemplo, en el *Código de Hammurabi*. Su ausencia en Egipto se puede explicar por el hecho de que, como ya la divinidad iba a juzgar los actos realizados en vida para permitir o no el acceso al más allá, no tendría sentido unas intervenciones previas.

Nuestro desconocimiento sobre muchos aspectos del derecho y su funcionamiento contrasta, paradójicamente, con la abundante información conservada sobre el derecho internacional, que tuvo especial importancia durante el Reino Nuevo, cuando Egipto selló diferentes tratados y alianzas con los reyes próximo-orientales que contemplaban aspectos como la extradición de fugitivos, la prohibición de prestar apoyo a los refugiados políticos o las indemnizaciones a cobrar, y quién debía pagarlas, en caso de que una caravana comercial sufriera algún ataque o robo.

Otra posible fuente de información, aunque problemática, es la comparación con lo que conocemos de otras sociedades contemporáneas, en especial del mundo mesopotámico, del que conservamos numerosos códigos y edictos referidos a la promulgación de leyes, un mundo en el que la justicia diferenciaba los castigos por un mismo delito en función de la clase social a la que se perteneciera, al tiempo que son abundantes los decretos de exención de deudas o situaciones de dependencia personal por haberlas contraído, algo que no encontramos en Egipto, a no ser los ya mencionados decretos de exención para la prestación de las corveas. Un mundo mesopotámico en el que se especifican hasta las penas y cantidades que han de pagarse por parte del «arquitecto» en caso de que la casa se derrumbe y en función de los daños que cause, algo que en Egipto no ocurre porque seguramente las personas edificaban sus propias casas, aunque únicamente eran costeadas por el Estado las de las comunidades de trabajadores.

Una justicia que requería de unos policías, tanto para perseguir a los delincuentes como para proporcionar una seguridad a los habitantes de Egipto. La información es

muy escasa, aunque queda constancia de diferentes personajes que desempeñaron cargos relacionados con esta función, así como algunas escenas aisladas (fig. 39); por ejemplo, sabemos que en los alrededores de la comunidad de trabajadores de el-Amarna existían rutas y caminos que eran vigilados por los policías, seguramente no para evitar su huida, sino para proporcionarles seguridad al encontrarse algo alejadas de la ciudad, y lo mismo pudo haber sucedido en Deir el-Medina. Una policía que también podía comprobar si los castigos o penas emitidos en verdad se cumplían.

Por tanto, parece lógico pensar que el derecho consuetudinario sería el más importante, y se aplicaría a todo tipo de delitos y situaciones legales, como la sucesión de bienes, que por lo general permanecerían dentro del grupo; por eso era tan importante el derecho de primogenitura, y desheredar a un hijo era un acto destacable; de hecho conocemos en Egipto el caso de una mujer, Naunakhte, que desheredó a cuatro de sus posibles herederos:

> Por cuanto a mí concierne, soy una mujer libre del país del faraón. He criado a estos ocho siervos vuestros, les he dado una gratificación en todo, como es conveniente que se haga con quienes están en su posición. Pero mirad, yo me he hecho vieja y ellos no se ocupan de mí. Por cuanto concierne al que de entre ellos ha puesto su mano sobre mi mano, a éste le daré mis posesiones, pero al que no me ha dado, a ése no le daré mis posesiones,

una declaración en íntima relación con el último momento de la vida, la ancianidad.

FIG. 39. Policías con babuinos arrestan a un ladrón en un mercado. Mastaba de Tepemankh, Saqqara, V dinastía.

Vejez

En todas las sociedades alcanzar una edad implica obtener un respeto, una consideración. Lo primero que debemos preguntarnos es a qué edad se consideraba a una persona anciana. Lógicamente hay signos externos: la aparición de canas o la pérdida del pelo, las crecientes dificultades físicas o incluso el tener nietos, pero sin duda el signo más revelador era cuando ya no podían realizarse todos y cada uno de los trabajos que un campesino, artesano o alfarero debía realizar diariamente. Sin embargo, posiblemente incluso entonces las personas seguirían teniendo un contacto con el mundo laboral, en muchas ocasiones no quedaría otra opción, bien instruyendo a los más jóvenes, bien coordinando y dirigiendo ciertas actividades... (fig. 40), mientras que las mujeres continuarían con sus actividades, en especial cestería o la realización de vestidos y telas. Igualmente, el antiguo Egipto también constituye una excepción en relación a las demás culturas de la antigüedad, ya que alcanzar cierta edad no implicaba un reconocimiento social y un respeto por parte de los demás, por lo menos no se encuentran

rasgos de ello en los textos; eso sí, los textos sapienciales, los que están destinados a instruir a sus herederos y las generaciones venideras, plasman la opinión de personas que han desempeñado cargos importantes en la administración, cerca del rey, y transmiten todo aquello que han visto, oído y aprendido, su experiencia de vida.

Por otra parte, volvemos a encontrarnos con el problema de las fuentes disponibles, ya que son muy escasas las que representan a las personas cuando han alcanzado una madurez y abundan las que reflejan a jóvenes, en plenas facultades físicas y en un estado ideal; es excepcional la representación de una misma persona en su juventud y cuando es anciana. Existen muy pocas representaciones de personas mayores con el pelo blanco, sólo en algunas tumbas de Deir el-Medina, lo que lleva a pensar que las personas mayores de las clases altas figuraban con peluca, y por eso la mayoría de las veces aparecen en esculturas. Otra explicación esgrimida es que como la tumba era preparada con mucha antelación por no saberse cuando tendría que estar lista para acoger a su propietario, las escenas y textos hacen referencia a los años de plenitud; sin embargo, aunque lógicamente esto pudo influir, también es cierto que estas tumbas pertenecían a una clase social que podía seguir encargando estatuas y escenas a medida que envejecía.

Posiblemente sea en las *Instrucciones* a Ptahotep (V dinastía) donde mejor se describen los efectos que causa la llegada de la vejez: «La vejez se ha producido, la senilidad ha llegado, el deterioro ha venido, la debilidad se ha renovado, está acostado cada día quien se ha vuelto niño. Los ojos son débiles, los oídos son sordos, la boca está silenciosa y no habla, el corazón está ausente y no recuerda el ayer, los huesos duelen por la longitud de la edad...», unos

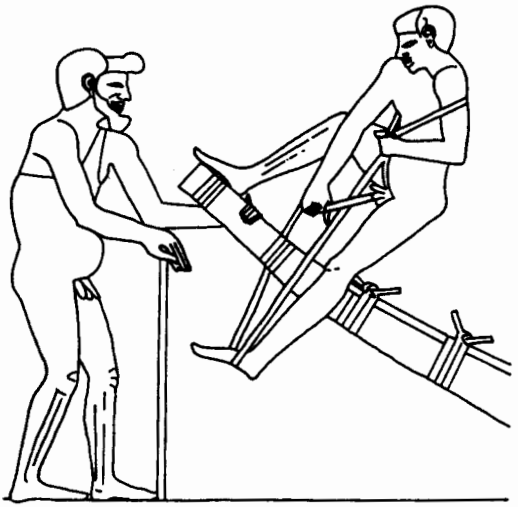

FIG. 40. Un anciano observa el trabajo. Tumba de Ukhotep, Meir, XII dinastía.

efectos que también se describen en la historia de Sinuhé: «... la madurez ha llegado, la debilidad me ha alcanzado, mis ojos están cansados, mis brazos flácidos, mis piernas han dejado de marchar, mi corazón está cansado...». Todos ellos unos síntomas evidentes, normales en cualquier sociedad, antigua o moderna, pero a los que habría que añadir las secuelas de los esfuerzos físicos realizados durante años y que se plasmarían en intensos dolores de espalda y otras articulaciones, sin olvidar las enfermedades padecidas o el estado en que estarían las dentaduras; todo ello desembocaría seguramente en unos dolores que serían difíciles de soportar, aunque, como es sabido, la capacidad de sufrimiento es mayor cuanto más nos remon-

tamos en el tiempo y no medimos todo por lo que nosotros, habituados a otro ritmo, a unas comodidades y la disponibilidad de medicinas, consideramos normal.

Sin embargo, muchas personas ya no podrían valerse por sí mismas, no tendrían una autonomía y deberían permanecer en las casas o en su cercanía, donde serían cuidados por sus allegados, tanto por sus hijos y las familias que éstos habrían podido establecer como por otros familiares cercanos. En su estudio, R. Janssen y J. Janssen sugieren la posibilidad de que en algunos casos la persona recibiera un cargo de sacerdote como recompensa por su trayectoria, pero aunque pueden existir algunos ejemplos, en modo alguno pueden plantearse en términos de «pensión».

En todas las sociedades alcanzar una edad es símbolo de haber gozado de una vida próspera y poseer una sabiduría que los más jóvenes deben aprender. Sin embargo, a lo largo de toda la historia de Egipto no existen demasiadas menciones de personas que hayan alcanzado una edad que se considerara digna de ser expresada en los textos. De lo de que sí tenemos constancia es de la pérdida de unas facultades ya mencionadas, algo mucho más preocupante si éstas se producen en la persona del rey, el encargado de mantener el orden establecido en la creación por los dioses. Por eso desde los primeros tiempos de la civilización egipcia tenemos constancia de un festival cuya intención era el rejuvenecimiento de las facultades físicas del rey para simbolizar de esa forma que Horus, el rey, seguía gobernando en todo Egipto. Conocido como el Festival Sed, se celebraba cada treinta años de reinado y, con posterioridad, cada tres, aunque también se conocen celebraciones que no tuvieron en cuenta estos límites temporales, lo que demuestra que podían ser utilizadas política y propa-

FIG. 41. Ramsés III realizando el Festival Sed, Medinet Habu, XX dinastía.

gandísticamente; a ellas acudían las estatuas de todos los dioses de Egipto para testificar que su representante continuaba en el trono (fig. 41).

Un estado del cuerpo y de la mente que presagiaba y hacía esperar la muerte, posiblemente con respeto y miedo, ya que a pesar de que los egipcios tuvieran esperanzas en una vida en el más allá, no había una seguridad sobre

su existencia, lo que aumentaría la incertidumbre. Llegado el momento, sus descendientes procederían a su enterramiento esperando que el ciclo de la vida continuase su curso, manteniendo el recuerdo de sus antepasados en la memoria y a través de bustos en el interior de sus hogares, de modo que el recuerdo renacía cuando alguna desgracia o esperanza brotaba en el grupo familiar, lo que explica las llamadas *Cartas al Muerto* que detallaremos en el próximo capítulo.

7. Muerte

La construcción de una tumba donde reposar eternamente, su posterior decoración, la preparación de un ajuar funerario destinado a propiciar la alimentación y bienestar del Ka, así como asegurarse la momificación del cuerpo para obtener su conservación, parecen haber sido las principales preocupaciones de cualquier persona en el antiguo Egipto a juzgar por lo que se nos ha conservado de su civilización, y de los que nos ha sido transmitido durante siglos. Casi de forma instantánea nos surgen otras preguntas: ¿Qué acontecía con todas aquellas personas que no disponían de los recursos necesarios para construirse una tumba, por muy modesta que ésta fuera? y, si eran enterrados en simples hoyos excavados en la arena del desierto, ¿cómo eran protegidos los cuerpos de la destrucción?, ¿qué sucedía con ellos?, ¿estaban condenados a vagar eternamente sin esperanza?, ¿cómo pudo pervivir una sociedad con estas creencias durante milenios si queda constatado que la mayoría de la población estaba «condenada» a no obtener aquello a lo que se aspiraba?

Estas preguntas y respuestas siempre han estado presentes, y unos de nuestros errores al enjuiciar a los antiguos egipcios ha sido considerarlos diferentes cuando en realidad tenían las mismas preocupaciones hacia la muerte y lo que podría acontecer después que el resto de grupos humanos, incluidos nosotros mismos. Si por un momento nos detenemos en nuestro pasado histórico comprobaremos que la dotación de una tumba y el recuerdo hacia la memoria de una persona siempre han sido aspiraciones intrínsecas a nuestros antepasados, constataremos que en realidad sólo unas escasas tumbas y la memoria de muy pocos han pervivido; ¿implica ello un desprecio, una no esperanza o condenación del resto de la sociedad? La respuesta es negativa lógicamente: los campesinos de la Edad Media tendrían las mismas esperanzas en una vida futura mejor que los antiguos campesinos egipcios, pero ellos tampoco podrían ser enterrados en el interior de las iglesias, por lo que su esperanza se cifraría en la misericordia de un dios que juzgara sus acciones terrenales, un juicio final en el que se valorase el comportamiento no una posición social y unos recursos económicos que sólo sirven para invertir en medios que garanticen la consecución de aquello a lo que se aspira. Lo mismo sucedía en el antiguo Egipto, en especial a partir de la V dinastía, cuando se desarrolló la concepción osiriaca de la muerte, según la cual la aspiración ya no era convertirse en un tripulante de la embarcación solar y ayudar a Re, el dios sol, a realizar todos los días su viaje victorioso por el mundo subterráneo e irrumpir cada amanecer victoriosamente, sino alcanzar los campos de Osiris después de haber vencido a las fuerzas subterráneas y superar el juicio del corazón, el órgano en el que quedaban registradas todas las acciones que se habían reali-

zado en vida, un juicio que debía ser superado por todos (fig. 42).

Una concepción funeraria presente en los ciclos decorativos que engalanan las tumbas egipcias. Por un lado las escenas que tratan de reflejar todo lo que se ha realizado en vida y, por tanto, susceptible de ser juzgado, lógicamente expresado en un tono laudatorio, carente de injusticias y en consonancia con lo que eran los preceptos de Maat, diosa que encarnaba la justicia y el orden y cuyo símbolo era una pluma de avestruz, que se depositaba en uno de los platillos de la balanza, mientras que el otro era ocupado por el corazón. Si ambas quedaban en equilibrio, la persona era justa y podía disfrutar de la vida futura; si por el contrario se producía un desequilibrio, el corazón era devorado por Ammut, una criatura con cabeza de cocodrilo, cuerpo de león y parte trasera de hipopótamo. Siempre puede aducirse que un corazón pesa más que una pluma, pero debemos recordar que estamos ante lo espiritual y que en toda sociedad, incluida la nuestra, las buenas acciones son etéreas, espirituales y no físicas. Otro aspecto significativo es que Ammut recoge en su re-

FIG. 42. Fragmento del Juicio de Osiris: Peso del corazón de un difunto.

presentación partes de los animales que posiblemente eran más peligrosos en vida para los egipcios, lo que refleja sus miedos y temores al mundo de los muertos. Tampoco debemos olvidar que la divinidad que protegía a los muertos y supervisaba la momificación era Anubis, representado con cabeza de chacal, uno de los principales animales carroñeros que los egipcios verían actuando en las tumbas.

Un segundo grupo de escenas es la presentación de ofrendas a las divinidades, en especial a Osiris, la divinidad que reina en el más allá y que debe autorizar la entrada de la persona en su mundo (fig. 43); en este grupo se incluyen las escenas en que el difunto es representado, junto a su mujer, cultivando los campos de Osiris llevando sus trajes de gala. Junto a las escenas están los textos, algunos de los cuales describen lo que se representa en las paredes de la tumba, mientras que otros narran cómo ha transcurrido la vida de la persona allí enterrada, las autobiografías funerarias. Todos ellos transmiten una vida apacible y acorde con lo que los dioses esperaban. Por otro lado están los textos cuya intención es presentar, guiar y ayudar al difunto a alcanzar el más allá y llegar a convertirse en *akh*, en espíritu transfigurado, que serán descritos más adelante. Es decir, todo está destinado a intentar alcanzar una bendición y un reconocimiento que permitan disfrutar de una vida eterna en compañía de los dioses, textos y escenas cuyo «decoro» en ningún momento permite entrever la posibilidad de un fracaso, aunque lógicamente no garantizaban la obtención de aquello que se deseaba. Éste es el «mundo» que conocemos mayoritariamente y a partir del que se ha intentado explicar la vida y sociedad faraónica, lo que ha contribuido a la generación de unos mitos e ideas preconcebidas, la «egipto-

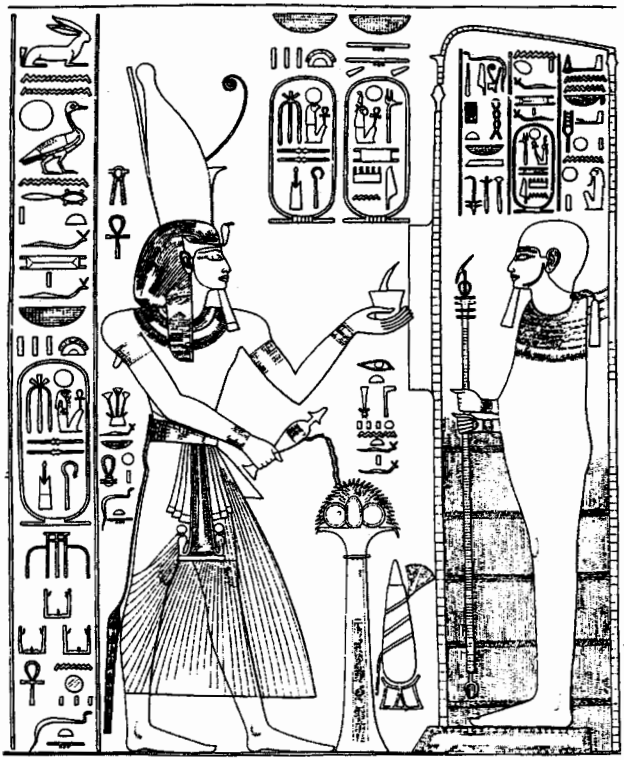

FIG. 43. Ramsés III realizando ofrendas a Ptah, Medinet Habu, XX dinastía.

manía», aunque debemos volver a recordar que solamente representa, como máximo, al 5 por 100 de la población.

El resto de la sociedad egipcia tendría las mismas aspiraciones, una vida futura, pero no disponía de los medios para dotarse de tumbas, objetos y textos, lo que no implicaba un impedimento para alcanzar el más allá. Los cam-

pesinos no podrían momificar sus cuerpos, no dispondrían de un cuantioso y rico ajuar funerario que fuera depositado en una gran tumba y, por último, no podrían disfrutar de un culto funerario, pero si analizamos estas tres diferencias, comprobaremos ciertas fisuras en lo que se considera que era la mentalidad egipcia.

En primer lugar la momificación de los cuerpos. Esta técnica alcanzó su dominio a partir de la V dinastía, y con anterioridad se realizaron intentos y experimentos fallidos, en especial desde las I-II dinastías. Respecto a su origen, debemos recordar la visión de unos cuerpos enterrados en simples hoyos excavados en una arena del desierto que actuaba de secante y permitía su conservación, unos cuerpos que podían aflorar poco después, tanto por las tormentas de arena como por la acción de unos animales depredadores y carroñeros que vivirían en torno a las necrópolis. Pero lo importante es que incluso después de haberse alcanzado un dominio de la momificación, eran muy pocos los que realmente podían acceder a ella debido a su coste económico. El proceso duraba setenta días, y precisaba de un personal especializado y de unos materiales costosos que en ocasiones sólo podían obtenerse en el exterior de Egipto, como algunos tipos de aceites. Por eso muchos cuerpos no eran eviscerados, una versión más económica del proceso, como sucede en Deir el-Medina, donde teóricamente los trabajadores dispondrían de los medios necesarios y disfrutaban del favor real. Es decir, la gran mayoría de la población egipcia, incluidas las clases medias y cercanas a la realeza, eran conscientes de que sus cuerpos no iban a poder alcanzar una perdurabilidad en la tierra.

Una evisceración del cuerpo que explica muchos de los conocimientos médicos que tenían los antiguos egip-

cios. Los los órganos extraídos se depositaban en los llamados vasos canopos, al tiempo que todas aquellas telas y útiles que habían sido utilizados se enterraban en las proximidades de la tumba, no en su interior, algo que posiblemente tenga que ver con el temor que manifestaron los egipcios al contacto con la sangre y los fluidos como origen de muchas enfermedades.

Pero aun cuando pudiera accederse a la momificación del cuerpo, los antiguos egipcios eran conscientes de que tanto sus tumbas como sus cuerpos podían sufrir daños por la acción de los ladrones de tumbas, que sabían que entre los vendajes de lino y en el interior del cuerpo se depositaban amuletos realizados en metales preciosos. Unos robos que también afectaban al ajuar funerario depositado en las tumbas, y que a tenor de sus creencias, implicaba la imposibilidad de disfrutar de un más allá. En uno de los textos mejor conocidos y más difundidos de la cultura faraónica, las *Instrucciones de Merikaré*, encontramos el consejo de no utilizar objetos procedentes de otros enterramientos, y se da a entender de forma implícita que debía de ser algo normal y continuo. Sin embargo, olvidamos que el saqueo de tumbas, como ha apuntado Pollock (1999) para el mundo mesopotámico y se desprende de los textos que conocemos y que hacen referencia a este asunto requiere de una organización, de unos útiles y de unos lugares en los que guardar y esconder los objetos robados, algo que sería muy difícil mantener en secreto en una sociedad como la egipcia en la que, como hemos comprobado, las acciones de cada persona o familia serían fácilmente conocidas por sus vecinos. Por eso Pollock sugiere que pudo existir algún tipo de «reexcavación» y recogida de objetos más o menos aceptada. En el mundo egipcio conocemos muchos ejemplos

de objetos, funerarios o no, reutilizados, en los que se procede a borrar el nombre de su anterior propietario e insertar otro nuevo, el mejor ejemplo es el de Khaemwaset, uno de los hijos de Ramsés II que durante décadas se ha considerado como el primer «arqueólogo» de la historia al conservarse diferentes menciones a su labor restauradora en monumentos derruidos y abandonados, un trabajo que como J. Malek ha demostrado puede interpretarse en realidad como la necesidad de obtener unos materiales que su padre requería para completar su ambiciosa política constructora. Pero también las tumbas podían desaparecer, no sólo las capillas funerarias que se levantaban en el exterior, a propósito de lo cual figura en el papiro Harris 500 la siguiente reflexión: «Perecen las generaciones y pasan, otras están en sus puestos, desde los tiempos de los antepasados... ¿Qué ha sido de aquellos que han construido edificios cuyas sedes ya no existen? He oído las palabras de Imhotep y de Hergedef, cuyos pensamientos son citados con frecuencia. En cambio, ¿en qué se han convertido sus tumbas? Los muros han caído, sus sedes ya no están, como si nunca hubieran existido». Realidades, sentimientos y contemplación de hechos que, cuando menos, pudieran derivar en cierto escepticismo hacia todo aquello que se realizaba para los muertos.

Finalmente, el mantenimiento del culto funerario. Como hemos mencionado, el hijo mayor era el encargado de mantener el culto funerario de sus padres, pero resulta significativo que en ningún momento se haga referencia al de los otros antepasados. Al respecto, los estudios de McDowell (1999) han confirmado que el culto a los antepasados podía alcanzar como máximo dos generaciones, y que en algunos casos, se mantenía excepcionalmente, algo de lo que los antiguos egipcios eran cons-

cientes, como lo demuestra que en algunas tumbas y capillas funerarias encontremos peticiones al posible visitante para que recite los textos en honor de la persona allí enterrada. Al respecto, Assmann ha señalado que la pérdida de memoria de los antepasados es un signo de desintegración social, de pérdida del sentido de comunidad y de un orden, pero de la propia actitud de los egipcios se desprende cierta despreocupación por lo que podría acontecer pasadas algunas generaciones, incluso era bastante frecuente la reutilización de tumbas y objetos, por lo que Meskell prefiere hablar de «conmemoración» y no de «memoria social».

Por todo ello puede decirse que aun siendo importantes las concepciones funerarias y todo lo que en relación a ellas se desarrolló, en muchos aspectos el funcionamiento y condicionantes de la sociedad egipcia fueron similares a los de otras muchas sociedades en que solamente unos pocos disponen de los medios económicos necesarios para procurarse unos rituales y objetos que les ayuden a disfrutar del más allá, aunque ello no impedía que el resto de la sociedad también pudiera alcanzarlo. La carencia de recursos implicaba que el conjunto de la población no dispusiera de una tumba excavada en la roca o realizada en adobe, ni de una capilla exterior donde honrar su memoria, de modo que era enterrada en simples fosas excavadas en el desierto, lo que propiciaba su rápida destrucción y desaparición. Pero aun así la arqueología ha realizado pocos esfuerzos por encontrar restos de estos enterramientos, y resultan excepcionales hallazgos como el de la localidad de Qau, donde se han conservado más de siete mil tumbas pertenecientes a campesinos o población en general, con un ajuar propio de su condición social, con apenas

alguna cerámica y sin signos de haber sido momificados.

Unas tumbas, un ajuar funerario y una esperanza en el más allá que han extendido la idea de que los antiguos egipcios no tuvieron una sensación de temor ante la muerte, y consideran que en realidad se trataba de un tránsito, de un paso necesario para llegar a alcanzar un mundo mejor en compañía de los dioses; en ocasiones se ha llegado a decir que el único temor que tendrían sería el de morir prematuramente, es decir, sin el tiempo necesario para la construcción de su tumba y la preparación del ajuar funerario. A juzgar por los textos y las biografías funerarias, la muerte no era algo temido, pues la esperanza en una vida futura eliminaba toda sensación de inseguridad, razón por la cual en vez de una civilización obsesionada con la muerte podría hablarse, invirtiendo los términos, de una búsqueda constante de vida. Pero el hecho de que no se manifiesten «temores» en los textos y en la iconografía funeraria resulta lógico teniendo en cuenta el «decoro» y funcionalidad. Sin embargo, si aplicamos la lógica antropológica, en toda sociedad la muerte es origen de miedos e incertidumbres, pues nunca existe la certeza de que en realidad exista el más allá. Al respecto, en la tumba de Intef conservamos un canto del arpista en el que se propone que la persona disfrute de la vida, de todo aquello que tiene a su alrededor porque «nadie ha vuelto de allí para hablarnos de su situación». Con unas características similares conservamos el texto conocido como *Diálogo del desesperado con su Alma*, en el que un hombre que iba a suicidarse fue finalmente convencido por su ba para que conservara la vida.

Pero aun teniendo la convicción de la existencia, del más allá se impone el miedo de no poder alcanzarlo, lo

que explica la presencia en las tumbas de todo tipo de textos destinados a proteger a la persona en el viaje por el mundo subterráneo que ha de realizar antes de llegar a presencia del tribunal de Osiris. Un mundo subterráneo en el que habitan y dominan poderosas fuerzas malignas, animales fantásticos y demonios que amenazan con destruir al espíritu de la persona, al igual que sucedía con la embarcación solar en su viaje nocturno (fig. 44). Un mundo y unas fuerzas que reflejan miedos y realidades con los que convivían los antiguos egipcios, y que si en vida podían ser vencidos con la ayuda de la magia, de los amuletos o la protección de los dioses, en el ámbito funerario se mitigaban con los *Textos de las Pirámides,* los *Textos de los Sarcófagos* o el conocido como *Libro de los Muertos.* En ellos se pone en conocimiento de la persona aquello a lo que debe enfrentarse y cómo vencerlo, así como lo que ha de decir en todo momento, incluso cuando llega a presencia del tribunal de Osiris, como en el famoso capítulo 125 del *Libro de los Muertos,* o confesión negativa: «No hice mal; no blasfemé contra ningún dios; no empobrecí a un pobre en sus bienes; no hice padecer hambre; no maté; no hice llorar; no di orden de matar; no hice trampa con las tierras...». Una idea de protección y ayuda presente también en los amuletos que se depositan entre las vendas de lino y que, paradójicamente, obligó a desarrollar métodos de protección del cuerpo y de la tumba, al ser codiciados por los saqueadores de tumbas. Éste fue el origen de lo que en nuestros días se conoce como «la maldición de los faraones», un conjunto de textos en los que se amenazaba a toda persona que penetrara en el interior de la tumba, causara algún daño a la momia o robara algún objeto con una muerte violenta, la mutilación de su cuerpo y la persecución de su memoria. Una

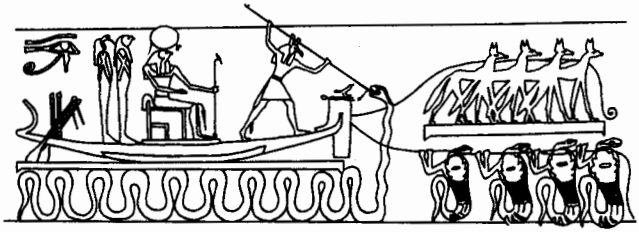

FIG. 44. Escena del mundo inferior: La barca solar es atacada por la serpiente Apopis.

idea de protección del cuerpo que explica los ladrillos de adobe mágicos que se situaban en las tumbas para resguardarlo de todo aquello que pudiera ser maligno.

Pero, ¿cómo era el más allá? En el transcurso de las primeras dinastías el único que lo tenía asegurado era el rey, que pasaba a formar parte de la tripulación de la barca solar, y podía interceder por sus seguidores, razón por la que durante gran parte del Reino Antiguo los nobles y cortesanos eran enterrados en las proximidades de la pirámide real. Pero a partir de la V-VI dinastías se constata una «democratización» del culto funerario con el desarrollo de la concepción osiriaca, según la cual se accedía a los campos de Osiris, una recreación del valle del Nilo pero mucho más próspero y fértil. Pero alcanzar la compañía de Osiris no implicaba el final del trabajo, los campos debían de ser cultivados y protegidos contra los mismos peligros que acechaban a las márgenes del Nilo. Pero lógicamente la aspiración de toda persona es vivir confortablemente después de la vida terrenal, y por ello desde finales del Reino Antiguo encontramos en las tumbas a los ushebtis, trabajadores que mágicamente iban a ser los encargados de faenar en dichos campos, al tiempo

que el conjunto de la población confiaba en seguir realizando su trabajo eterno tal y como había hecho en vida, es decir, se repiten los esquemas de la sociedad terrenal: los reyes y nobles al frente de instituciones en las que trabajan las personas.

Pero la muerte también implica, como hemos tenido ocasión de ir comprobando, unos costes terrenales, en especial en el ámbito familiar, y al respecto hemos de recordar la situación en que quedarían muchas mujeres y niños, sin olvidarnos de los recursos, limitados o no, que debían destinarse al enterramiento y recuerdo del fallecido; la situación se complicaba si además la muerte se producía tempranamente, no sólo en el caso de las mujeres que morían en los partos, sino también de los hombres expuestos a accidentes laborales o enfermedades.

Otro aspecto muy importante en todas las sociedades es el tipo de comunicación que se establece entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Una de las manifestaciones que más comentarios ha originado son las llamadas *Cartas al Muerto,* de las que por desgracia se conocen pocas, algo lógico, ya que sería con posterioridad al enterramiento, cuando la tumba ya estaba sellada, cuando los vivos podrían sentir la necesidad de dirigirse a sus antepasados mediante, peticiones y oraciones que se realizarían por lo general de forma oral, y de las cuales nos han quedado muestras que abarcan, todos los periodos de la historia de Egipto. En ellas se alude al fallecido como *akh,* la forma que ha adquirido, mientras que la protección se pide contra los *mut,* los muertos, lo que puede interpretarse como todas aquellas personas que habiendo muerto no han podido acceder a una vida futura o no han recibido los cuidados requeridos, y por ello permanecen entre ambos mundos y pueden causar enfermedades o desgracias a los vivos, un mundo el de los *mut*

del que también podían formar parte las personas que habían muerto violentamente. Estas cartas suelen constar de tres partes: al principio la persona se dirige al muerto, y le recuerda con afecto y cariño, al tiempo que menciona todo lo que ha realizado por ella, luego describe el daño o situación que está pasando, para finalizar pidiendo la intercesión del difunto. En una de estas cartas, de la XIX dinastía, un hombre pide a su esposa que no le atormente más, ya que él siempre se había portado bien con ella mientras duró el matrimonio: «¿Qué he hecho yo nunca contra ti? Te tomé por mujer cuando era joven, estabas conmigo, no te repudié, no herí tu corazón...».

Un contacto con los antepasados que como hemos visto se mantenía en el interior de las casas con los bustos que los representaban y que también se depositaban en la tumba (fig. 45), estaban realizados por lo general en piedra arcillosa y con un tono rojizo, similar al que tendrían los hombres por trabajar fuera de las casas, como hemos mencionado, y que en pocas ocasiones llevaban inscripciones.

FIG. 45. Procesión funeraria en la que se llevan bustos de antepasados, Tumba de Horemheb, Tebas, XVIII dinastía.

Un culto que por lo general se celebraría en las capillas funerarias, donde podrían tener lugar comidas ceremoniales periódicamente en honor de las personas fallecidas, sin olvidarnos de los festivales y procesiones religiosas que se celebraban en las necrópolis, como el Festival del Valle. En el mismo sentido podemos interpretar los conos funerarios que se colocaban en las entradas de las tumbas, en los que se menciona el nombre de la persona enterrada y en ocasiones sus títulos y una pequeña genealogía, conos que al «clavarse» en el exterior eran visibles para que de ese modo toda persona que los viera pudiera realizar los ritos en honor de la persona allí enterrada.

El día del enterramiento era muy importante: se procedía a depositar todo el ajuar funerario y a celebrar diferentes ceremonias, la más importante de las cuales era la apertura de la boca, que consistía en restaurar los sentidos a la momia para que pudiera acceder a los alimentos y recuperar su capacidad de habla, sexual... (fig. 46), un rito que se realizaría posiblemente con todas aquellas personas que eran enterradas. Un enterramiento y una procesión de familiares, amigos y sacerdotes en los que no faltaban las plañideras, mujeres que no tenían vinculación con el difunto y que eran contratadas, y cuya labor consistía en tirarse del cabello, arrancárselo y echarse arena sobre la cabeza, en una actitud similar a la que se pensaba habían adoptado las diosas Isis y Neftis con motivo de la muerte de Osiris. Unas escenas en las que encontramos una participación activa de las mujeres en contraposición al hombre, cuya actitud es de quietud, lo que en opinión de Assmann no implica que éstos no sintieran pena, no estuvieran afligidos o no expresaran sus emociones, sino que como se expresa en la literatura sapiencial, el silencio y la moderación eran mejor vistos

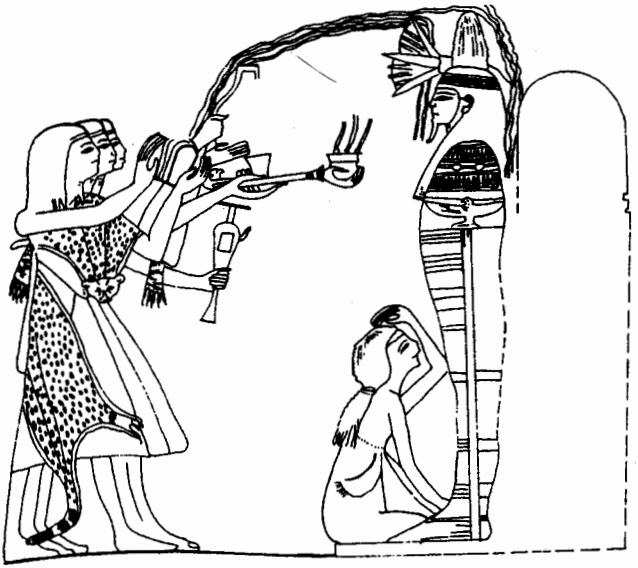

FIG. 46. Ceremonia de apertura de la boca.

que el griterío o el ruido, y por eso se recurría a las plañideras (fig. 47).

Depositado el cuerpo y el ajuar, el ba tenía la capacidad para abandonar la tumba, y regresar siempre que quisiera, pero, como buenos observadores de la realidad que les rodeaba, los egipcios pensaban que la separación del cuerpo físico implicaba tener que cortar un cordón umbilical, lo que explica la presencia en las tumbas de cuchillos de sílex. Unas tumbas que reflejaban su concepción del mundo y en muchas de las cuales encontramos los techos decorados con estrellas amarillas sobre un fondo azul, mientras que los suelos están pavimentados con

FIG. 47. Plañideras.

basalto, una piedra negra que simbolizaba la tierra fertilizada de Egipto, Kemet.

En los capítulos anteriores hemos hecho referencia en distintas ocasiones a la consideración que la mujer tenía en el antiguo Egipto, y hemos comprobado que aun gozando de unos derechos que le permitían vivir mejor que en otras culturas, distaba mucho de estar equipado con el hombre. Por eso el propietario de la tumba es el que domina todas las escenas y textos, orientados y pensados para él, no para su esposa. El estudio de Whale refleja que hasta tiempos de Tutmosis III la mujer es representada sentada junto al marido, pero en ningún momento participa activamente en las ofrendas a los dioses o en otras actividades, lo que comienza a cambiar a partir de entonces, cuando se observa también una mayor presencia de las hijas junto a sus padres, ya que con anterioridad habían permanecido pasivas. En íntima relación están las escenas y textos en que se presentan ofrendas a los padres del propietario de la tumba, y que son muy esporádicas

cuando añaden a los padres de la esposa. Igualmente, son muy pocas las capillas funerarias pertenecientes a mujeres de las que tengamos constancia.

Por otra parte, las necesidades físicas y sexuales del cuerpo perviven aún después de la muerte, y en este contexto debe interpretarse gran parte del ajuar, desde los objetos destinados al aseo personal hasta las figuras de concubinas analizadas al describir los nacimientos y el deseo de fertilidad de las familias egipcias.

Un deseo que antropológicamente es inherente a toda sociedad es el de querer ser enterrado en el lugar de nacimiento, en las cercanías de la familia y antepasados. Al respecto mucho se ha especulado sobre lo expresado en la historia de Sinuhé y su anhelo de regresar a Egipto para ser enterrado en una tumba acorde con las tradiciones y creencias de su país hasta el punto de que se ha llegado a señalar en ocasiones que morir fuera de Egipto implicaba la pérdida de esperanza en alcanzar un más allá. Sin embargo, ésta sería la realidad de muchas personas, desde soldados hasta comerciantes o miembros de las expediciones reales que se enviaban a las canteras y minas del desierto, así que en estos casos se procedía a enterrar lo antes posible el cuerpo para evitar su descomposición y, por otro lado, la propagación de enfermedades.

Como hemos visto, si el corazón de la persona no superaba el juicio, era destruido, devorado por Ammut, y la persona desaparecía con él. Es decir, no hay un concepto de infierno o lugar en el que las almas de las personas vagan y cumplen «condena» por los actos cometidos. Ésta es otra diferencia con las culturas con que convivió Egipto, desde las mesopotámicas, en los que ese mundo inferior tenía su propia burocracia y corte, y era Anunnaki el encargado de dar la bienvenida a cada persona para ense-

ñarle sus obligaciones mientras que una escriba femenina comprobaba los nombres para evitar confusiones, hasta la griega o romana.

Unas costumbres y creencias extrañas, pero como lo son todas aquellas que se realizan fuera del ámbito cultural al que pertenece, y en el que ha sido educada, cada persona. En su libro sobre la *Estructura y función en la sociedad primitiva,* Radcliffe-Brown recoge la anécdota de un australiano que sonríe porque un chino coloca un cuenco de arroz en la tumba de un familiar, a lo que el chino le responde si también es causa de risa, o sorpresa, que él pueda depositar flores en la tumba de un familiar para que aspire y disfrute de ellas. Por esta razón debemos terminar igual que comenzamos, intentando ponernos en «su» mundo, entender por qué hacían las cosas y qué perseguían con ello y no tratar en ningún momento de explicar sus manifestaciones culturales desde «nuestra» óptica. En los últimos años son cada vez más los intentos por profundizar en el significado y simbolismo del arte, de sus ritos y religión, pero todavía queda demasiado por realizar, y, cuando el marco conceptual vaya completándose, podremos comprobar que los antiguos egipcios no eran tan diferentes en sus miedos, esperanzas y creencias que nosotros, aunque sí en la forma de manifestarlos.

Unas costumbres funerarias que nos informan sobre muchos y variados aspectos de la mentalidad egipcia, de sus concepciones sobre el mundo, terrenal y ansiado pero que sin embargo han condicionado en gran medida el estudio y comprensión de una sociedad que, en esencia, tenía las mismas preocupaciones que cualquier otra. Igualmente, como recientemente ha señalado Grajetzki (2003), puede observarse un cambio sustancial en las

tumbas egipcias a partir de época ramésida, en las que se presta cada vez una menor atención a los objetos relacionados con la vida cotidiana y diaria, y mayor a los aspectos solares y cosmogónicos, algo que también puede constatarse en las tumbas de Deir el-Medina, una tendencia que continuará durante el Tercer Periodo Intermedio y se agudizará en Época Baja y tolemaica, y que responde al mundo funerario y de las creencias que vieron y describieron los clásicos. Se trata de una realidad que en muchos aspectos estaba muy lejos de lo que fue la tradición egipcia desde sus orígenes hasta la XIX dinastía, con una creciente importancia de los cultos a los animales y la magia y un poder cada vez mayor de los sacerdotes, lo que ha contribuido a considerar que la civilización faraónica estaba dominada por su religión.

Bibliografía

La vida cotidiana, las características generales que regían la sociedad egipcia pueden encontrarse en diferentes libros, como el clásico de P. Montet *La vida cotidiana en el Egipto de los Faraones,* Barcelona 1983, centrado únicamente en época ramésida; F. Cimmino, *Vida cotidiana de los egipcios,* Edaf, 2002, publicado originalmente en 1985, y el reciente estudio de L. Meskell, *Private Life in New Kingdom Egypt,* Princeton & Oxford, 2003, en el que incorpora los estudios de género o los más recientes planteamientos antropológicos, un trabajo que sin duda alguna supone la apertura de una nueva forma de entender las fuentes disponibles, aun cuando algunas de sus conclusiones sean discutibles, quizá por lo novedoso de ellas. De un corte tradicional es el libro de E. Bresciani *A orillas del Nilo,* Paidós, 2001, mientras que el de D. Meeks y C. Favard-Meeks, *La vida cotidiana de los dioses egipcios,* Temas de Hoy, 1994, se centra en Época Baja y tolemaica, así como en el ámbito de unos dioses cuyas historias son resultado en gran medida de la influencia griega. Muy interesantes son los diferentes estudios contenidos en S. Donadoni, *El hombre egipcio,* Alianza Editorial, 1991.

Sobre el tipo de información arqueológica y la forma en que puede ser estudiada, es muy recomendable el estudio de A. An-

dren, *Between Artifacts and Texts: Historical Archaeology in Global Perspective,* Nueva York, 1998, mientras que el trabajo de L. Meskell, *Archaeologies of Social Life. Age, Sex, Class et cetera in Ancient Egypt,* Oxford, 1999, plantea los problemas de género y el papel social de los objetos que se depositaban en las tumbas, desde una óptica tanto antropológica como social lo que supone una brisa de aire fresco sobre cómo interpretar una documentación mucho más rica si se analiza más allá de lo descriptivo. La formación de una egiptomanía puede encontrarse en J. Gómez Espelosín y A. Pérez Largacha, *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nuestros días,* Alianza Editorial, 2003. La «creación» de un Oriente por Occidente ha sido estudiada por E. Said, *Orientalismo,* Debate, 2002, libro que ha suscitado un interesante debate y ha dividido a los investigadores en defensores y detractores; como queda recogido en B. Ashcroft y P. Ahluwalia, *Edward Said. La paradoja de la identidad,* Editions Bellaterra, 2000. Sobre la influencia de lo oriental en el mundo griego y cómo pueden comenzar a romperse ciertos «dogmas», M. Lefkowitz y A. Rogers (eds.), *Black Athena Revisited,* Londres, 1996.

Las ostracas procedentes de Deir el-Medina pueden ser encontradas en los diferentes volúmenes publicados por IFAO, así como en libros como el de Anne Minault-Gout, *Carnets de Pierre. L'art des ostraca dans l'Egypte ancienne,* París, 2002; A. Page, *Ancient Egyptian Figured Ostraca,* Londres 1983; es muy interesante el estudio realizado por A. G. McDowell, *Village life in Ancient Egypt. Laundry lists and Love Songs,* Oxford, 1999. Sobre las posibilidades que ofrece la lectura y «descodificación» del arte egipcio, los libros de R. Wilkinson, *Cómo leer el arte egipcio,* Crítica, 1995, y *Magia y simbolismo en el arte egipcio,* Alianza Forma, 2003, son de obligada lectura.

El mundo de la infancia ha sido estudiado en dos libros, J. Janssen y R. Janssen, *Growing up in Ancient Egypt,* Londres, 1990, y E. Feucht, *Das Kind im Altem Ägypten,* Frankfurt, 1995; tam-

bién es muy interesante el estudio realizado por M. Seco Álvarez, *El niño en las pinturas de las tumbas tebanas de la XVIII dinastía,* Kolaios 6, Sevilla, 1997. El pionero artículo de G. Pinch, «Chilbirth and Female Figurines at Deir el-Medina and el-Amarna», *Orientalia* 52, 1983, 405-414, debe ser complementado con su libro *Votive Offerings to Hathor,* Oxford, 1993, donde analiza todas las muestras de religiosidad popular existentes en torno a esta diosa que estaba en íntima relación con lo doméstico, mientras que S. Whale, *The Family in the Eighteenth Dynasty of Egypt,* Sidney, 1989, se centra en las escenas familiares conservadas en las tumbas privadas, y demuestra que el papel de la mujer es secundario respecto al hombre. Diferentes aspectos con la vida cotidiana que aparecen en las tumbas del Reino Nuevo son analizados por S. Hodel-Hoenes, *Life and Death in ancient Egypt. Scenes from private tombs in New Kingdom Thebes,* Londres, 2000.

En lo que a la justicia y el derecho se refiere, un trabajo reciente que constituye una buena introducción es el de J. Tyldesley, *Judgement of the Pharaoh. Crime and Punishment in Ancient Egypt,* Londres, 2000, pero sigue siendo fundamental el trabajo de J. Assmann, *Maât, l'Egypte pharaonique et l'idée de justice sociale,* París, 1989, siendo también interesante el estudio de J. Sarraf, *La notion du droit d'après les Anciens Egyptiens,* Roma, 1984, mientras que el A. McDowell, *Jurisdiction in the Workmen's community of Deir el-Medina,* Leiden, 1990, está centrado en la documentación conservada en esta comunidad de trabajadores.

Sin lugar a dudas es el mundo funerario el que más estudios y comentarios ha suscitado, y una buena introducción al tema la encontramos en el libro de A. J. Spencer, *Death in Ancient Egypt,* Londres, 1982, siendo el último libro publicado al respecto el de W. Grajetzki, *Burial Customs in Ancient Egypt. Life in Death for Rich and Poor,* Londres, 2003. Estudios más concretos son los de J. Baines, «Egyptian letters of the New Kingdom

as evidence for religious practice», *JANER* 1, 2001, así como su artículo sobre el concepto e importancia del destino personal en el antiguo Egipto, «Contexts of fate: literature and practical religion», *The Unbroken Reed, Studies in the Culture and Heritage of Ancient Egypt,* Londres, 1994, 35-52.

Un análisis social y funcional de las viviendas egipcias, aunque desde la perspectiva de Deir el-Medina, es el de L. Meskell, «An Archaeology of social relations in an Egyptian village», *Journal Archaeological Method and Theory* 5, 1998, 209-243, así como el estudio de I. Shaw «Ideal homes in Ancient Egypt: the archaeology of social aspiration», *CAJ* 2, 1992, 147-166.

Sobre la agricultura, muchos son los artículos y libros que podrían citarse, por ello solamente recogemos la última gran publicación al respecto, en la que se encuentran todas las referencias necesarias, A. Bowman y E. Rogan (eds.), *Agriculture in Egypt: from pharaonic to modern times,* Oxford, 1999, mientras que para todos los aspectos relacionados con la alimentación el estudio fundamental es el de S. Ikram, *Choice Cuts: Meat production in Ancient Egypt,* Leiden, 1995. El artículo de C. Eyre «Peasants and Modern Leasing Strategies in Ancient Egypt», *JESHO* 40, 1997, 367-390, permite trazar una línea evolutiva desde tiempos faraónicos hasta la primera mitad del siglo XX, siguiendo la línea de investigación que inició C. Blackman en *The Fellahim in Upper Egypt,* Londres, 1920.

En lo que a la mujer se refiere, el estudio más importante es el de G. Robins, *Las mujeres en el antiguo Egipto,* Akal, 1996, mientras que C. Eyre analiza en «The Market women of Pharaonic Egypt», *Le commerce en Égypte ancienne, IFAO* 1998, 173-191, su papel en la economía. La mujer, el matrimonio y el amor, tal y como aparecen en los llamados poemas de amor, son estudiados por B. Mathieu, *La poésie amoureuse de l'Égypte ancienne; Recherche sur un genre littéraire au Nouvel Empire,* El Cairo, 1996. Siguiendo el mito inherente a todo lo egipcio, el principal

estudio que sobre la sexualidad ha sido realizado, concretamente el de L. Manniche, se tradujo al castellano con el siguiente título, *La esfinge erótica. La vida sexual en el antiguo Egipto,* Laia, 1988. Los contratos matrimoniales fueron estudiados por P. W. Pestman, *Marriage and Matrimonial Property in Ancient Egypt,* Leiden, 1961, un libro que sigue siendo de consulta obligada.

La música en el antiguo Egipto siempre ha despertado el interés, pero son pocos los estudios concretos al respecto, aunque destaca el de L. Manniche, *Music and Musicians in Ancient Egypt,* Londres, 1991, mientras que sobre la vejez la introducción necesaria es la de R. Janssen y J. Janssen, *Getting Old in Ancient Egypt,* Londres, 1996; sobre la esclavitud el estudio de A. Bakir, *Slavery in Pharaonic Egypt,* El Cairo, 1952, sigue siendo fundamental.

Sobre el mundo moral, lo que se esperaba de las personas, cómo debían actuar los funcionarios o los reyes, D. Kurth, *Las enseñanzas de Ptahhotep,* Madrid, 2002, aunque muchas de las autobiografías están recogidas en M. Lichtheim, *Ancient Egyptian Autobiographies Chiefly of the Middle Kingdom,* Orbis Biblicus et Orientalis 84, 1988.

La magia, tan importante en el antiguo Egipto, e inseparable de la religión, es analizada por G. Pinch, *Magic in Ancient Egypt,* Londres, 1994, y los textos mágicos están reunidos, en su mayoría, en J. Borghouts, *Ancient Egyptian Magical Texts,* Leiden, 1978. Sobre cómo se utilizaba y contra qué, K. Nordh, *Aspects of Ancient Egyptian Curses and Blessings,* Uppsala, 1996.

Índice

Agradecimientos 7

La vida en el Antiguo Egipto

1. Fuentes y marco interpretativo 13
2. El medio geográfico y la sociedad egipcia. Concepción del mundo y del hombre 34
3. Características generales de la sociedad egipcia 60
4. Nacimiento y primeros años 85
5. Los años de madurez. Matrimonio y familia 102
6. Vida cotidiana y trabajo 120
7. Muerte 172

Bibliografía 193

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

3464227 *

Condicionada desde la Antigüedad por la visión que dieron de ella sus primeros visitantes griegos y romanos, así como por la escasez de información disponible, la idea que tenemos de la sociedad egipcia ha obedecido y sigue obedeciendo en buena medida a clichés o estereotipos. Aun sin poder obviar el gran peso que la tradición y los restos funerarios poseen en el conocimiento de aquel mundo, ANTONIO PÉREZ LARGACHA da a conocer en este libro numerosos aspectos concernientes a la actividad cotidiana que permitirán al lector interesado en saber cómo era realmente LA VIDA EN EL ANTIGUO EGIPTO acceder a este conocimiento. Resumiendo y sistematizando la información relevante, procedente asimismo de restos más informales (como «ostracas» y «grafittis»), el autor nos ofrece primeramente un marco general consistente en la descripción de la concepción del mundo y del hombre en la sociedad egipcia, así como las características generales de ésta, para descender a continuación a la reconstrucción de la existencia cotidiana desde el nacimiento y los primeros años hasta la muerte, pasando por el matrimonio y la vida familiar y el trabajo.

ISBN 84-206-5772-7

9 788420 657721

El libro de bolsillo

Humanidades
Historia